ZOE SCOTLAND

La última temporada de lord Baxter

Una romántica colección de nobles



La última temporada de lord Baxter

Una saga romántica de nobles

Zoe Scotland

Copyright © Septiembre de 2024 Zoe Scotland

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

La última temporada

de lord Baxter

Prólogo

Condado de Pembroke

Londres año 1821

Lysa Benedict era la hija ilegítima de William Herbert, conde de Pembroke.

Nadie en el hogar donde vivía la joven conocía el gran secreto que el conde de Pembroke guardaba. Nadie salvo la criada que encontró a la pequeña sentada sobre el último escalón de la puerta aquella mañana.

Y así fue como ocurrió todo.

La tía de la niña la dejó sentada sobre aquel frío suelo aquella mañana en la que todavía no habían salido los primeros rayos de sol sobre el hogar Pembroke. Hacía frío, no como para helarse, pero sí para coger un buen resfriado.

La tía, nerviosa después de mucho rato esperando que alguien encontrase a la pequeña allí sentada mientras ella aguardaba escondida detrás de unos árboles de la propiedad, decidió salir de su escondite para regresar de nuevo con su sobrina a su hogar, y dar por perdida aquella idea que se le ocurrió después de que la madre de la pequeña falleciese aquel invierno, y ella no quisiera hacerse responsable de la pequeña.

Solo que el destino y sus caprichos quisieron que una ráfaga de aire frío soplase con fuerza, y uno de los dos jarrones situados a cada lado de la puerta de la entrada, cayera al suelo haciendo un ruido estrepitoso. Obligando así de esa manera al servicio a salir fuera para averiguar a qué era debido tal ruido.

La criada se sorprendió nada más ver allí sola a una niña que no parecía tener más de dos años de edad. Cabellos oscuros, piel lechosa, ojos azules, y la sonrisa más dulce que toda Londres podía haber visto jamás.

Poco tardó en inclinarse sobre la niña para preguntar si estaba sola, y al tocar su mejilla con la palma de la mano, la criada descubrió su joven piel helada.

Ni una palabra le pudo sacar en todo el día, ni una carta había allí con ella, ni una pista de qué era lo que hacía allí sola aquella mañana.

Le dieron cobijo, también de comer, pues había claros signos de que la pequeña no comía todo lo que debía, y decidieron esperar a que llegara el señor de la casa para ver qué hacían con la niña.

El conde de Pembroke, William Herbert, regresó al día siguiente. Recientemente había enterrado a su esposa, las fiebres después del parto se la habían llevado sin apenas poder hacer nada por ella. Y es que por mucho dinero que un noble tuviese, la vida era algo que estaba en las manos del Dios del cielo. El conde lo sintió mucho. Seguramente no la había querido nunca, pero habían mantenido una buena relación, además de haber cumplido con su papel de esposa, pues le había dado un heredero, y eso era digno de admiración para él.

Tras su muerte, ordenó que jamás le faltasen flores en la tumba, frescas, todos los días debían de ser cortadas para ella. Quizá el conde sentía remordimientos por haberse comportado como lo hizo durante el primer año de matrimonio. Y es que William Herbert, era un hombre

impaciente, y al ver que su esposa no se quedaba en cinta después de varios intentos, decidió buscar otro vientre que le diera lo que él más ansiaba. Solo que en este caso, lo único que él quería era un heredero para el título, y una vez lo tuviera daría su recompensa a la madre, una gran suma de libras para que nunca le faltase de nada, pero él diría que ese hijo había sido engendrado en el vientre de su esposa.

Mala suerte, tuvo mala suerte, pues lo que nació de aquel vientre fue una niña, y nada más conocer la noticia, arrojó unas cuantas monedas al suelo de aquella aún sangrienta alcoba donde acababa de nacer su hija, y se marchó. Lleno de rabia y furioso maldecía a aquella mujer que no le había dado aquello que tanto ansiaba.

Resignado, y ya en el calor de su hogar, desechó la idea de volver a intentar dejar en estado de buena esperanza a otra mujer que no fuera la suya, y después de varios años llenos de intentos fallidos, por fin un día sucedió.

Cuando el milagro se produjo, se movía inquieto por los pasillos de su casa, tanto era así que terminó descalzándose para no dejar marcas en los suelos debido a su paseíllo continuo por el mismo lugar.

—¡Es el día! ¡es el día! —Apretaba las manos de su criada más fiel—. Por fin voy a ser padre.

—Mi señor, tranquilícese, o no podrá sostenerle en brazos cuando nazca, está usted demasiado agitado.

El nacimiento de Lucius Fitzalan Herbert, fue muy conocido entre la nobleza británica, tanto fue así que hasta incluso la reina dotó al recién nacido con un título de barón de Pembroke, eso hasta que recibiera el de conde como haría finalmente cuando lo heredara después de la muerte de su padre.

El conde se paseaba por la casa con el joven Lucius Fitzalan Herbert de un lado a otro, lo alzaba para que todos los criados pudieran ver al nuevo sucesor, reía, daba saltos de alegría.

De pronto el médico le hizo llamar con urgencia, su esposa no corría la misma suerte, esa de la que él no dejaba de alardear al sostener a ese niño en brazos.

—Me temo que está perdiendo mucha sangre, la fiebre no para de subir, debería de despedirse de ella, o al menos dejar que vea al niño. No pasará de esta noche probablemente.

Mostró rechazo al escuchar aquello, no quería separarse de su hijo, no todavía, así es que aceptó entrar a la alcoba de su esposa con el niño entre sus brazos.

—William, ven aquí, debes de prometerme algo —le pidió postrada en el camastro conociendo cuál sería su final.

—Dime.

—Sé que me muero, pero antes debes de escuchar lo que voy a decirte.

Resignado a tener que obedecer lo que su esposa en el lecho de muerte le pedía, tomó aire y se arrodilló junto a ella.

—Dime —dijo de nuevo con voz resignada.

—Le cuidarás —miraba a ese niño de piel rosada y cabello oscuro que sostenía su esposo entre sus brazos—, le protegerás y no serás muy duro con él. Y también hay otra cosa. Sé de la existencia de esa otra hija tuya, no creerás que una mujer no sabe lo que ocurre a su alrededor —hizo una pausa para llenar sus pulmones de nuevo pues la fiebre la dejaba débil—, solo te pido que hagas lo mismo con ella. —La voz de su esposa se iba apagando con cada palabra que salía de sus labios.

Y para cuando William Herbert le hizo aquella promesa, su esposa ya se había marchado al cielo.

Aquel suceso no enturbió el día, todo continuó como estaba organizado. La casa se llenó de nobles, pues todos deseaban conocer al hijo tan deseado del conde de Pembroke.

Pero la crianza de un niño no es nada fácil, y aquella promesa que hizo en su día le pesó tanto o más que aquella idea absurda de dejar preñada a otra mujer.

Condado de Pembroke
Londres, año 1823

Y ahora, en nuestros días, dos niños, uno de solo dos años, y otra de cuatro, corren por el hogar de William Herbert sin saber bien lo que se debe de hacer con ellos.

—No lo estoy haciendo todo lo bien que se esperaba, ¿verdad? —preguntó William a su criada, la señora Freniton, mientras miraba a los dos niños correr por los jardines.

—Necesitan mano dura, mi señor. El barón debe de aprender de usted, ha dejado que haga lo que desea hasta el momento, es hora de que sea estricto en su educación pues el día de mañana deberá de ser un hombre respetable.

—No lo llame barón, será conde de Pembroke. Aquel título absurdo jamás debí aceptarlo.

—Pero, mi señor, la misma reina lo dotó con…

—¡Será conde! Que no se hable más. —Dio un fuerte golpe sobre la mesa de té situada a su derecha.

—Con respecto a la niña… —La criada no sabía cómo se iba a tomar aquella sugerencia que estaba a punto de hacerle—. Debe mandarla lejos de aquí. —Lo dijo y se retiró dos pasos atrás esperando la ira de su señor.

—¿Lejos? —El conde la miró esperando más información que la que le había dado hasta ahora.

—Tengo unas primas que podrían aceptarla en Francia, es un lugar bello, tranquilo, y cuando la temporada comienza suelen necesitar ayuda.

—¿Está usted sugiriendo que envíe a Lysa para que sirva? Qué despropósito, ni tan solo tiene cinco años. De ninguna manera una hija mía acabará sirviendo, por muy ilegítima que sea.

—Evidentemente no será criada a su llegada, incluso podemos intentar que le enseñen a leer y escribir junto a las niñas de la familia, puede que al ser tan pequeña los señores de la casa no tengan objeción con eso. Al menos hasta que tenga la edad en la que pueda ejercer de doncella.

El conde quedó pensativo, pues de hacer eso no estaría obedeciendo las palabras que su mujer pronunció en su lecho de muerte. Y, ¿qué otra manera había de agradecerle el regalo que le había hecho antes de morir que cumplir con su petición?

El día que apareció en su casa la niña, solo habían pasado pocos días de la muerte de la esposa del conde, y cuando él supo de ella en su llegada, no tuvo la menor duda de quien era aquella pequeña. Su hija. La hija que Margaret Benedict parió en lugar del hijo que él le pidió. Pensó que el destino la había llevado hasta allí para cumplir con la promesa, y no había otra señal del cielo más clara que esa.

Al verla, la seguridad se instaló en su rostro, pues era una réplica exacta a su madre. Que fue por ese motivo que el conde la había elegido para que le diera un heredero, para que la belleza de ella la depositara en su más que ansiado hijo.

Y allí estaba ella, delgada, pequeña, con el cabello tan oscuro como las piedras de granito que extraían de Escocia, y la piel tan clara como la misma leche de las ovejas del pastor Edmund, quien los visitaba a diario.

Aunque fue fácil descubrir de quién se trataba a primera vista, si en su interior aguardaba alguna duda cuando el conde se acuclilló para mirarle el rostro a su altura, fue entonces que vio los ojos de Margaret en la niña, y ahí ya no quedaron temores.

Se quedó callado durante un tiempo mirándola, después estuvo a punto de mandarla echar a la calle con la excusa de no saber quién era, pero un pellizco en su interior le recordó que había hecho una promesa. Cuidar y proteger a sus dos hijos, aunque uno de ellos no fuese legítimo.

—Quizá no lo haya pensado, pero, ¿qué lógica tiene que comparta todo lo que le rodea —Miró a su alrededor—, con una niña que no es reconocida como suya?

La señora Freniton no pensaba en nadie más que en el conde. No quería mal para la niña, pero tampoco iba a dejar que por su culpa se hablasen pestes de su señor.

—Ella no sale al exterior, jamás nadie la vio, no veo el motivo de echarla como usted pretende —respondió el conde.

—El joven Lucius Fitzalan Herbert, sí que pasea, dentro de poco hablará por los codos, contará todo lo que ve en casa, y los niños no saben guardar secretos, será mejor que me haga caso, o en unos años tendrá usted problemas.

El conde lo sintió mucho, pero nadie en el condado de Pembroke debería de conocer jamás de la existencia de la hija ilegítima de William Herbert. Así que mandó sacar a la niña de la casa tan pronto como Freniton lo tuviese todo listo.

Capítulo 1

Lysa Benedict

Francia, año 1841

Eché un último vistazo a la fachada señorial de aquella casa donde había pasado mis últimos dieciséis años. Los primeros fueron para observar, y a prender, y más tarde, cuando tuve edad suficiente, me pusieron a servir. Estaré siempre agradecida por los estudios que recibí y las muestras de afecto de todas las personas que me rodearon, pues vivir con la ausencia de unos padres era algo que sentía como un castigo de Dios.

Días atrás alguien había decidido que debía abandonar Francia y viajar hasta Inglaterra, por lo poco que conocía de mi infancia, era mi país natal. En ocasiones vagos recuerdos me golpeaban la memoria, pero eran tan ligeros que apenas reconocía rostros ni lugares.

No hubo lugar para despedidas incómodas, los señores de la casa, las hijas que crecieron conmigo, e incluso el sobrino mayor de los amos, no sabían siquiera que la señora Freniton y yo nos marcharíamos aquella mañana.

—Apremio, apremio, el carro debe de partir ya o perderemos el ferrocarril que nos lleve al barco. —La señora Freniton insistía en que me diese prisa todo el tiempo. Y yo empezaba a dudar del motivo del viaje, pues para servir en Inglaterra como había mencionado, no era necesario correr tanto.

No había mucho tiempo para hacer preguntas, pues todos corríamos de un lado a otro para cargar el equipaje casi a la carrera, pero cuando nuestros cuerpos se encontraron ya relajados en el carro de camino a puerto intenté averiguar qué era lo que nos esperaba en el nuevo destino.

—Londres, nos instalaremos en mi querida Londres —dijo suspirando—. Tu Londres también —aseveró.

La señora Freniton jamás había mostrado una pizca de cariño por algo o alguien, y en ese momento entendí que nuestro regreso era más emocional para ella de lo que jamás lo había sido nada.

—¿Londres? —pregunté.

—Así es, serviremos en el hogar del conde de Pembroke, el castillo de Pembroke situado en la costa, y solo si el conde lo desea viajaremos a Grosvenor Square acercándose la temporada —suspiró de nuevo.

—Yo estaba bien donde servía, Francia ya era mi hogar, no entiendo por qué has aceptado viajar hasta tan lejos, mi lugar está en Francia —repetí—, pudiste marchar tú y dejarme a mí allí —dije mostrando mi desacuerdo con aquel repentino trabajo—. Además me trataban como si de la familia fuese.

—No recuerdo a ninguna de las hijas sirviendo el té, en cambio a ti sí. Ni retirando sus propios orinales. No digas tonterías. De la familia —susurraba, y después añadió—. Un inglés nunca reniega de sus raíces, y ahora es el momento de regresar para que cada uno reciba lo que es suyo.

—¿Recibir qué?

—Cada cosa a su debido tiempo, de momento nos instalaremos en el hogar de los Herbert. Y recuerda una cosa Lysa, donde tú vayas iré yo, y donde yo esté tendrás tu lugar, así se decidió

hace mucho tiempo y así debe continuar.

—Donde tú vayas iré yo… así se decidió hace mucho tiem… —la imité haciéndole burla sin que me viese.

—Corrige esos modales, niña, eres toda una señorita —me riñó.

—Una criada, recuerda —la corregí.

—También, pero con modales —pronunció seria.

Doncella de los Pembroke, ese era mi legado, continuar siendo doncella de donde se me solicitase. Imagino que esa sería la vida de cualquier huérfana en el mundo.

—Huérfana… —aquella palabra se me debió escapar de los labios mientras pegaba una ligera cabezada durante el viaje, recostada sobre baúles y maletas amontonadas en las bodegas del barco que nos transportaba a Londres.

Abrí los ojos y vi como la señora Freniton suspiró con resignación al escucharme, porque aunque tratase de disimular, me había oído. Me cubrió el cuerpo con su capa color vino con adornos de flores y volvió su cabeza atrás para echar un vistazo al resto de personas que ocupaban las bodegas igual que lo hacíamos nosotras. Porque sí, los Herbert habían solicitado nuestros servicios de internas, pero no se harían cargo del viaje por lo visto.

A la corta edad de doce años ya faenaba como si tuviese dieciséis. Era perfectamente capaz de cuidar de mí misma, pero siempre parecía que la señora Freniton aún no se había dado cuenta.

—Duerme un poco, o estarás cansada para cuando lleguemos —le dije sin muchas esperanzas de que me hiciese caso.

Perdimos la noción del tiempo ahí abajo, pero de repente el barco hizo sonar su bocina y todos comenzaron a ponerse en pie, era la señal de que estábamos a poco de bajar de aquella máquina infernal donde la ventilación era tan nula como el buen olor.

Capítulo 2

Inglaterra, año 1941

Se estaba haciendo tarde, el barco nos había dejado en Milford Haven, y desde allí nos subimos al ferrocarril que en estos momentos nos dirigía hasta Pembroke. Allí dos lacayos de la familia Herbert nos recogerían y nuestro viaje llegaría a su fin.

O eso era lo que yo pensaba, que todo había llegado a su fin al llegar a la mansión, pero no, no había llegado a su fin, de hecho tan solo acababa de comenzar la época más difícil de toda mi vida.

Al llegar a la propiedad la puerta del carro se abrió, y más de una veintena de sirvientes salieron a recibirnos.

Bajé extrañada por la exquisita educación desmerecedora del momento, pero aproveché la ocasión y me incliné como si fuese de la nobleza saludándolos a todos. Varias reverencias, sonrisas, y hasta movimientos ligeros con una de mis manos.

Poco tardó en llegar el manotazo de la señora Freniton sobre mi hombro para corregirme.

—Corre y colócate junto a ellos, déjate de boberías insensata —me dijo en un susurro.

Obedecí su orden y al volverme para colocarme como los demás criados vi un carro frenar justo delante nuestro.

—Es el señor de la casa, el conde de Pembroke, intenta no mirarle demasiado para pasar desapercibida. De otra forma pensará que te interesa —me dijo en un susurro tímido una de las sirvientas que formaba filas junto a mí.

Me extrañé al escuchar tal cosa, no podía imaginar al conde de Pembroke aprovechándose de una de sus sirvientas, y menos haciendo uso de su poder para amedrentar a jovencitas. ¡Qué vergüenza!

Comencé a enfadarme sin todavía conocerle, porque a pesar de que la señora Freniton me había contado que era un buen hombre, aquello que terminaba de escuchar no era aceptable.

Puso un pie sobre la grava del camino, de reojo observé como nadie allí levantaba su rostro para mirarle, pero la intriga pudo conmigo y yo sí que levanté despacio mi barbilla hasta quedarme de frente a él.

—¿Conde? —dije extrañada.

No debí haber hecho esa pregunta en voz alta, pero, ¿qué edad debía de tener aquel muchacho? ¿Veinte, quizá recién cumplida la mayoría de edad? La señora Freniton hablaba de él como si fuese un caballero.

Rápidamente la señora Freniton me obligó a bajar la mirada al suelo estirando de mi brazo con fuerza hacia bajo, pero el conde llegó hasta mí y se quedó parado.

—¿Quién eres? —dijo sin educación.

—Lysa Benedict —respondí con las mismas.

—Señor, o señor conde, eso es lo que debes decir después de dirigirte a mí.

Esbocé una sonrisa, pero no abrí la boca.

—¿Te resulta gracioso, Lysa Benedict?

—Un señor que exige ser llamado como tal no cree que el servicio lo respete sin más, entonces lo debe de exigir. Tal y como usted hace —respondí y terminé añadiendo—. Pero no, tiene razón, no es gracioso.

Levanté mi rostro entonces para ver su reacción.

—Creo que en un futuro podemos llegar a entendernos tú y yo, pero antes deberás de saber que yo soy el que te paga. Así es que limitate a obedecer mis órdenes.

No pude responder a eso, y no porque no se me ocurriese nada en el momento, porque tenía muchas palabras en mi boca dispuestas a salir, pero vi algo que me dejó helada. Una mancha sobre su piel, concretamente en su cuello, del mismo color, tamaño, forma…

Apreté varias veces los ojos queriendo asegurarme de que no eran imaginaciones mías, pero de pronto el conde se giró para dirigirse a la señora Freniton quien le hablaba en ese momento.

—Discúlpela Lucius, no volverá a repetirse, Lysa es demasiado impulsiva, pero yo me encargaré de hacer que reprima sus impulsos. —Freniton levantó la mano para acercarla al conde y así poder acariciar su mejilla, pero de la forma más brusca, él le arremetió un manotazo.

—No lo vuelva a hacer, sé quién es usted, mi padre me contó todo lo que debo de saber, y usted no merece mi respeto. Si está aquí es porque él pidió que regresaran al hogar del que no debieron marcharse. Así lo dijo antes de morir, esas fueron sus últimas palabras. —le dijo él con la mirada cargada en odio.

—Su padre… —lloriqueó.

La dejó en evidencia delante de todo el servicio de la casa.

—Debería de darle vergüenza tratar así a una señora de su edad, parece que su padre no le ha enseñado todo lo que debe saber —le corregí.

—¡Fuera de mi vista o lamentará mucho lo que acaba de decirme! Si fuese por mí ya no estarían aquí.

Gritó y señaló el interior de la casa para que me alejase.

Y lo hice, pero antes le guiñé un ojo a aquella sirvienta que minutos atrás me había avisado sobre él.

Capítulo 3

Inglaterra, año 1941

No debí actuar de tal forma, al menos no el primer día de conocerle, pero las injusticias no eran algo que yo llevase demasiado bien, y bajo ninguna excusa dejaría que nadie en mi presencia fuese ridiculizado.

Pero aquello me hizo colocarme muy pronto en su punto de mira.

La señora Freniton me explicó que el conde había sido educado de la más estricta de las maneras, y que su padre Herbert era un hombre duro y poco dado a mostrarse cariñoso con nadie. Me sorprendió que acabase de morir y allí a nadie pareciera importarle demasiado que ya no estuviese entre nosotros, ni tan siquiera a su propio hijo.

Ella intentaba de todas que yo mostrase pena o al menos que entendiese su comportamiento, y deseaba hacerme entender que bajo ningún pretexto debía de volver a dirigirme a él con tanto atrevimiento.

—Está bien, no se volverá a repetir, siempre y cuando él también guarde sus formas. ¿Acaso no sentiste vergüenza cuando te trató así delante de todos? Es un niño, deberían de haberle enseñado modales antes de dejarle jugar a ser conde de Pembroke —dije malhumorada.

—El conde tiene ya veinte años de edad, no es ningún niño. Mi pequeño es bueno, yo lo sé… —Se calló rápidamente.

—¿Cómo tu pequeño? —Levanté su barbilla para que me mirase y terminase de decir lo que había callado.

—Nada, imagino que la ternura que me da pensar que tan joven se ha quedado solo, me ha hecho imaginar al señor como un niñito indefenso —dijo.

—¿Seguro que no ocultas nada? Posees mucha información —le dije.

—No digas bobadas, y vístete pronto con la ropa que te dieron, tienes que estar lista para la cena.

Durante la cena todo marchó sin más, me limité a obedecer a Freniton, a inclinar mi cabeza al suelo, a colocar mis manos cruzadas detrás de mi espalda mientras no las movía para llevar bandejas, y a guardar silencio. Bueno lo del silencio era lo más difícil de todo, y además tarea doble si me encontraba cerca de Renata, así era como se llamaba la sirvienta con la que había tenido algo de acercamiento a mi llegada. Quizá era un poco más joven que yo, pero no demasiado, y también teníamos costumbres diferentes, eso se veía a una legua, pero pese a todas esas *menudeces* éramos las más jovencitas del hogar, y yo que ya era experta en serlo sabía que íbamos a ser las arropadas entre todos los sirvientes.

—¿Has visto lo apuesto que es el señor? —Suspiraba Renata.

—Solo veo lo cretino que quiere ser —respondí.

—No es cretino, en ocasiones se muestra cariñoso —volvió a suspirar.

Abrí la boca para preguntar a qué se refería con cariñoso, pero la puerta de la entrada fue golpeada con tanto ímpetu que todos nos miramos extrañados.

—¿A quién se le ocurre hacer una visita en mitad de la noche, durante la hora de la cena sin avisar? —dijo Renata.

—Bueno, mejor di, durante la hora de la cena de la nobleza, porque el servicio no tiene hora

—dije relamiéndome al mirar los platos de tan rica comida que descansaban sobre la mesa.

—Señor, tiene visita —anunció el mayordomo.

—Dígale a quien quiera que se haya atrevido a romper mi calma que espere en mi despacho, enseguida iré.

No le dio tiempo al mayordomo de dirigirse a la visita al abrirle la puerta, pues esta se coló hasta el mismo comedor donde el conde terminaba de dar el último bocado a su cena antes de levantarse.

—Lucius, has ignorado todos mis correos, no respondes a ninguna de mis cartas, ¿qué ocurre entre nosotros?

Vaya, vaya, esto se ponía interesante, pensé antes de que el cretino del amo nos mandase retirarnos a todos con un gesto de mano por encima de su cabeza.

Rápido llegó Freniton dando palmadas frente a nosotras para que nos alejásemos de allí.

—Es la última señorita con la que se le vio al amo, de esto hace ya algunos meses, pensaba que habían dejado de verse —dijo Renata en voz baja.

—Pues ella por lo visto no pensaba lo mismo —respondí.

Capítulo 4

Simon Chals Baxter

Londres, Mayfair 1941

Residencia de los Baxter en Grosvenor Square

—Mañana mismo nos trasladaremos hasta Grosvenor Square —pronunció mi madre mirando a mi hermana.

—¡Qué nervios mamá! No creo que esté a la altura de tanta dama con exquisita educación y elegancia.

—Qué tonterías dices, sin duda eres la más educada de todas, también la más bella de todas, el que no está preparado para quitar moscones de tu lado soy yo —respondí golpeando la cabeza de mi hermana.

Era el primer año de Chase entre la sociedad Británica, su debut. Y yo había prometido a mis padres que me dedicaría exclusivamente a llevarla del brazo a cada uno de sus bailes protegiéndola como se esperaba. Aunque mamá continuaba recordándome que yo también debía de encontrar esposa, esquivaba a la perfección el momento insistiendo en que era el momento de Chase y no deseaba acaparar atenciones.

—Haz el favor de respetar la decisión de tu hermana, si ella quiere bailar con alguien que a ti no te parece ser el adecuado deja que sea ella quien decida.

—Tendré paciencia, pero que evite a mis amigos, ni uno de ellos es adecuado para una Baxter.

—¿Tampoco Lucius? —preguntó Chase.

—Él es el que menos, y créeme, no querrás saber por qué.

—Está bien, yo prometo no acercarme a ninguno de ellos, y tú promete que serás educado con mis pretendientes. Bueno, en caso de que haya alguno —suspiró al decirlo.

Chase estaba tan ciega o más de lo que yo creía. Mi hermana era la jovencita más bonita de toda Londres. Había heredado lo mejor de cada uno de nuestros padres, el color de los cabellos tan dorado como la miel más pura al caer de la colmena, el azul de sus ojos idéntico al de nuestra madre, y la tez dorada de nuestro padre. En definitiva la belleza hecha perfección.

—No veo por lo que debas preocuparte, en pocos días podrás descubrirlo, y ahora si me lo permitís tengo que ir hacer un recado.

Las dejé eligiendo todos los vestidos que llevarían a la temporada, y busqué mi corcel para montarlo. Deseaba que Lucius viniese una vez más a Grosvenor, a pesar de la muerte de su padre. Era mi amigo más joven, pero su edad nunca había sido un impedimento para hacer todo tipo de cosas.

Llegué cansado, el castillo de Pembroke se situaba al sur de Inglaterra, puesto que tuve que cabalgar hasta llegar a la estación para allí coger el tren desde Paddington a Bristol, y después un barco de vapor a Pembroke.

Cuando las puertas se abrieron a mi llegada lo único que deseaba era un plato de comida y descanso, pero todo se vio alterado.

—Buenas noches lord Baxter —dijo el mayordomo de Lucius.

—Buenas noches —le respondí estrechando su mano.

Desde que tuve memoria Preston siempre había servido en la casa de los Herbert, y es más

que agradable volver a ver caras conocidas, aunque cuando vi aquel rostro desconocido me quedé helado, porque la belleza que irradiaba era mil veces superior a la de Chase, y jamás pensé que eso pudiese ocurrir jamás.

—Buenas noches —dijo con un suave hilo de voz al cruzarse en mi camino.

Sus ojos, eran sus ojos, jamás antes había visto unos ojos azules tan claros, pensé que ni el mar más trasparente podía reflejar ese color. Sentí la necesidad de acercarme a ella para poder mirarla de cerca, y menos mal que apareció mi buen amigo, porque de no haber sido así puede que hubiese hecho el ridículo más grande de la historia al quedarme embobado mirándola.

—Simon, ¿qué te trae por aquí? —dijo al verme.

—Vine para tratar de convencerte de venir a Grosvenor Square esta temporada, Mayfair no sería lo mismo sin tu presencia.

—¿Hay algo que haya hecho o insinuado para que pienses que yo no voy a asistir a la nueva temporada? —dijo frunciendo el ceño.

—No, es solo que pensaba que tal vez, la muerte de tu padre… —Me quedé sin palabras.

—No amigo, este año es en el que pienso comprometerme, de hecho elegiré a mi presa en el primer baile. De este modo les daré algo nuevo de lo que hablar, y no de la muerte del conde de Pembroke.

Escucharle hablar así me reafirmaba la decisión de que Chase nunca podría fijarse en un hombre como él, o al menos en él.

—Está bien, me alegro, aunque de haber sabido que lo tenías tan claro, me hubiese ahorrado el viaje.

—Oh, no, de ninguna manera este viaje ha sido en balde. Ven pasa, les diré al servicio que te preparen algo de cenar y después conversaremos como hace tiempo que no hacemos.

Se mostraba contento, como si no hubiese sufrido una pérdida.

—Renata, Renata —gritaba al servicio—, ¿dónde te metes cuando se te necesita? Sirvienta inútil —susurraba por los pasillos.

—No vuelva a decir eso —salió de la nada aquella muchacha que antes había llamado mi atención.

—Ve a las cocinas y di que preparen algo para mi buen amigo —le pidió.

Ella no se movió, continuaba parada frente a Lucius mirándole a sus ojos.

—¿Eres sorda, o es que no me has entendido? —le gruñó él.

—Solo espero que me lo pida con respeto, señor —respondió ella, haciendo más sonora la palabra señor.

—Eres una auténtica maleducada —dijo, y acto seguido levantó su mano para abofetearla.

Suerte que estaba cerca y pude agarrar su brazo en el aire para evitar la tragedia.

Lucius se dio la vuelta y se soltó de mi agarre.

—Le hace falta una buena tunda de palos para que aprenda a respetar a la nobleza, de otra forma ni las ratas la querrán —me dijo.

—No amigo, a una mujer no se le golpea jamás.

—Pero, si es del servicio. Mujer dice…—dijo carcajeándose.

—Iré a mandar que le preparen algo de cena —dijo la doncella mirándome.

Aquella mirada se me clavó en el alma, porque no era una mirada cualquiera, era de gratitud, era dulce y cariñosa, era como si con su mano me hubiese acariciado la mejilla, y su voz dulce como un cántico para mis oídos.

—Gracias, señorita —respondí.

—Ni se te ocurra volver a llamarla señorita —dijo Lucius enfrentando la mirada—, es el

servicio, no una señorita.

—No sé su nombre —me excusé.

—Lysa, Lysa Benedict, dijo que se llamaba al presentarse ante mí, pero no va a hacer falta que memorices su nombre, pues me está dando demasiados problemas y tan solo lleva unos días.

Qué equivocado estaba mi amigo, ¿memorizar? Lo que iba a ser difícil era olvidar su nombre, pues acababa de sentir en mi corazón que cupido me había atravesado con sus malditas flechas de amor.

Capítulo 5

Lysa Benedict

Castillo de Pembroke, año 1841

—Maldita sea el conde de Pembroke, maldita sea el momento en el que llegué a Londres, y maldita sea mi lengua —maldecía mientras entraba en las cocinas buscando a Renata.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Renata.

—¿Dónde te habías metido? Tu señor te llamaba a gritos, incluso te insultaba, ¿no decías que era cariñoso? Debes de estar loca por pensar así —le dije alterada.

—Me mandó él mismo que me quedase en las cocinas. Creo que quería hacerme una visita más tarde —dijo la ingenua.

—Basta, no dejes que te toque, solo te utiliza. ¿Sabes lo que significa que se aprovechen de ti?

—No es cierto, está enamorado de mí —dijo sonriendo.

—¿Ah sí? Entonces, ¿por qué le sirves en lugar de sentarte a la mesa con él? O dime una cosa, ¿qué crees que ocurrirá cuando digas que no a esas caricias que viene a buscar cuando a él le entra en gana? Renata, no está enamorado de ti.

—No le conoces, no sabes por todo lo que ha pasado, es un hombre bueno, él solo necesita que le respeten, su padre nunca lo hizo, lo ignoró, solo deseaba tener un hijo para que su título no desapareciera, y cuando por fin tuvo a su hijo querido, ¿sabes qué ocurrió? Nada, fue como si nunca hubiese nacido, lo ignoró.

—¿Ese es su dolor, o es el tuyo? —pregunté, y no me di cuenta al hacerlo, pero la herí y se marchó.

Salí detrás de ella al patio, mi intención no era hacerle daño, solo hacerle ver que lord Herbert no era un hombre tan bueno como ella lo describía, pero fue en vano, debía de darse cuanta ella misma, así es que cesé en mi empeño, y aproveché que estábamos a solas para preguntarle por el otro hombre.

—No me perdones si no quieres, pero dime quien es la visita que llegó hace un rato al menos —le dije al darle alcance.

—No sé a quién te refieres —respondió dudosa.

—Llegó hace un rato, él es alto, corpulento, con los cabellos castaños, su piel es dorada, y sus ojos juraría que eran claros, pero reconozco que me dio vergüenza mantener la mirada. Era guapo, sí, muy apuesto, y también diría que monta a caballo, o eso creo, por las botas que calzaba.

—Podías haberte ahorrado toda esa descripción aduladora, si vino hasta aquí montado a caballo es lord Baxter, uno de los mejores amigos de Lucius.

—Pues te diré que ese tal Lord Baxter sí que parece un buen hombre, es respetuoso, y hasta evitó que tu señor me abofeteara.

—¿Qué hiciste? —preguntó sorprendida.

—No hice nada, bueno sí, defenderte, salí en tu defensa cuando te llamó inútil.

—Él no lo dijo con la intención de hacer daño, es pronto todavía, no le conoces —dijo la pobre.

Cuando la cena para lord Baxter estuvo preparada, me ofrecí a llevarla.

Caminaba con la bandeja algo nerviosa, pues la primera impresión al verle había resultado

inquietante, y no solo debido a su belleza, quizá más bien por su elegancia, modales, y protección.

—Por fin llega la comida, pensaba que iba a tener que ir yo mismo a la cocina a por la cena de mi gran amigo Simon —dijo el conde haciendo aspavientos con las manos—. Ves como no sirven para nada, en ocasiones un buen toque de atención pone a cada uno en su lugar —dijo haciendo referencia a golpear para enseñar.

—Parece que a usted, mi señor, no le han dado ningún toque de esos que menciona —respondí después de dejar la bandeja sobre la mesa.

Lucius hizo intención de levantarse de la mesa, pero lord Baxter lo sujetó por el brazo a la misma vez que me sonrió sin que su amigo lo viese.

Salí del comedor haciendo una inclinación de cabeza, me dirigí a mi alcoba donde me esperaba la señora Freniton para darme otra de sus charlas sobre educación y modales.

—He oído que has vuelto a hacerlo —dijo seria.

—No, no, yo no hice nada, pero tu pobrecito conde no dudó ni un segundo en levantar la mano para abofetearme.

—¿Te pegó? —preguntó alterada.

—Gracias a lord Baxter no lo hizo.

—Pues cuida tus modales, o la próxima vez no habrá un lord Baxter para protegerte.

—No habrá próxima vez, me marcho de esta casa ahora mismo.

Abrí el armario de la alcoba donde días antes había colocado todo lo que traje en mi maleta, que tampoco era demasiado, y ahora me disponía a llenarla de nuevo para escapar de allí.

—¿Dónde crees que vas a ir? Nadie te recogerá, no puedes abandonar un hogar, aquí tienes comida, cama, y además recibes un sueldo. Vuelve a ponerlo todo en su sitio.

La miré atónita, ¿de verdad todo lo que había dicho lo creía así?

—Oh, qué detalle que me paguen por servirles, debería de estar más que agradecida. —Le hice burla—. Pues no, no agradezco que se me trate con desprecio, vine a servir, no a mendigar por un plato de comida y un techo donde refugiarme.

Golpearon la puerta para pedir permiso, y aprovechando la ocasión miré a Freniton.

—Quizá a ti te parece demasiado que pidan permiso para entrar, ¿sería mejor abrir sin avisar? —Volví a burlarme.

—Adelante —respondió ignorándome.

La puerta de la alcoba se entreabrió despacio, y después Renata apareció por el hueco.

—El señor desea verlas —dijo, mirando al suelo y con la voz entrecortada.

—Vaya, parece que nos van a echar antes de que sea yo quien decida marcharme.

La señora Freniton se adelantó sin esperar más palabras de la pobre Renata.

Mientras, yo seguí a Freniton de manera renuente, Renata caminaba a mi lado y no dejaba de hablar sin parar.

—No creo que se os despida, más bien será lo otro, porque si no, ¿a quién llevará para que ponga a punto esa casa? Con tan poco tiempo es imposible que encuentre a nadie dispuesto a hacer tal hazaña. La temporada va a empezar, es tarde, se nos ha echado el tiempo encima…

—¿Lo otro? —pregunté, pero no me respondió, porque ya habíamos llegado al salón, y lord Herbert el conde de Pembroke, se encontraba allí.

Miré a ambos lados esperando ver a lord Baxter, pero se habría marchado a descansar, imaginé.

—Dígame señor, qué desea de nosotras —preguntó Freniton sin mirarle a la cara y dirigiendo la barbilla al pecho.

—Me acompañarán a Grosvenor Square esta temporada, mañana mismo saldremos de viaje, cojan sus cosas y ténganlas listas cuanto antes, no quiero retrasos —dijo sin preguntar.

—Imagino que es una petición, pero no lo está haciendo bien, lord Herbert. Debe ser en forma de pregunta, no de afirmación —le dije mirándole a los ojos.

—Discúlpela de nuevo, Lysa no quiso decir eso —se disculpó Freniton.

—Pues yo creo que Lysa está en lo cierto, yo tampoco escuché a mi buen amigo pedirles que lo acompañen a Grosvenor Square, y sería una pena no disfrutar de sus atenciones en la temporada. —Su voz me dejó paralizada.

Vi como el conde clavó la mirada detrás de mí, y al darme la vuelta, lord Baxter fijó sus ojos en los míos.

—Está bien, me equivoqué al decirlo —me sorprendió el conde—. Sería un placer que me acompañaran a Grosvenor Square —dijo mirando al cielo apretando sus puños al mismo tiempo.

—Estaremos encantadas de hacerlo —dijo Freniton a la carrera.

—Yo iré si Renata también va.

—¿Has visto eso? ¿Qué será lo próximo, pedir caviar para el desayuno? —le dijo el conde a Baxter.

—Fruta estaría mejor, pero nos conformamos con no cenar después de las doce.

Baxter arrancó a reír, y al conde no le hizo ninguna gracia aquello, así es que se retiró escaleras arriba después de pedir que le preparásemos a lord Baxter el cuarto de invitados.

Al poco, Freniton también se retiró, y allí nos quedamos los dos a solas, cerca pero lejos.

—Me temo que yo también tengo que descansar, pero lejos de despedirme me encantará volverla a ver en el primer baile de la temporada, Lysa.

Un escalofrío recorrió mi espalda al escucharle pronunciar mi nombre.

—Iré a preparar su alcoba, lord Baxter —dije sin responderle.

—¿Y en cuanto al baile? —insistió.

—Oh, no creo que podamos vernos en un baile, por si no se ha dado cuenta, no soy más que una sirvienta.

¿Qué si me gustaría? Pues claro. Ser una damita y dejarme cortejar por un caballero como él…

—Una pena que piense usted así, pero en cualquier caso, el primer baile de la temporada será en honor al conde William Herbert, el padre de Lucius Fitzalan Herbert, y es evidente que será en su mansión, así es que sí, volveremos a vernos.

Capítulo 6

Simon Chals Baxter

Grosvenor Square
Primer baile de la temporada

El salón de baile estaba lleno de gente, era temprano para que ya se encontrase así, pero el motivo no era otro que el cotilleo. El conde de Pembroke hacía poco que había fallecido, y todos se preguntaban cómo estaría el hijo del conde en esta nueva temporada. Se decía por la ciudad que para lo joven que era Lucius parecía tenerlo todo bajo control, pero también estaban los menos creyentes en él, y se escuchaba que en pocos años la fortuna del conde la lapidaría con sus malas elecciones de compañía, y esos vicios perversos suyos.

Saludé ávidamente a muchos de los invitados que conocía a mi paso, con amabilidad para que no pensaran de mí que era un arrogante engreído, pero no exageradamente, tampoco quería que imaginaran que buscaba compañía, aún no era mi turno, antes tenía que ayudar a mi hermana a buscar esposo.

Me dirigí hacia la mesa de ponche, no necesitaba beber, estaba solo buscando un refugio apartado del tumulto de personas que solo buscaban de forma ansiosa algo de lo que hablar.

Chase no asistiría a este baile, no era el que presentaba a las damitas en la sociedad, y ella deseaba hacer su debut de forma extraordinaria, así es que esa noche solo charlaría con mi gran amigo Lucius, y me ocuparía gran parte de la velada en intentar coincidir accidentalmente con Lysa Benedict.

—Mi gran amigo Baxter, ¿ya ha caído alguna? —dijo Lucius poniendo su brazo por detrás de mis hombros.

—No seas cretino, ya sabes que no estoy interesado en ese tipo de relaciones —le dije dando un sorbo a la copa que sostenía hasta el momento de adorno.

—No eres el mismo de hace dos años, Simon, y debo decirte que echo de menos a aquel hombre.

—Se acabaron las orgias y las noches descontroladas, no diré que me arrepienta del pasado, pero ahora sé lo que no quiero, y eso es algo de lo que estoy seguro no quiero.

—Vaya, una lástima, dentro de unos días tengo algo preparado, y por supuesto tú estabas invitado…

—¿Te falta servicio? —le dije cambiando de tema.

—Sí, hay dos sirvientas que se empeñan en sacar mi furia. Siempre están enfermas.

—¿Le ocurre algo a Lysa? —Dejé ver mi interés sin darme cuenta.

—Amigo, olvidate de ella, es salvaje, no serviría ni para darte placer. Pero no, ella está perfecta, las que no creo que aguanten mucho más junto a mí son las hermanas Roderick. Quizá debería echarlas.

—Tienen casi noventa años, ya deberías de haberles asignado una buena paga vitalicia para que puedan disfrutar de lo que les queda de vida lejos de aquí. —No quise entrar en el tema de Lysa, era mejor dejar el asunto.

—¿Pagarles más? Si dejan de trabajar para mí no debo pagarles ya.

—Creo que tendremos una conversación un día no muy lejano sobre eso, amigo. Ahora voy al baño, tanto ponche me temo que ha empezado a hacer efecto.

Mientras caminaba, una sonrisa se me dibujó en los labios, estaba viendo a mi persona favorita del lugar. Pude ver como Lysa observaba el baile del que algunos disfrutaban en medio de la pista, todavía mantenía en sus manos una bandeja de plata con algunas bebidas sobre esta.

Me acerqué por un lado para no ser visto, y con mucho cuidado le cogí la bandeja para retirársela y colocarla sobre una de las mesas situada a mis espaldas.

—Está usted loco, si nos vieran podrían pensar algo raro —dijo ella avergonzada.

—Si nos vieran pensarían lo que es. Un caballero la está sacando a bailar —le dije acercándome a su oído.

—No es posible, lord Baxter —dijo alejándose de mi lado.

Pude ver como caminaba en dirección al jardín. Había visitado tantas veces en esa casa a Lucius que la conocía casi como si fuese la mía.

Llegué antes de que lograse salir afuera, la sujeté por la mano haciendo que se detuviera, ella quedó totalmente inmóvil mirándome fijamente. Vi una chispa de interés en mí, pero antes de que pudiese decirle nada, un grupo de personas se acercaron hasta nosotros para salir al exterior.

Ella disimuló a la perfección e hizo como si se adelantase para abrirles las puertas. Yo después de mirarla durante un rato, decidí que debía de marcharme.

Suspiré al quitar la vista de ella, negué con la cabeza después, ¿en qué maldita hora tuvo que aparecer esa mujer en Londres?

Capítulo 7

Lysa Benedict

Grosvenor Square
Primer baile de la temporada

—No lo hagas, Renata —susurré al pasar cerca de ella.

—Que no haga qué —dijo ella tratando de disimular algo que para mí era más que evidente.

—Deja de sonreírle, vas a lograr que crea que puede hacer contigo lo que quiera.

—No digas tonterías, solo le muestro mi gratitud.

—Hasta que le hagas creer que puede cobrarse tal gratitud de la forma en la que él desee.

—Si tan solo pudiera bailar con él un baile…

—Te aseguro que es mejor no bailar que estar encadenada toda la vida a una persona como esa. Es vil.

Renata no respondió, pero supe que no me haría caso, ni esta vez ni otras cuando el conde pasó cerca de ella y le sonrió ampliamente de nuevo.

—Renata, cuando te desocupes me gustaría comentarte algo —le dijo él.

Ella asintió con la cabeza, y nada más alejarse de nosotras, Renata comenzó a recoger todo lo que le estaba asignado para correr e ir cerca de él.

—Deja eso, vas a romperlo todo, puedes ir ya mismo, pero prométeme que gritarás si te hace daño, o intenta hacerte algo y tú no quieres.

—Gracias —me dijo, y salió volando.

Mientras la espera se hacía eterna, el ayudante de cocina se acercó hasta mí, y después de permanecer varios segundos allí, se atrevió por fin a preguntarme por Renata. No le dije la verdad, no quería que se cuchicheara de ella tras las paredes, pero algo me decía que ese hombre parecía estar preocupado por la joven Renata.

Esto provocó una reacción en mí de relajación, pues al conocer que había alguien más pendiente del estado de Renata el peso de la protección no era tan pesado para mí.

Renata llegó a los pocos minutos de haber marchado, sonreía exageradamente, pero no me hablaba, parecía desearlo, pero no podía.

—En cuanto todo termine te espero en mi alcoba, necesito contarte lo que ha ocurrido —me dijo al fin.

Después de que todo estuviese recogido y los últimos invitados se hubiesen marchado, me dirigí con apremio a la alcoba de Renata, tenía curiosidad por saber qué era lo que había ocurrido con el conde.

Di unos suaves golpes sobre la madera de la puerta, pero antes de que me diera permiso, me colé en su alcoba.

—Bueno, bueno, parece que no soy yo la única que se muere por hablar —dijo entre risitas.

—Yo no deseo hablar, es más, si me lo permites solo escucharte es lo que quiero.

—Mejor, así podré recrearme en cada detalle.

Colocó una silla al lado de la cama, después se sentó sobre ella y me instó a que ocupara la mullida colcha que descansaba estirada sobre los pies de su cama. Parecía que le daba vergüenza comenzar a hablar, y yo le ayudé para empezar.

—Venga, dilo de una vez, imagino que te besó, porque tanto misterio y esa cara de pánfila

que se te ha puesto no puede ser debido a otra cosa.

—Jolines, qué bruta eres. Sí, es eso, pero dicho así no parece que sea nada.

—No mujer, tú cuéntamelo como lo has sentido, yo es que soy muy bruta como bien dices, y siempre trato de restarle importancia a todo lo que me ocurre.

—Pues ya que lo mencionas, creo que no deberías de restar tanta importancia a que un caballero intente sacarte a bailar.

—¡Lo sabía! Alguien nos vio. ¡Mierda! Lo último que quería era esto, además de ser nueva, ahora soy el cotilleo de turno.

—Para, para, solo te vi yo, bueno puede que también te viese algún invitado, pero te aseguro que nadie se atreverá a decir nada, lord Baxter es un caballero respetado, sus padres son distinguidos entre la sociedad británica, pero también lo son entre los menos favorecidos. Emma Lawson es médico, y ayuda a todo aquel que necesita de su ayuda, y su esposo tiene la mayor de las empresas textiles de Inglaterra. No puedes imaginarte a las familias que dan de comer y ayudan, son admirables. Qué suerte han tenido lady Baxter y lord Baxter de nacer en esa familia.

—Bueno viniendo de ti no sé si creerme lo de que lord Baxter es un buen hombre, porque hasta el mismo conde te parece honesto.

—Lo es, es un hombre bueno, cariñoso, amable, y besa de una forma inmejorable.

—Pero vamos a ver, ¿con cuántos hombres te has besado?

—No, con ninguno salvo con el conde, ¿por quién me tomas?

—Ya imaginaba…

—Pero deja de interrumpirme de una vez, que además de besarme y hacerme llegar al cielo más alto, también tengo una sorpresa —dijo entusiasmada.

—Te ha pedido matrimonio, tengo ante mí a la futura condesa de Pembroke —me burlé sin poder evitarlo.

—No, no es eso, o al menos no todavía. Pero me ha invitado dentro de dos días a una fiesta privada, también me ha dicho que puedes venir tú si quieres.

—¿Cómo de privada es esa fiesta? —pregunté extrañada.

—Pues muy pocas personas, él y algunos de sus amigos. Imagino que querrá presentármelos.

—No, no creo que sea mi lugar, y tampoco el tuyo. Las presentaciones no se hacen en fiestas privadas, sino más bien en público.

—¿Segura? Lord Baxter siempre acude a todas las fiestas, bailes o partidas de cartas que el conde organiza.

Dudé unos segundos más, pero finalmente me reafirmé en mi decisión de no asistir.

Durante los dos días continuos, en cada ocasión que me cruzaba con el conde intentaba no mirarle demasiado, todo debía de permanecer como estaba, porque algo en mi interior me decía que esa invitación a la que Renata estaba a punto de asistir no era lo que ella pensaba. Así es que yo traté de no exasperar al conde para que en el último momento si creía necesario poder intervenir. Como lo hice, aunque hubiese preferido no tener razón y que nada de lo ocurrido hubiese pasado nunca.

Capítulo 8

Simon Chals Baxter

Grosvenor Square, Mansión del conde de Pembroke

—Entonces, ¿te espero esta noche? No deberías faltar, te he preparado una sorpresa, de la que estoy seguro me agradecerás por mucho tiempo.

—Ya te he dicho que no me seducen ese tipo de reuniones.

—Baxter, soy yo, no tienes que disimular conmigo, sé lo que te gusta y lo bien que nos lo hemos pasado juntos en ese tipo de reuniones como tú las llamas ahora.

—No, no asistiré.

—Te la perderás, y te aseguro que te arrepentirás.

Estuve tentado a ignorarlo, y no sé porqué no lo hice, pero por su forma de intentar convencerme algo en sus palabras me dejaba ver que había organizado una velada un tanto diferente. Su habitual mirada de despreocupación fue la que me conquistó, y al final acepté.

—Llegaré tarde, antes debo cenar con la familia, ya sabes Chase, este año es el suyo y debo de acompañarla.

—Oh, Chase, la preciosa Chase, si no fuera porque es tu hermana, sería la esposa perfecta para mí, lo sabes.

—Si se te ocurre tan siquiera mirarla. Tú también sabes que sería capaz de degollarte, y si le tocas un pelo te haré sentir el mayor dolor que un hombre pueda experimentar.

—Eh, tranquilo, solo bromeaba.

—No con Chase. —Quedó avisado.

La cena familiar terminó, solo los Hudson y los Bunburly nos acompañaron. Que no eran pocos, porque cada uno de ellos traían consigo a sus tres hijos en edad de casarse, pero tanto mamá como yo sabíamos que ninguno de ellos era un hombre hecho para Chase. Dejando a un lado la belleza, los Hudson no eran conversadores, y los Bunburly lo eran demasiado, si de nuevo regresamos a la belleza, pues digamos que ninguna dama desea mirar un rostro mientras come y sufrir náuseas.

—Hermanita, os abandono. Mi buen amigo Lucius da una fiesta privada a la que he sido invitado, y ya llego tarde.

Le di un beso en la frente y después le susurré al oído algo que le hizo reír a carcajadas.

—Ve tranquilo, de haber sabido esto yo también me hubiese buscado una invitación a cualquier lugar lejos de aquí —me dijo entre risas.

Me despedí del resto de los invitados, también de mis padres, y me dirigí con cierta curiosidad a la mansión Herbert. Lo que fuera que Lucius había organizado no sería ninguna minucia, ni quedaría en el olvido, porque nunca lo hacía.

Al llegar a la finca, ya me extrañó que nadie me recibiese en la entrada, y eso era señal de que había dado la noche libre a gran parte del servicio sino a todos. Aquello era extraño, porque a él le encantaba poder alardear de doncellas de más y sirvientes innecesarios. La última vez que hizo algo así su padre llegó de un largo viaje sin avisar y nos descubrió a más de la mitad de los hombres invitados desnudos y retozando como jóvenes descarriados, que era lo que éramos en ese momento. Ya para aquel entonces, hace más de dos años, no le había costado nada encontrar

mujeres dispuestas a fornicar con críos, así es que ahora, imaginaba que menos.

Caminaba por el camino de piedras que dirigía hasta la puerta, cuando de repente una idea estúpida se me cruzó por la cabeza. Tan pronto como surgió la hice desaparecer, era asquerosamente estúpida.

No bastó con golpear mis nudillos sobre la madera, ni tampoco aporrearla, todo indicaba que dentro lo estaban pasando mejor que bien.

Al entrar en el primer salón después de que una mujer con escasa ropa me recibiera, pude ver a varios hombres. Muchos de ellos no eran amigos de Lucius, más bien podrían ser de su padre, por la edad. Ellos jugaban a las cartas, fumaban cigarrillos, y disfrutaban de la compañía de mujeres que al final de la noche serían bien pagadas.

En otra época hubiera sonreído al ver aquel circo, pero para mí no era ya cómodo estar allí. De hecho pensé en más de dos ocasiones por qué había acudido finalmente, si estaba cansado de todo eso. Quizá por que conocía al anfitrión y también porque en cualquier momento podía marcharme, me dije.

Caminé un poco más por el pasillo que conducía al gran salón donde imaginé que estaría mi amigo Lucius, y antes de llegar vi una mesa redonda a mi derecha donde otra partida de cartas se jugaba. En esta las mujeres ya habían perdido algo más de ropa, el juego poco importaba ya, y el coñac pasaba a ser más sustancial que la propia partida.

La puerta del salón se encontraba cerrada, me extrañó, y más aún cuando coloqué mi mano sobre la manecilla y me di cuenta de que estaba cerrada desde dentro.

—¡Lucius! —grité—. ¿Estás ahí?

Se escuchaban gritos ahogados detrás de las puertas, eran gemidos un tanto desagradables. Nadie respondió tras las puertas, así es que decidí marcharme, pero justo en ese instante la voz de una mujer pronunció mi nombre.

—Lord Baxter, ayuda, necesitamos su ayuda.

Y después de eso, se escuchó un golpe seco.

Además de abrir mucho los ojos, golpeé la puerta con fuerza para derribarla, pero aquellas puertas no habían sido construidas para caer con facilidad, así es que me acerqué al mueble de la entrada a paso veloz donde el padre de Lucius guardaba sus escopetas para la cacería del zorro.

Le arremetí un codazo al cristal que las mantenía encerradas y después agarré una, la cargué, y regresé con más prisa todavía hasta la puerta, donde apunté desde arriba a la cerradura, y con un disparo conseguí abrirla.

¿Lo que me encontré allí? Nada para lo que estuviese preparado aquella noche.

—Lucius Fitzalan Herbert, ¿Dónde está Lucius? —pregunté a un desalmado—. Deja a esas dos mujeres —dije con tono grave. Una tapaba a otra, pero claramente había dos.

—Por fin te dignas a venir, tu amigo dijo que no vendrías ya, o eso trató de pronunciar entre balbuceos antes de caer inconsciente al suelo. Alguien debería de decirle que beber tanto hace que te pierdas lo más divertido de las fiestas.

—Garret, ¿ahora te diviertes violando a mujeres?

—No seas exagerado solo me divierto, y nada más.

—¿Les has preguntado a ellas si desean divertirse contigo? O espera, veo que te acompañan tres amigos más, ¿les has preguntado a ellas si desean que todos ellos junto a ti se diviertan con ellas? —Entrecerré los ojos.

—Siempre tan elegante al hablar. Deja ya esa absurda palabrería y únete a nosotros, todo apunta a que no se han estrenado todavía. Venga, dejaremos que seas tú quien empiece con una. Puedes elegir.

Rebufé con fuerza antes de acercarme a él.

En el momento en el que comenzaba a caminar en dirección a ellos, uno de los buenos y amables amigos de Garret empezó a acariciar los pechos de una de las sirvientas. Ella me miraba como si yo fuese la salvación que esperaba después de rezar al cielo. En su rostro solo había terror reflejado, ¿cómo narices no estaban viendo eso?

—Parad de una vez, no veis que ellas no quieren.

—Para tú de aguarnos la fiesta. Estas mujeres están aquí porque así lo desean —dijo uno de los invitados que gozaba de una buena posición.

—Si es cierto me marcharé, pero antes les preguntaré yo mismo si desean ser violadas por cuatro salvajes que incluso dudo que se hayan lavado hoy.

—Son criadas, y si no obedecen serán despedidas —dijo otro de los invitados.

—¿Acaso eres tú quien les paga? Lucius decidirá eso. ¿Vosotros las despediríais sino copulan con todos?

Al asqueroso de Garret ya le había entrado el digno hipo de los borrachos, esa clara pista que te avisa de que de un momento a otro puedes caer al suelo redondo, y no pudo responderme.

—Lo tomaré como un no, pero en caso de que la respuesta fuera afirmativa creo que ellas podrían encontrar otro trabajo.

—Señorita, ¿Renata, era? Llevo demasiado tiempo visitando esta honorable casa, bueno hasta este momento, todo sea dicho, y jamás me ha parecido usted una de esas señoras a las que a ese caballero, por llamarle de algún modo, le vendería su cuerpo.

—Así es lord Baxter, yo jamás haría algo así respondió la pobre muchacha.

—Está bien, más tarde resolveremos el motivo por el que equivocadamente terminó en un lugar como este. Ahora venga aquí y tápese —le ofrecí mi chaqueta.

Al moverse Renata dejó a la vista a Lysa, Lysa Benedict. Su cuerpo estaba aún más desnudo que el de Renata, e incluso había sido golpeada, pues sangraba por el labio. La ropa la llevaba hecha girones desde el cuello hasta la cintura.

—¿Lysa? —pregunté.

—¡No! —gritó ella.

—Has visto Baxter, ella se quiere quedar aquí, seguro que alguno de nosotros le hemos gustado —dijo uno antes de recibir una patada por parte de Lysa en sus mismísimas partes nobles.

—No deseo ser violada por nadie, ni esta noche ni nunca.

Corrió a mis brazos y se resguardó con parte de mi camisa. Estaba tan pegada a mí que podía oler el perfume de su cuerpo sin necesidad de inclinarme hacia ella.

—Buenas noches señores, espero que nadie diga ni una palabra de lo que aquí ha ocurrido esta noche, no deseo que el nombre de estas señoritas se vea manchado.

Lucius estaba en el suelo tirado y parecía medio muerto, pero no era lo más importante de la noche a pesar de ser mi amigo.

Sin esperarlo, uno de aquellos se vio con valentía como para agarrar a Lysa del brazo evitando que pudiese salir conmigo de la casa.

—Creo que no me has escuchado del todo bien —le dije apuntando con la escopeta en su mano— O la sueltas o no dudaré en apretar el gatillo.

Lysa me miró asombrada, y al segundo, el valiente apartó su mano sucia y nos dejó marcharnos.

Salimos de allí los tres, subimos a mi carro, y nos dirigimos al único lugar que imaginaba estaría desocupado. Una casa propiedad de mi madre y sus hermanas en Suffolk.

Durante el camino estaba muy preocupado en tratar de averiguar si les habían hecho daño, pero sin ser tan directo como para avergonzarlas al preguntarlo.

—Gracias, lord Baxter, yo le agradezco que sea tan amable y nos busque un lugar donde quedarnos, pero si me dejase en el hogar de los Carrington se lo agradecería. Mi prima sirve allí, y siempre me repite que suceda lo que suceda, allí hay un lugar para mí.

Afirmé con la cabeza, y después di un par de golpes sobre la chapa del carro para así gritar al cochero que se dirigiera al hogar de los Carrington como había pedido Renata.

—Puedes venir conmigo, no se darán cuenta, dormiremos en la misma cama si es necesario —le decía Renata a Lysa.

—No deseo ponerte en peligro, y menos a tu prima que es quien da la cara por ti, ve tú primero, y trata de ver si necesitan más personas para servir. Si es así estaré encantada, no te preocupes por mí, seguro que lord Baxter puede darme cobijo por unos días.

—¿Estarás bien? —le preguntó Renata.

—No te preocupes por mí, ya has visto que me las sé arreglar. Tú ahora intenta quedarte con tu prima, y cuando pueda iré a verte.

Se abrazaron con fuerza, y antes de que Renata bajase del carro la joven sirvienta de los Herbert me lanzó una mirada más propia de un asesino a sueldo.

Imaginé que trataba de proteger a su amiga, pero yo no era ese tipo de hombres del que ella necesitase protección, pues para mí era preciosa, era la mujer más bella que habían visto mis ojos jamás, y luego estaba lo otro. Acababa de ser aterrorizada por una piara de cerdos, y estaba tan entera, sin derrochar lágrima alguna por su rostro. No conocía a ninguna mujer que después de tal experiencia no se deshiciera en lamentos o lloros, incluida Chase con lo fuerte que era.

—Puedes quedarte en la casa de campo de la familia el tiempo que haga falta, Lysa, no irá nadie —le dije sin poder dejar de mirar sus ojos.

Dejamos a Renata en la dirección que nos pidió y después pusimos rumbo a Suffolk. En el camino me di cuenta de que uno de sus puños no dejaba de sangrar por los nudillos, así es que decidí quitarme la camisa y romper un trozo de tela para que pudiera cubrir su piel ensangrentada.

—No era necesario, estas heridas secan rápido y es la forma más rápida de detener la sangre, dejarlas secar —dijo ella.

Era como escuchar hablar a mi madre con esa seguridad que le otorgaba la medicina.

—¿Cómo te has hecho eso? —entrecerré los ojos esperando la respuesta.

—No creerá que me iba a quedar quieta después de que aquella bestia me golpeara en la boca para hacerme callar.

Sonreí y me sentí infinitamente orgulloso de ella. Era una extraña sensación, no era nada mío, pero a pesar de no estrechar lazos, me gustaba lo fuerte, valiente e imprudente que era Lysa.

El camino dio para mucha conversación y pude conocerla bien, y hacer que me conociera a mí también. Era una mujer más que valiente, y cuando me dijo que no había conocido a su familia me inundó la mayor de las penas.

De forma mecánica pensé en aquella historia que mi madre me contó, en la que yo había sido educado por otro hombre que no fue mi padre durante mis primeros años de vida, y aunque ella repite una y otra vez que era un buen hombre y me quería, el recuerdo de los abrazos de mi padre cuando yo iba creciendo no lo cambiaría por ninguno.

—Los adultos cometen errores que acabamos pagando los niños. Bueno, no es que yo sea un niño aún, es solo una forma de hablar —le dije.

Lysa rompió a reír de forma exagerada, y al final yo también comencé a reír de manera

contagiosa al escucharla.

El carro se detuvo a las puertas de la casa. Una más que fría brisa nos acarició el cuerpo, porque ninguno de los dos íbamos vestidos como para estar bajo el cielo raso de la noche.

Corrimos hasta el interior de la casa. Abrí la puerta con la llave que guardaba dentro de una pequeña casita de pájaros que colgaba del porche de madera.

—Es preciosa —dijo mirando la pequeña fachada donde colgaba un columpio de madera también.

—Lo es, era la casa donde mi madre, sus hermanas y sus padres vivieron hasta que una tragedia los separó.

—Oh, cuanto lo siento. No debí habérselo recordado, disculpe.

—No, no te preocupes, no es mi historia, es la de mi madre y mis tías. A mí no puede dolerme porque no la viví, solo lo cuento porque esta casa mantiene aquello que aquí nació. —Empujé la puerta y la invité a entrar primero.

—Todo un caballero. No puede hacerse la idea de cuanto tiempo hace que nadie me sostiene una puerta para que entre, o me retira una silla para sentarme.

—Pues eso es algo espantoso siendo una señorita.

—Lo espantoso es que no sepa usted aún que no soy eso que dice, sino tan solo una sirvienta.

—Nos empeñamos en distinguir entre nobles y plebeyos, cuando lo que verdaderamente somos es personas. Todos trabajamos para alimentar a nuestras familias, ponemos en orden nuestras cosas, ya sean tierras, propiedades, negocios, para que sean fructíferos y poder seguir viviendo. Ya no hay esclavos, ahora solo simples trabajadores, y deben ser tratados de igual manera que a los que sirven.

—Es preciosa, es pequeña, pero tiene todo lo necesario, es la más bonita de las casas en las que he servido —dijo ignorando la palabrería de antes.

—Aquí no te he traído para servir, solo para que te quedes el tiempo que necesites. Y ahora me marcharé, en uno de los armarios de una alcoba hay ropa, espero que te sirva algo. Mañana regresaré con un poco de comida, intenta dormir para aplacar el hambre, a mí me funciona a menudo.

—¿Me deja usted aquí sola, en mitad del campo?

—Mmm… creo que no es muy decoroso que pasemos la noche juntos, a solas…

—Prefiero lo indecoroso a que me coman los lobos, los osos, o que algún desalmado pretenda hacerme algo peor.

—Está bien, me quedaré contigo si así lo deseas, pero deja que salga para avisar al cochero, le diré que avise en mi casa que pasaré la noche fuera, no deseo que mi madre se preocupe en exceso.

Capítulo 9

Lysa Benedict

Londres
Suffolk, casa de campo de las Lawson

Me encontraba cansada, había sido un día duro, lleno de sobresaltos, y para colmo la invitación en la que Renata estaba segura de que iba a ser una declaración de amor, se convirtió en una encerrona donde lo único que iban a declarar aquellos hombres era el deseo de hacernos suyas.

Apenas podía mantener los ojos abiertos, pero saber que lord Baxter se encontraba a escasos metros de mí no ayudaba a conciliar el sueño.

Aquel sí era un caballero, no hacía falta observarlo demasiado para darse cuenta de que no era como el resto. Parecía un hombre despreocupado, pero en cambio no lo había demostrado, no daba la impresión de ser un jugador de esos que apuestan el dinero del que no son poseedores, y tampoco de los que juegan con los corazones de las damas a las que cortejan. Solo existía un pero, sí, aunque no era para él, sino para mí. Yo no era una dama, era tan solo Lysa Benedict, la criada. Y ahora ni tan si quiera la criada de los Herbert, porque me acababa de quedar sin empleo.

Suspiré al pensar qué sería de mí ahora, ¿cómo le contaría a la señora Freniton lo que había ocurrido sin que me culpara de ello?

Debí de hacer más ruido del imaginado cuando suspiré, y un par de golpes fueron recibidos en la madera de la puerta de mi dormitorio.

—¿Está usted bien, Lysa? —preguntó cauto.

—No —dije sincerándome, cuando en realidad hubiera deseado que aquello no saliera de mi boca.

—Permiso —pronunció y atravesó la puerta.

—Lord Baxter, no se preocupe, poco puede hacer por mí —enseguida me di cuenta de mi atrevimiento—. Quiero decir, poco más, porque ya ha hecho demasiado, además sin conocerme.

Baxter se acercó hasta mí dando dos pasos con una decisión tímida.

—Puedo imaginar cómo te sientes, pero, antes de nada, quiero que sepas que mañana a primera hora iré a casa de los Herbert, necesito conocer porqué Lucius os hizo esto.

—¿Lucius? Ah no, el señor, el conde de Pembroke, el amo no tuvo mucho que ver. Bueno en realidad sí porque la invitación nos la hizo él, o no, porque dudo mucho que me invitase a mí, ya sabe que nuestra relación laboral no es la idónea como para que después del trabajo desee seguir viéndome…

—Un momento, ¿dices que Lucius no ha tenido nada que ver? Pero… yo lo vi, estaba ahí mismo…

—Ajá, él mismo fue quien nos recibió, nos colocó en las manos un licor también él, pero juraría por la virgen que ese hombre ya no estaba en su juicio cuando nosotras llegamos, fíjese que ni siquiera me miró mal como acostumbra a hacer.

—¿Quién más había con él?

—Los hombres a los que vio, ellos no dejaban que Lucius apoyase el vaso de licor sobre el mueble, a cada poco se lo volvían a colocar en la mano y siempre bien lleno, y cuando consiguieron que el conde cayese sobre la alfombra del salón, fue que se acercaron a Renata y

comenzaron a pasársela de uno a otro. No pude quedarme quieta, así es que a uno le golpeé con una silla en la espalda, y a otro le arremetí una patada en una de sus piernas para que cayese al suelo. Pero como ya sabe, eran tres, y ese tercero fue el que me sujetó y bueno, lo que viene después ya lo sabe.

—No continues, y deja de llamarme de usted, mi nombre es Simon Chals, y después de contarme lo que ha ocurrido esta noche, te prometo Lysa que todos ellos pagarán por lo que os hicieron.

—Gracias señor Simon Chals.

Sonrió al escucharme pronunciar de aquella forma su nombre, y yo lo hice al verle sonreír a él. Después con un gesto más que caballeroso inclinó su cabeza y dio media vuelta a su cuerpo para marcharse de la alcoba.

Después de la conversación me encontraba un poco más relajada, y pensé que entonces sí podría dormir, pero me equivoqué, porque la visita de Simon Chals me había alterado tantísimo que la agitación sería la que no me dejara pegar ojo esa noche.

Capítulo 10

Simon Chals Baxter

Londres

Suffolk, casa de campo de las Lawson

La puerta de la casa se abrió provocando que saltase de la silla donde hacía tan solo un par de minutos me había sentado.

—Creí que esa conducta tan relajada ya había sido eliminada de tus costumbres —anunció mi madre a su llegada.

—No es lo que piensas —traté de defenderme.

—¿Entonces no es cierto que has pasado la noche con una mujer? —hizo sonar su voz, mientras que con el pie daba suaves golecitos sobre la madera del suelo.

—Anoche ocurrió algo, yo solo le di cobijo, no pasó nada de lo que deba avergonzarme. Puedes comprobarlo tú misma, está ahí dentro.

—Permíteme que sea yo quien diga eso cuando ella me lo aclare. —Pasó por delante de mí sin que yo pudiese hacer nada, y dio unos cuantos golpes sobre la puerta, y después entró y la cerró tras ella.

Mi madre creía que yo aún guardaba algún tipo de arraigo en aquellas conductas del pasado, y no la culparía por tratar de averiguar si era así o no. Lo único que me daba pena era que Lysa tendría que pasar un buen rato de conversaciones incómodas con ella, porque estaba seguro de que hasta que no le contase todo lo que ocurrió anoche, ella no saldría de esa alcoba.

Pasó mucho tiempo cuando la puerta se volvió a abrir, pero la sonrisa de mi madre me anunciaba que todo iba bien, y que había comprobado que yo decía la verdad.

—Creo que tienes que ir a algún lugar, ¿no es así? —me anunció mamá.

—Sí, iré a la mansión de los Herbert para hablar con Lucius.

—Ve, Lysa estará bien, esperaremos aquí a tu regreso —dijo aquello, pero de forma inmediata, después de mirar a su alrededor y ver que ni una pieza de fruta descansaba sobre el frutero de la mesa, se corrigió así misma—. No, mejor iremos a casa, comeremos algo mientras regresas.

—Pero, señora Baxter, yo no voy vestida como para pasearme entre ustedes, a decir verdad, no voy vestida ni para salir por esa puerta…

Las ropas de Lysa habían acabado maltrechas, y por muy bien que yo pensara que le sentaba ese camisón, la bata, y la manta con la que había salido de la alcoba, y que cubría gran parte de su cuerpo, no era atuendo para una señorita.

—No te preocupes por eso, todavía debe de quedar algo de ropa mía por algún cajón de ese armario, y a nuestro regreso, mi hija estará encantada de dejarte alguno de sus vestidos para que te sientas mejor.

Una curva enorme hizo que mis labios dibujaran la mayor de mis sonrisas al escuchar a mi madre la manera en la que trataba a Lysa, era un orgullo que no hiciera aparecer esas diferencias que la gente usaba para distinguirse de los criados.

—¿Cómo iréis vosotras a casa si yo utilizo el carro para llegar a Grosvenor Square?

—Mandé traer tu caballo, nosotras iremos en carro.

De nuevo sonreí al ver lo astuta que era mi madre, porque aunque ella no supiera que yo tenía que ir a visitar a Lucius, estaba claro que no dejaría que viajase con la mujer que había pasado la noche, por el motivo que fuera.

La sonrisa de Lysa despertó en mí algo que se empezaba a remover en mi interior. Después nuestros ojos se cruzaron y sentí empatía por aquella señorita. Era eso, empatía, estaba confundiendo mis sentimientos hacia ella por el motivo de encontrarla indefensa y darle protección. Marché de allí asintiendo con la cabeza en forma de despedida para ambas mujeres.

Nada más llegar a la casa del conde de Pembroke encontré a varias de las criadas recogiendo el estropicio que todavía era visible.

—Señor, el conde no se encuentra en estado de recibir a nadie esta mañana —me dijo una de las doncellas.

—No importa en el estado que se encuentre el conde, me recibirá igualmente —respondí firmemente.

La señora que estaba junto a Lysa el día en el que Lucius comunicó que le acompañarían hasta Grosvenor se acercó hasta mí al verme, y con cierta prudencia me preguntó si tenía conocimiento del paradero de alguna de las doncellas jóvenes de la casa.

—Esté tranquila por ellas, están en un lugar seguro. No les ha ocurrido nada, bueno eso es algo que ellas deberían de contar si así lo desean.

—Me preocupa, milord —dijo la señora con rostro de angustia.

—De verdad, están bien. Renata marchó al hogar de los Carrington, yo mismo la llevé hasta allí. Y Lysa ahora mismo está acompañada de mi madre, lady Baxter. La residencia Baxter queda no muy lejos de aquí, y si ella no regresa puede usted visitarla mientras allí se encuentre.

—Gracias, milord, gracias por todo —me apretó una de mis manos en señal de gratitud.

—Ahora, si me lo permite, debo de ocuparme de algo urgente —le dije y me alejé escaleras arriba.

En ese momento, el mismo Lucius Fitzalan Herbert salió de su alcoba. Su rostro era el de cualquier hombre que la noche anterior a abusado del licor, aunque parecía que una pena lo inundaba de tristeza.

—Tenemos que hablar —le anuncié.

—No tengo hoy el día para tratar ningún tema importante, mi gran amigo Simon.

—No me importa como tengas el día.

—No lo entiendes, anoche todo se me fue de las manos, y si hubieses venido lo habrías visto. —Se cubrió la cara de inmediato.

—Lo sé, estuve aquí, y si no hubiese llegado a tiempo te aseguro que ahora lo estarías lamentando mucho más.

Ladeó la cara esperando más información.

—¿Qué ocurrió?

—Encontré a tres hombres intentado abusar de tus sirvientas, ¿sabes lo que significa eso? Debías haber visto sus rostros, estaban aterradas, y mientras tanto, ¿tú dónde estabas? Desmallado sobre tu alfombra sin poder hacer nada.

La ira se apoderó de mí, y me acerqué a él para darle un puñetazo, pero en el último instante, desvié mi puño y finalicé el golpe sobre la pared situada a sus espaldas.

—Demonios, Simon, sabes que yo jamás haría algo así.

—¿Sabes lo que sé? Que ya no eres el Lucius amigo mío, ahora parece que te has convertido en el conde de Pembroke, tan alejado de la humanidad como lo estaba tu padre. Pero, no lo entiendo, siempre se habló que los secretos mantenían a tu padre perturbado, pero tú, ¿qué

secretos tienes tú para comportarte tan mezquino?

—Simon… yo jamás haría nada a ninguna mujer. Renata y yo jugamos, y le dije que podía traer a Lysa por si tú venías, te vi tan interesado en ella…

Lo dejé con sus palabras para él mismo, me marché de aquella casa que tantas ocasiones había visitado y que no volvería a pisar en mucho tiempo.

En ese momento en el que yo salía de allí, lord Garret se cruzó en mi camino. Fuera lo que fuese que había ido a hacer allí, estaba de más, y así se lo hice saber.

Nada más verme frenó su paso acelerado que llevaba antes de darse cuenta de quien era yo, y en cuanto lo tuve delante, le propiné un puñetazo con toda esa rabia contenida que antes había terminado en la pared de la casa.

—Detente o llamaré a las autoridades, Baxter, no puedes tomarte la justicia por tu mano —lloriqueaba Garret.

—Eso es, llama a las autoridades, estaré encantado de contarles que hace apenas unas horas tratabas de obligar a dos señoritas… —Me repugnaba hasta pronunciar lo que pretendían hacer él y sus amigos.

—¿Señoritas? Debes de haber perdido el juicio, aquello eran dos criadas, a las señoritas no se me ocurriría compartirlas —dibujó una sonrisa asquerosa en su rostro—. Por cierto he escuchado que una tal Chase Baxter se presenta en sociedad esta temporada, ¿no tendrá nada que ver contigo?

Aquello fue lo último que dijo, después lo lancé al suelo de un golpe, y me arrodillé sobre su cuerpo para continuar golpeándolo con toda la fuerza que tenía. Y si no llega a ser por aquel mayordomo que me detuvo, ahora mismo estaría muerto.

Capítulo 11

Lysa Benedict

Londres
Grosvenor Square, residencia de los Baxter

—Le prepararé una habitación, señorita, esperé aquí —me dijo una de las doncellas de la casa Baxter.

La señora Baxter era un encanto de persona, jamás hubiera pensado que alguien con aquella exquisita educación fuera amable con una simple sirvienta como lo era yo.

Me quedé quieta esperando que regresara con su doncella, y mientras tanto me dedicaba a vigilar que nadie, incluso del servicio pudiera verme vestida de aquella guisa.

—Debes de estar hambrienta, sé a la perfección como se trata al servicio en ese hogar de dónde vienes.

Asentí con la cabeza, me parecía igual de incorrecto por mi parte quejarme de una familia a la que servía que el hambre al que nos enfrentábamos.

Lady Baxter tiró de mí tomándome de la mano, y así fue que llegamos a una alcoba.

—¿Uno de los cuartos para el servicio? —dije asombrada.

—No seas tonta, no eres una de mis doncellas, eres mi invitada.

Me ruboricé, y me quedé tan tiesa que no podía hacer otra cosa que no fuera permanecer en la misma posición en ese instante.

—Pero… yo no…

—No se hable más, pasa a cambiarte, he dejado sobre la cama unos cuantos vestidos de mi hija, vístete con el que más cómoda te sientas.

Asentí de nuevo, no me salían las palabras, ni tan siquiera para agradecérselo, y antes de que pudiese entrar y cerrar la puerta, ella ya se había marchado.

Un armario, una mesita, una cama grande vestida con ropas de seda, alfombra, y hasta un espejo. Todo aquello llenaba la alcoba donde lady Baxter me acababa de dejar tres vestidos, a cual más bonito, y solo tenía que elegir uno, colocármelo y salir. Eso era imposible, porque decidirme por uno de ellos era como menospreciar a los dos que no iba a elegir, y si me dijeran que esos vestidos serían los únicos que podría llevar en toda mi vida, me llenarían de tanta alegría de la que jamás nadie pudiera imaginarse.

El rosa, el rosa era perfecto, era entallado en la cintura, no mostraba mucho escote, y su lazo perlado era sencillo de colocar. El oro, este era demasiado distinguido, aunque más holgado y más cómodo, pero no quería parecer pretenciosa al elegirlo. Y después estaba el blanco, una apuesta segura para cualquier damita que quisiera hacer su debut en la temporada. Era el más bonito, el más sencillo, el más ligero, y el que habría elegido sin dudarlo, si no fuera yo una simple criada.

—Estaba a punto de entrar ahí para sacarte, debes de estar hambrienta —dijo lady Baxter al verme salir de la alcoba.

—Ayer no comí —dije sin levantar la mirada del suelo.

—Dios mío, la próxima vez que vea a ese Lucius le voy a regañar de tal forma que deseará no haber nacido —dijo lady Baxter caminando delante de mí y arrastrándome de nuevo de mi mano.

—Traigan un buen desayuno, salado y dulce, zumos y batidos, y algo de pan también, por favor.

Escuchar la manera que tenía de pedirle al servicio que le sirviera, me hizo sonreír. Qué suerte tenían ellos sin saberlo.

—No como tanto, mi señora —dije con un suave hilo de voz.

—No soy tu señora, tan solo Emma Baxter, ni siquiera vizcondesa, te lo ruego.

—Pero, yo…

—Pero tú, nada. De donde yo vengo nos tratamos con respeto y olvidamos ese título tan decoroso que se les otorga a los hombres tan solo para recordar quienes son. —Se acercó un poco más y susurró—. No me hace falta saber de dónde vienes, a qué te dedicas, siempre y cuando no cometas pecados, o qué título soportas. Y ahora, come.

La comida llegó a la vez que Simon, y al entrar en el salón vi como buscaba a alguien con su mirada.

—¿Se marchó? —le preguntó a su madre.

—Hijo, tu hermana salió a pasear esta mañana y todavía no ha regresado, pero está bien, salió con Lynda.

—No, me refería a Lysa, debías de haberla obligado a comer algo.

De pronto su madre se quedó mirándome, y después yo lo miré a él.

—¡Dios Santo! —espetó.

—¿Dime, has podido resolver algo? —le preguntó la madre.

—He hecho lo que debía, madre, me aseguré de que el sucio de Garret no vuelva a pensar en tocar a una mujer sin su permiso. —Vi como apretaba la mandíbula mientras decía aquello.

—¿Y Lucius? —Continuó ella.

—A él le he dado la oportunidad de intentar cambiar su forma de ser, lo que haga de aquí en adelante dependerá solo de él.

—Vuelva a llenarse el plato de nuevo, no ha comido nada, y le aseguro que no se levantará de esa silla hasta que vea con mis propios ojos que no puede comer más.

Me asustó oir aquello, pero por otra parte se lo agradecí, porque estaba muerta de la vergüenza, y no me hubiese atrevido a servirme más comida, y todavía sentía hambre.

—Es buena, aunque tiene obsesión con la comida, y eso que te ha dicho es cierto, hasta que no considere que has comido suficiente no te dejará moverte.

Simon se inclinó por detrás de mi silla para decirme aquello cuando su madre se alejaba.

—No sé cómo voy a agradecer todas las atenciones recibidas, me siento en deuda de por vida.

—No digas bobadas, además ahora tenemos que buscarte un lugar donde quedarte.

—Eso ya está resuelto —Apareció lady Baxter de nuevo—. Bueno solo si ella lo desea, claro. Tu tía Jane ha tenido que retirar a tres doncellas de su hogar. —Ahora se dirigía a mí—. No pienses que las ha echado, eran mayores y les asignó una paga vitalicia para que puedan descansar.

¿Qué estaba ocurriendo? Mi suerte estaba cambiando, y eso no era normal, pero si algo había aprendido, era que las oportunidades se deben aprovechar.

—Estaré encantada de servirles. —Me levanté con tanta prisa, alegría, y fuerza, que hice volar levemente la mesa donde disfrutaba de tan rico desayuno.

—¡Vaya! Yo la veo más que dispuesta —sonrió lady Baxter—, mandaré que la avisen para que esta misma tarde pueda recibirnos.

—Muchas gracias, lady Baxter, es usted un ángel.

—Si te escuchase mi esposo decir eso, coincidiría contigo jovencita. Su madre siempre lo decía al verme. Pero recuerda, soy Emma. Y ahora solo una cosa. Espero que no te incomode servir en plena temporada, porque aunque los duques de Summerfield no suelen organizar bailes en su hogar, debo avisarte de que les encanta asistir a casi todos los eventos que la sociedad británica celebra.

—No me quejo por trabajar.

—Bueno, Jane, es algo peculiar, pero, ya la conocerás.

—Pero, si usted misma ha dicho que no organizan bailes en su propiedad… —Moví mis ojos de un lado a otro, esperando que ella entendiera la pregunta.

—Así es, no suelen ser anfitriones, pero te aseguro que no te aburrirás junto ella —respondió sin dejar claro lo que tendría que hacer.

De pronto una ráfaga de aire se coló en la estancia, y con ella, la dama más preciosa que debía de existir en toda Londres.

—¿Quién es nuestra invitada? —preguntó curiosa al entrar.

—Señorita, no soy nadie importante, solo una criada —me apresuré a decir.

Ella miró extrañada a ambos lados donde se encontraba lord Baxter y lady Baxter.

—¿No tienes nombre? —me preguntó.

—Oh, sí discúlpeme, mi nombre es Lysa Benedict.

—Lysa, encantada, yo soy Chase. Y por algún motivo creo que llevas puesto mi vestido, y tengo que decirte que te sienta mejor que a mí.

—Mil disculpas, su madre me lo ofreció porque no tenía qué ponerme, pero prometo devolvérselo en cuanto lo lave. De verdad que me avergüenza.

De nuevo volvió a mirar a ambos extrañada.

—Creo que tengo más vestidos de esa misma talla y corte que seguro te sientan como el que llevas puesto. Acompáñame. —Ella tiró de mi mano, algo de lo que empezaba a acostumbrarme en esa casa, y me llevó escaleras arriba hasta entrar en su alcoba.

—Señorita Chase, no puedo aceptar ropa de nobles, yo no soy más que una sirvienta.

—En algún momento esto tiene que cambiar, y cuando ocurra y tengas tu tiempo libre y desees pasear vestida con vestidos bonitos, tendrás unos cuantos para ponerte.

Ella no dejaba de hablar y sacar vestidos de un voluminoso armario repleto de ellos.

—Está bien, pero no demasiados, no tengo lugar para guardarlos.

—¿Has dicho que eres doncella?

—Sirvienta, lo seré en el hogar de los duques de Summerfield si lo aprueba la duquesa esta misma tarde.

—Bueno, tía Jane es maravillosa, estoy segura de que te puede colocar una armario bien grande en la alcoba donde te instales.

La dejé hablando sola, porque no estaba dispuesta a discutir con ella. ¿Qué sabría una niña que había nacido entre pañales de algodón a lo que debe de acostumbrarse una sirvienta?

A las pocas horas me encontraba frente a la magnificencia señorial de un palacete, el hogar de los duques de Summerfield.

Mi apariencia con aquel vestido sabía que iba a dar el resultado a la equivocación. Y no se hizo esperar demasiado, pues nada más abrirse las puertas, el mayordomo nos saludó y trató a ambas, a lady Baxter, y a mí como si de nobles nos tratásemos las dos. Y por mucho que intenté abrir la boca, Emma, como a ella le gustaba que la llamase, me lo impidió.

—¿Por qué no has traído a la doncella que quieres que trabaje en mi casa, en lugar de venir acompañada de una amiga de Chase? —Ese fue el comentario de la duquesa de Summerfield al

verme.

—Disculpe el atrevimiento, duquesa, mi nombre es Lysa Benedict, yo soy la doncella. En cuanto a estas ropas que visto, no son más que un préstamo que devolveré en cuanto tenga otras ropas más apropiadas para el servicio que ponerme.

La duquesa se llevó una mano a la boca, y sus ojos se abrieron tanto que temí que se le salieran de las cuencas.

Moría de la vergüenza de nuevo, y di un paso de lado para quedarme más cerca de lady Baxter.

—Tranquila, que no muerde, mi hermana es demasiado expresiva —me dijo tomando mi mano para relajar mi nerviosismo.

—Júrame que no es la muchacha más bonita que ven tus ojos, salvando a tu propia hija… —dijo la duquesa como si yo no estuviese presente.

—Lo es, y además de eso hay algo en ella que me resulta familiar…

—Disculpen, si el trabajo es mío me gustaría saber a qué dedicarme, no quiero que piensen que soy una aprovechada.

—¿Sabes algo, Lysa? Hoy te enseñaré yo misma todo esto, y mañana Belinda, mi doncella de confianza te dirá qué hacer. Así es que ahora disfruta de tu día libre, que por supuesto gozarás habitualmente de dos a la semana.

—¿Dos días libres, y qué se supone que debo de hacer en ellos, yo no tengo hogar? —pregunté asustada.

—En los días libres puedes dedicarte a lo que más te guste, pero muchacha, esta será tu casa, no tendrás que comer fuera, o dormir en otro lugar, siempre que tú no quieras.

Capítulo 12

Simon Chals Baxter

Londres

Grosvenor Square, residencia de los Baxter

En el momento en el que supe que Lysa serviría en el hogar de mi tía Jane, sentí una alegría extraña por lo sucedido la noche anterior. Estaba claro que había sido algo desagradable, más para las dos señoritas que estuvieron en ese lugar, y algo también para mí, porque tuve que arreglármelas con esos tipos y convencerles de que las soltaran. Bueno, convencerles a mi modo.

Era sábado y no tenía mucho que hacer, salvo asistir a otro baile repetitivo y nada interesante. No encontraba la forma de desligarme de aquel compromiso, así es que fingí un ligero dolor de tripa, y una indisposición.

—¿Qué te ocurre para que tú estés sentado en ese sillón tan tranquilamente? —dijo Chase al verme.

—Hermanita, me temo que hoy no podré acompañarte, mi cuerpo ha decidido sin mi permiso que necesita un descanso. —No me atreví a levantar el rostro pegado al libro que tenía entre mis manos.

—No te preocupes demasiado por eso, el de hoy es el divertido baile de máscaras que da todos los años la familia Wright. Es un sin sentido asistir, ya sabemos a la perfección quien es quien. Nos delata el color de nuestros cabellos, los andares más que estudiados a lo largo de los años, los vestidos que aun siendo nuevos exigimos a las modistas que repitan los mismos cortes que en el anterior. Y bueno, si eso no fuese suficiente, la voz. ¿A quién diablos se le ocurrió este estúpido baile?

—A los Wright —pronunciamos los dos al unísono.

Las carcajadas debieron oírlas hasta en la calle, porque nuestra madre entró a toda prisa y se quedó mirándonos como un pasmarote.

—Cómo me alegra escuchar vuestras risas, ¿se puede saber qué las motiva? —dijo en tono alegre.

—El recuerdo del baile de esta noche, es un sinsentido celebrarlo año tras año con los mismos invitados —dijo Chase entre risas todavía.

—¿Mismos invitados? No recordaba que tú hubieras asistido a ninguno.

—No, pero, todo el mundo sabe quién soy —dijo Chase.

—¿De vernos unos meses al año crees que la gente es capaz de memorizar a todas las personas que asisten a un baile? —Mamá la corrigió locuazmente.

—Bueno, de todas formas, Simon hoy no podrá asistir, no se encuentra bien.

Asentí y volví a levantar mi libro para evitar el interrogatorio.

—Una lástima, pues en esta ocasión sé de buena tinta que habían invitados nuevos —dijo eso y me guiñó un ojo.

¿Invitados nuevos? No quería que descubriera mis ganas de conocer de quien se trataba, pero tampoco podía ignorar lo que había dicho.

—¿Solo invitados? —Continué con la mirada en el libro, sin saber bien donde mirar, porque nada de la página donde me encontraba había leído.

—Damas, algunas primas de los Paxton, y también familiares de Francia de los anfitriones. Creo que este será uno de los más divertidos de la temporada.

—¡Mamá! —le regañó Chase.

—Hija, no dije espectacular, solo divertido. Está claro que tu debut dejará a todos fascinados.

—No es lo que quiero, pero tampoco que mi madre diga que el baile donde su hija se presenta no será importante.

—Ya, ya, nuestra madre tiene razón. Diversión y debut no van ligados de la mano. Y creo que ya me voy encontrando mejor, así es que estad listas a la hora, porque Simon Baxter asistirá a ese baile de máscaras.

Mamá me miró de reojo y sonrió para dentro. Chase me abrazó con fuerza, y me susurró en el oído algo sobre alguna amiga suya.

Negué con uno de mis dedos al separarme de ella, pero me lo agarró, rio y después dio saltitos de alegría mientras se alejaba.

—Ya verás cuando se entere de que asistirás al baile —decía mientras se alejaba.

—Recuerda, es un baile de máscaras por algún motivo —le advertía mamá.

Lejos de retirarse, mamá se quedó en silencio justo al lado del sillón verde tapizado de terciopelo donde me encontraba.

—Tráigame un té, por favor —le pidió a una de las sirvientas que se encontraban en la puerta del saloncito.

Levanté la mirada para observarla durante un segundo, y vi cómo me estudiaba ella todo el tiempo. Algo estaba a punto de ocurrir en esa sala, pero esperé prudente para que sucediera como ella deseaba.

El té llegó, y ella tomó asiento en un silloncito con tapiz floreado y fondo blanco, el favorito de mi madre. Cogió su taza, se sirvió un chorrito de leche, con tres terrones de azúcar y dio unas vueltas con la cucharilla antes de acercarlo a su boca.

Yo la miraba y esperaba paciente que se animase a hablarme.

Ella entonces me miró por encima del borde de su taza a la vez que daba un sorbo a su té.

—Madre no puedo más, ¿qué pretende con esta situación, volverme loco? —le pregunté nervioso mirándola con preocupación.

—Lysa.

Dijo a aquello y volvió a guardar silencio.

—Madre, por el amor de Dios. —Levanté mis posaderas del sillón—. Acaba de pronunciar tus palabras, por favor.

—Lysa es una muchacha que tiene asumido su lugar, no me gustaría que llegases tú, encaprichado, y le sacudieras su mundo con fuerza para después dejarla rota. No sé si me entiendes, pero de cualquier modo, aléjate de ella. Eso es lo mejor para ambos. —Dejó la taza en la bandeja con esa tranquilidad que la caracterizaba.

—Solo es una amiga, ella estaba en apuros, yo la ayudé, nada más. Nada de lo que tengas que preocuparte. —¿Mentí? No lo sé, o en ese momento no sabía si lo estaba haciendo.

—Disfruta esta noche, y si de veras deseas diversión, quédate hasta el final y podrás descubrir la identidad de los enmascarados.

Pasé toda la tarde pensando en aquello que mi madre me había querido decir. Porque aunque para ella tuviese sentido, para mí carecía de él. ¿Tenía asumido su lugar? No entendía como una dama tan joven puede asumir que va a dedicarse toda su vida a servir a otras personas, y tampoco comprendía porqué motivo yo iba a sacudir, y cito verbalmente las palabras de mi

madre, su mundo para después dejarla rota. Pero una cosa sí que tenía clara, y era que mamá siempre tenía razón, siempre y cuando no fuera yo quien la poseía.

Capítulo 13

Lysa Benedict

Londres

Grosvenor Square, residencia de los duques de Summerfield

—Pues ahora que ya conoces todo, ¿dime, qué harás el resto de tu día libre? —me preguntó la duquesa interesadamente.

—Duquesa, con todo el respeto, jamás disfruté de un solo día libre como usted dice, así es que entienda que para mí es incluso estresante pensar en que nada tengo que hacer. Me quedaré en el hogar y ayudaré al resto del servicio —dije, y terminé con una sonrisa.

—Me temo que eso será algo complicado de llevar a cabo, porque el resto del servicio esta noche también disfruta de libertad.

—Ohhh… —La tristeza se instaló en mi rostro, y ella debió de asustarse mucho al verlo, así es que se precipitó al hacerme tal proposición.

—Vendrás conmigo, eso es, asistirás como una invitada. Ya está bien de distinciones absurdas entre criados y amos.

Me asustó, pero no era la primera vez que lo escuchaba. Pues su sobrino Simon ya se había atrevido a decirlo antes.

—Pero, es que yo soy una… —hice un silencio, pero después me arranqué—, soy solo una sirvienta, hasta huérfana soy.

—Para mí no, no eres solo eso. Y jovencita, mis hermanas y yo también quedamos huérfanas de padres. Que no se hable más, vienes conmigo.

No sabía qué hacer, cómo negarme de otra manera de la que ya la había hecho para que me tomase en serio. La duquesa sacaba vestidos y más vestidos de su armario, y a cada uno nuevo que veían mis ojos, más ganas de llorar me entraban por no poder poseer jamás ninguno de ellos. Yo soñaba con ser una bonita dama, elegante, distinguida entre la sociedad, la misma que ahora ignoraba que existía yo. Entonces fue que se me vino a la cabeza que podía serlo, por una noche mi sueño se iba a cumplir, y lo único que debía de hacer era escuchar a la duquesa, ella, la que estaba dispuesta a que todo funcionase.

—¿Me permite? —le pregunté dando un paso hacia delante.

—Claro, Lysa, tócalos, pruébate el que más te guste.

—No, solo deseo este —dije tocando la suave tela sedosa del lazo de ese vestido que había acaparado toda mi atención sobre los más de diez restantes.

—Pues ahora tenemos que hacer algo con tus cabellos. —Cogió mi larga melena que descansaba sobre mis hombros y tapaba media espalda—. No me malinterpretes, tienes un cabello precioso, pero para este vestido debe de ir recogido, al menos gran parte de él. —Lo levantó sobre mi cabeza con una especie de moño, y sonrió—. ¿Sabes? no creo que haya otra muchacha con similar belleza a la tuya, Lysa Benedict.

Me sonrojé, después cubrí mis mejillas con mis manos, y después la abracé. Un sentimiento de pena se instaló en mi vientre. Jamás había escuchado tantos cumplidos, y en los últimos días estaban siendo demasiados.

Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo me retiré de los brazos la duquesa con mucha prisa. Le pedí perdón, y hasta incluso traté de marcharme de su alcoba.

—Lysa, no pidas perdón por mostrar agradecimiento, eres una jovencita especial, ven aquí —dijo abriendo sus brazos.

Muerta de vergüenza caminé hasta ella y me coloqué dentro de ese cobijo, sentí que era lo más sincero que había recibido nunca, y rompí a llorar sin querer.

—Debes de haber sufrido mucho, pequeña, pero desahógate, aquí me tienes siempre que quieras.

Me tomó por los hombros y me separó para mirarme a los ojos.

—Aunque, si queremos llegar al baile, debemos de apremiar con los arreglos… No estoy convencida de que ese vestido te siente como un guante, estás muy delgada.

Era cierto, el trabajo desgastaba mucho, y los horarios de comidas para el servicio no eran los más justos que dijéramos, y aunque yo había podido comer algo más desde que lord Baxter me salvara de la residencia del conde de Pembroke, conocía que la alimentación no era suficiente anteriormente.

En ese momento recordé a la señora Freniton, sentí pena de no poder decirle donde estaba, pero no disponía de monedas como para viajar de un lugar a otro, y la hospitalidad de la familia de Simon ya era enorme como para pedirles que dieran un recado a la señora Freniton de mi parte. Así es que pensé que más adelante la visitaría, a ella y a Renata.

Capítulo 14

Simon Chals Baxter

Londres

Grosvenor Square

Baile de máscaras de los Wright

Allí estaba, en el baile de máscaras más absurdo de la temporada, pero algo curioso por aquello que mi madre nos había dicho. Novedades femeninas, damas a las que todavía no conocía, y además jugaba con la gran baza de que si ninguna de ellas despertaba en mí un interés importante, no tendría ni que poner excusas para alejarme, pues jamás revelaría mi identidad.

—¿Qué tal por su hogar, señorito Simon? —Aquella mujer de edad avanzada descubrió mi identidad sin hacer demasiados esfuerzos.

—¿Cómo lo ha sabido? —le susurré.

—He cuidado de usted desde que eras un mocoso, a esta vieja no puede engañarle un antifaz, ni aunque se escondiera usted dentro de una caja podrías.

—¿Eres tú? —me reí exageradamente al reconocer a la doncella de tía Jane.

Ella acostumbraba a dar días libres a su servicio, e incluso se atrevía a invitarlas a bailes donde jamás de otro modo podrían asistir.

—No se ría usted tan alto, o no solo yo descubriré quién es —me advirtió.

Reprimí un gemido, y no era por lo que acababa de decirme Linda, más bien fue por la imagen que se presentó delante de mí. El conde de Pembroke, el mismo, y sin máscara. ¿Para qué ocultar el rostro? Si él deseaba ser admirado y que todo el mundo conociera quien era.

—Si me disculpa… —dije amablemente— Veo una persona con la que debo hablar.

Poco me importaba en ese momento si por acercarme a Lucius se descubría quien era yo. Lo que deseaba era que se marchase de allí.

—Parece que al baile invitan a cualquiera —le dije colocándome detrás de él.

—Simon, vine por ti, te juro que no conocía las intenciones de esos tipos cuando les invité.

—¿Y las tuyas invitando a dos mujeres de tu servicio?

—Ese es otro tema, Renata y yo solemos jugar a nuestro juego, y bueno, Lysa, ya te dije que era para hacerte un guiño, y a la vez pues sentí la repentina necesidad de estrechar lazos con ella, ya sabes. —Sonrió.

—Eres el mismo Lucius de siempre, crees que tu condición de conde de Pembroke te da derecho a tratar a tu servicio como esclavos. ¿Sí?

—Te demostraré que no es así.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Me comprometeré, este año lograré el compromiso que hará ver a todos que el conde de Pembroke ha sentado la cabeza, de verdad, es lo único que yo deseo.

—Yo no te pido que te cases con una muchachita a la que no amas, solo que dejes de hacer estupideces, o que no te relaciones con gente que las hace, porque para mí es lo mismo.

Ya se estaba haciendo tarde, y escuchar las boberías de Lucius no es que me ayudara a entretenerme demasiado. No había visto a ninguna dama que llamase mi atención, a pesar de llevar máscaras.

—Apostemos —dijo Lucius, pronunciando esa palabra que yo escuché de fondo y a la que

no le di la mayor de las importancias.

Dejé mi copa en la bandeja de uno de los criados que pasaba por allí, y seguí observando entre la multitud de los invitados a alguien que me impactase un poco, o al menos que no fuera más de lo mismo.

—Me marcho —dije finalmente, pero antes di un último vistazo al salón de baile en busca del motivo de la noche, una dama que despertase en mí algo.

—No me has escuchado. Te he dicho que apostemos —repitió Lucius.

Mi amigo no conocía todavía que disponía de múltiples encantos como para someterse a una apuesta. Así es que me acerqué hasta él y le susurré que no le hacía falta demostrar nada a nadie, tan solo a él mismo.

La casualidad hizo que en ese momento en el que me alejaba del salón de baile, me encontrase con una dama diferente al resto.

La vi y desde el primer minuto me di cuenta de que era distinta. Cabeza baja, brazos inquietos, solitaria entre la multitud, bella, de belleza extrema podría decirse. Ella era la mujer que cualquier hombre desearía tener a su lado nada más verla.

—La acabo de elegir. —Escuché decir a Lucius a mis espaldas.

Yo no podía dejar de seguir a aquella dama con la mirada. Estudiaba cada paso que daba, cómo cogía delicadamente una copa de la bandeja de uno de los criados, y cómo a la vez les agradecía en cada ocasión al servicio. Era algo extraño aquel comportamiento, porque salvo a mi familia, a nadie más había podido ver aquella amabilidad.

—Simon, te estoy hablando —dijo Lucius, y yo llegué hasta él rápidamente para que no continuase pregonando mi nombre en alto.

—¿Por qué insistes en eso?

—Porque la he encontrado. Y ahora, ve a por el libro de apuestas —dijo Lucius.

¿Estaba hablando en serio?

—No creo que debas de inscribirlo en el libro, sabes que de ser así no quedará solo entre nosotros —intenté convencerle.

—De eso se trata, de que toda Londres sepa que el conde de Pembroke sentará la cabeza este año, además ¿sabes la de debutantes que querrán pasear conmigo? —Lucius se frotó las manos.

—No entiendes nada. ¿Buscas esposa, o fama?

—No veo porque no pueden ser ambas cosas a la vez —respondió.

El hijo mayor de los Wrigth apareció al lado de Lucius con un pequeño cuaderno y una pluma. Debían de estar locos como para hacer aquello allí mismo delante de todos los invitados.

—Guarda eso inmediatamente, es un despropósito —le ordené.

—Esté bien, hazle caso, primero elegimos, después iremos al despacho de tu padre para que quede en firme —Lucius hablaba como si elegir esposa fuera una simple elección de botas de montar.

Priterton, el hijo de los anfitriones guardó todo con apremio, y después regresó para colocarse al lado de Lucius de nuevo. Parecía su lacayo, y seguramente eso era lo que fuese.

—Debe de ser una de las nuevas invitadas. Sí la apuesta debe de recaer sobre alguien nueva —dijo Lucius.

—Pues eso sería engañarla, porque las que repiten saben a lo que se exponen contigo, en cambio una nueva sería una presa desvalida.

—Y joven, más que yo.

—¿Les preguntarás su edad? Amigo no dejas de sorprenderme, eso sería un despropósito,

incluso para ti.

—Está bien, pues al menos que lo parezca.

Por mucho que Lucius quisiera encontrar esposa ese año, conocía bien que por mucho título que ostentase, el único motivo por el que una dama se casaría con él era que su madre la obligase, así es que, mi amigo no solo tendría que convencer a la dama en cuestión. Sino también a la madre de ella.

—¿No se aburren con tantas palabras? —Nos sorprendió la voz de Priterton. —¿Qué apuestan? Necesito los detalles para inscribir estos en el libro de apuestas.

—No creo que nadie deba de apostar por conseguir a una mujer, lo lamento pero creo que no voy.

Priterton se rio exageradamente y asintió con la cabeza.

—Sabía yo que el bueno de Baxter no haría nada que no estuviese supervisado por sus buenos padres.

—Está bien, ¿elegirás alguna mujer en particular y yo apostaré si la conseguirás o no, o en qué se basa tu apuesta? —pregunté a Lucius.

—No, mi buen amigo. Yo no elegiré a nadie. Vi que tú ya lo hiciste hace un rato, y yo trataré de convertirla en mi esposa antes de que tú lo hagas.

Maldición.

Capítulo 15

Lysa Benedict

Londres

Grosvenor Square

Baile de máscaras de los Wright

Reconozco que cuando entré en el salón no le vi. Estaba más entretenida en que nadie descubriese mi identidad que en disfrutar, como debía de estar haciendo.

—Nadie te conoce aún en Londres, aprovecha tu oportunidad, diviértete —me dijo la duquesa de Summerfield antes de alejarse de mí para que nadie nos relacionase.

Me apresuré a llegar hasta uno de los sirvientes, me urgía mantener las manos ocupadas, y una copa de lo que fuese que se trasparentaba en aquel cristal sería adecuado.

Sonreí al sirviente, hasta me incliné agradeciendo su servicio, y al ver la reacción de este fue que me di cuenta de mi error. No podía volver a repetirlo o se darían cuenta de que no era una distinguida invitada como aparentaba ser.

De pronto comencé a percibir algo extraño en el ambiente, pero incapaz de descubrir qué era, paseé por la sala escondiéndome de cualquiera que mostrase interés en mí y quisiera conversar, o peor aún sacarme a bailar.

Mientras disfrutaba de la compañía lejana de todos los invitados en el baile, algo insólito me llamó la atención, y fue un rostro libre de máscara. El del conde de Pembroke.

Sentí una fuerza que me invitó a acercarme hasta él para darle una buna tunda de palos, como dijo él al conocerme, pero aquello haría que todos se preguntasen quien era la mujer que golpeaba al conde, y poco se tardaría en descubrir que era una impostora. Con lo cual acepté que la que saldría peor parada en aquel momento sería yo, y no él.

Fue al relajarme que me di cuenta de quién era la persona que lo acompañaba. Simon Baxter, aquel hombre que me había salvado de las garras del conde. Y por alguna razón que desconocía seguían siendo amigos.

Ahí estaba, con un antifaz que tapaba la mayor parte de su rostro, pero que solo una ciega no imaginaría quien había debajo de ese pedazo de tela. Su sonrisa le delataba, y aunque solo la había mostrado una sola vez durante todo el tiempo en el que le estaba mirando, fue suficiente para asegurarme de quién era.

Todos allí parecían disfrutar, todos menos yo, que imaginé sería la única que conocía que cuando terminara la velada, todo volvería a ser como antes. Volvería a mi vida de trabajo y servicio. A lavar a tender, a vaciar orinales, a limpiar suelos, y a continuar soñando con una vida que no me pertenecía en absoluto. Pero podía hacer dos cosas, o disfrutar de este cuento de princesas que la duquesa me había regalado por una noche, o lamentarme y salir por esa puerta que permanecía abierta.

Decidí la primera de mi opciones, y paseé por el salón de baile con la creencia de que yo era como el resto, que ni mi vestido era prestado, ni mis zapatos, ni yo era inferior a nadie de allí.

Levanté mi barbilla para que todo el mundo supiera de mi presencia, y nada más hacerlo pareció funcionar, porque una multitud de caballeros me rodearon sin clemencia.

Me asusté tanto que a punto estuve de salir de allí corriendo, eligiendo la opción segunda que antes había rechazado. Y si no lo hice fue gracias a que alguien me tomó la mano, sin mi

permiso, pero con mi agradecimiento.

—Disculpen, caballeros, pero esta dama ya me prometió antes bailar conmigo —Esas fueron sus palabras mientras todos los demás se abrían para que yo caminase.

Mintió, claro que lo hizo, pero de haberle detenido, ahora tendría más problemas que bailar con un caballero.

Me tensé al tenerlo de frente, porque aunque mis cabellos estaban recogidos, y mi antifaz tenía los orificios de los ojos muy pequeños, quedaba la posibilidad de que me reconociera y me descubriese.

—Me temo que no podrá ocurrir lo que desea —le dije entre susurros.

—¿Pues dígame a quién debo de pedir permiso para que pueda bailar conmigo?

—A nadie, es solo que no sé bailar.

Lo vi dudoso, parecía no creerme, pero era la verdad, no sabía, nadie había reparado nunca en enseñar a una muchacha del servicio a bailar.

—Arreglemos ese infortunio, yo le enseño, usted solo debe de colocar su mano sobre mi hombro y la otra justo aquí —dijo mientras tomaba ambas manos y las ponía en los lugares adecuados como para bailar un vals.

—Nos mirarán todos —le dije.

—A mí no me importa, ¿y a usted? —me preguntó.

—Sí, la verdad es que me moriría de la vergüenza si fuese el centro de atención de algo.

Baxter se extrañó que no quisiera ser admirada por los invitados, pero era cierto, lo último que deseaba era llamar la atención de nadie.

—Pues entonces deberíamos alejarnos del centro del salón de baile, o correremos el peligro de ser pisados.

Me hacía sentir diferente, cómoda, como si fuéramos iguales. Aunque eso era lo que él pensaba seguramente, que yo pertenecía a su mundo. Por un momento me vi en la obligación de revelarle quien era, pero después temí por su reacción, así es que continué con mi papel de princesa por una noche.

Capítulo 16

Simon Chals Baxter

Londres

Grosvenor Square

Baile de máscaras de los Wright

Creo que está en peligro nuestra apuesta, mi gran amigo Simon —dijo Lucius señalando un tumulto de caballeros a lo lejos que parecían rodearla.

Tan rápido como dijo aquello, Lucius comenzó a caminar a paso ligero hasta el lugar, y tratando de abrirse paso arremetía codazos a algunos de los presentes.

Yo me agaché pasando entre dos hombres, y tomé la mano de la desconocida simulando que antes me había prometido un baile, y de esa forma me la llevé, quitándole de encima a todos aquellos caballeros a los que estaba seguro no querría conocer.

Al pasar cerca de mi amigo, este me susurró que, *el primero en salir no tiene por qué ser el primero en llegar a la meta*. Muy propio de él siempre haciendo referencia a las apuestas o carreras.

Me permití invitarla a bailar, y en su negativa alegando que no sabía, cosa que no creí, me atreví a sacarla a la terraza.

—¿Por qué me da la sensación de que pretende aprovecharse de mí? —me dijo sonriendo. Eso me dejó tranquilo, pues supe que no hablaba en serio, y también le sonreí.

—He decidido que como se niega a bailar conmigo, podemos conversar en un lugar más tranquilo.

—¿Y cómo sabía que yo no me negaría, es usted de esos caballeros que son famosos entre las damas? —me dijo dejando una pista clara que no acostumbraba a asistir a bailes de la temporada. Porque de ser así yo ya sabría de quién se trataba.

—Me fascina su sonrisa —dije sincerándome.

—Siempre que estoy a gusto me aparece la sonrisa delatadora —musitó.

—¿Entonces ahora lo está? —pregunté acercándome.

—Es posible, ¿sonrío? —Y de pronto me regaló otra nueva sonrisa.

—¿Sería probable que pueda pedir verla otro día? Dígame a quién debo de solicitar verla de nuevo. Y su nombre, ¿cómo se llama?

—Solo estoy de paso, no creo que me quede mucho tiempo por aquí.

—Al menos su nombre, dígame solo eso.

—¿Y por qué está seguro de que le diré la verdad?

—¿Y por qué no lo haría?

—Veamos, nos encontramos dos desconocidos ocultos tras una máscara, no dirá usted que esto es lo normal…

—Así es buen amigo, no es una noche para tomarse en serio nada —dijo Lucius apareciendo en el peor de los momentos.

—¿Cuánto has bebido viejo amigo? —exageré para darle a la mujer misteriosa un motivo por el que no acercarse al conde de Pembroke, ya que estaba seguro de que poco tardaría en

presentarse como tal.

—Muy gracioso, pero ya sabes que no bebo ni gota desde la muerte de mi querido padre —mintió—. Encantado de conocerla —Alargó su mano para recibir la de la mujer, y después de tomarla, besó el dorso—, a sus pies el conde de Pembroke. —Demasiado había tardado en decirlo.

—Si me disculpan, no veo correcto estar aquí, alejada de todos, en compañía única de dos caballeros, y por el momento, para mí, desconocidos.

Dicho aquello, pasó entre los dos sin más, y yo me quedé mirándole a la cara a Lucius, quien continuaba queriendo mostrar su rostro.

—Un momento, no se marche todavía, no sé su nombre —gritó Lucius.

—Su amigo se lo dirá —respondió ella sonriéndome.

Se alejó y le perdimos la pista, imaginamos que era lo que ella deseaba, así es que yo lo respeté y no fui tras ella, en cambio Lucius se dedicó a buscarla durante toda la noche. Un error por su parte, porque es bien sabido que cuando una dama decide esconderse, no hay hombre que la encuentre, y eso me lo dijo mi padre hace mucho tiempo. Además de que Lucius contaba con algo en contra, no tapaba su rostro, con lo cual era fácil de esquivar.

Alguien mientras me limitaba a tomar una copa de licor, se colocó a mis espaldas y me tapó los ojos desde atrás. No era muy difícil de adivinar quien era, porque, ¿quién que no fuese mi hermana jugaría a adivinar en un baile de máscaras?

—Chase, sé que eres tú —le dije riendo.

—Jolines, lo has descubierto antes de que te diese ninguna pista —se lamentaba.

—Ven aquí, necesito tu ayuda —le dije estirando de ella y haciendo que se colocara a mi lado—. Ayudame a encontrar a una mujer.

—¡Vaya! Simon Chals interesado en una mujer, y lo que es increíble, esa mujer parece no estar interesada en él. —Se rio.

—No es de por aquí, por eso no está interesada en mí, de serlo, lo estaría.

—Y si tienes tanta curiosidad por ella, ¿por qué no le has preguntado de donde es, su nombre, su familia, cuando has tenido oportunidad?

—Lo hice, pero no quiso decírmelo.

—¿Lo dices de verdad? Pues entonces la cosa está más que interesante.

—Ahí está, averigua todo lo que puedas de ella —La empujé hacia delante haciendo que diera un traspié y cayera al suelo de bruces.

Ella se giró con los labios apretados, y los ojos casi cerrados mostrando su mal humor conmigo.

Solo pude que juntar mis manos a modo de disculpa. Y cuando fui a recogerla del suelo, alguien se me adelantó. A punto estuve de darle un buen puñetazo en ese rostro descubierto que lucía, pero respiré hondo y conté hasta tres, y en ese tiempo Lucius ya se había alejado de ella mientras me miraba.

Más tarde las vi conversando desde lejos, disimulaba para que nadie me notase que era yo quien había mandado a Chase para que descubriera a la dama.

Parecían divertirse, estuvieron un buen rato hablando, era como si se conociesen de antes, ¿una amiga de Chase? Pensé por un momento. Era eso, una de las chifladas de sus amigas había logrado hacerme caer en una trampa para que me sintiera atraído por ella.

Algo más tarde apareció de la nada Priterton, quien volvió a insistir en dejar reflejada la apuesta en el libro de apuestas, pero hasta que no descubriera si la dama en cuestión no era amiga de mi hermana, no firmaría al lado de aquella apuesta infernal.

—La apuesta ha cambiado de contexto, soy capaz de apostar mi propiedad más preciada —dijo Lucius apareciendo de la nada.

—¿La residencia de Grosvenor Square? —dije imaginando que no se refería a Pembroke Abby.

—Esa nunca fue mi propiedad más preciada, así es que, sí, me refiero al hogar Pembroke —pronunció estableciendo una postura chulesca al introducir las manos en los bolsillos de sus pantalones y echar el cuerpo hacia delante.

—No digas estupideces, el juego se puede volver en tu contra, amigo.

—En las apuestas no hay amigos que valgan, lord Baxter —me respondió con aires chulescos.

—Está bien, establezcamos la apuesta, tú escríbela tal cual digamos —le dije a Priterton.

—Apuesto que antes de que termine la temporada, esa dama, la que ahora mismo conversa con lady Baxter, terminará aceptando mi compromiso —dijo Lucius.

—Veamos, para apostar contra ti lo único que debería decir es que no será así. —Ladeé la cabeza en modo de pregunta.

—Yo aposté mi hogar, ¿y tú?

—Eres conocedor de que no poseo tierras ni propiedades por el momento. Así es que quizá no sea la persona idónea con quien debas apostar.

—Me serviría otra cosa —dijo él.

—No te atrevas o acabarás muerto.

—Aún no sabes lo que quiero pedir.

—Si tiene algo que ver con Chase mejor no lo digas.

—Seguro que no es lo mismo que estamos pensando.

—De eso estoy más que seguro porque jamás pensaría de la misma forma en que tú lo haces.

—Solo una cita con ella, y no es necesario que sea a solas, puede ser en tu hogar, en presencia de tu madre, incluso tu padre, una cena con tu familia, un paseo con carabina, solo déjame que me conozca.

¿Qué maldito capricho le había dado con mi hermana?

—Escríbelo tal cual, no te confundas de términos, o también tú estarás muerto —le dije a Priterton amenazándole.

Aquella terrible apuesta me había dejado falto de recursos para volver a acercarme a la dama y tratar de averiguar, estaba más concentrado en evitar que Lucius pudiese tener esa maldita cita con mi hermana que en centrarme en ella. Y de pronto caí en la cuenta de que lo único que debía hacer era evitar de todas que la dama en cuestión se acercase a Lucius. De esa forma ganaría la apuesta.

Chase se acercó, y para cuando busqué con la mirada a donde se encontraba conversando con la desconocida, ella ya no estaba allí.

—Veamos hermanito. Solo debo decirte que cuando una mujer ha expresado su deseo de permanecer soltera, debes saber que puede hacerlo. ¿Te dice algo eso?

—¿Le has preguntado si se casaría conmigo? —Me asusté.

—Qué bruto, eso no, solo le pregunté si pensaba comprometerse en la temporada, o solo divertirse. Y me dijo claramente que ella siempre permanecería soltera.

—Eso no es una respuesta contundente.

—¿De verdad has pensado en buscar pareja?

—Sí, pero antes dime si no me arrepentiré de perder mi tiempo intentando encontrar a una

mujer que desconozco su identidad, y que cuando lo haga resultará ser una de las chifladas de tus amigas.

—No sé cuánto has bebido como para decir eso, pero te sugiero que no pruebes ni una gota más de alcohol —dijo eso y me quitó el vaso de la mano.

—¿Me vas a ayudar o no?

—Creo que si tan interesado estás en ella, deberías de salir a tomar el aire fresco de la noche. Sobre todo antes de que alguien se te adelante —me dijo mirando a Lucius quien se dirigía a la puerta que daba a la terraza.

—Gracias hermanita. —Le di un beso en la frente agarrándola de sus mejillas con las dos manos, y salí como alma que lleva el diablo para adelantar al conde.

Capítulo 17

Lysa Benedict

Londres

Grosvenor Square, Baile de máscaras de los Wright

La noche empezaba a ser tan divertida como peligrosa, pero ver caminar hacia mí a lord Baxter era algo que hacía que millones de chinches dieran saltos dentro de mi estómago.

—¿De nuevo sola? Empiezo a pensar que usted se ha colado en el baile y no tiene con quien conversar —dijo poniéndome nerviosa por el alto parecido con la realidad.

—Creo que ya me vio antes conversando con alguien. —Sonreí, y al hacerlo él pareció que su mundo se iluminaba como si todas las luces se hubiesen encendido de golpe.

—¿Sabe quién soy yo? —me preguntó.

—Sí.

—¿Desde el principio?

—No, solo desde que hablé con ella, pero no le riña, es tan solo una niña que quería ayudarle —mentí porque conocía quien era desde el principio.

—Puede estar tranquila que no le diré nada, pero menuda ayuda, ¿no cree? —preguntó sonriendo y mirando al cielo disimulando la vergüenza.

—En cierto modo sí que le ayudó, porque de no saber que tiene una hermana pequeña a la que acabo de descubrir que adora, créame cuando le digo que no estaríamos hablando ahora mismo usted y yo

Vi cómo se acercaba todo lo que pudo hasta llegar a mí, apenas unos escasos centímetros separaban nuestros cuerpos, y temí porque alguien pudiese vernos, por ensuciar mi reputación en ese instante, así es que di un paso atrás.

—Perdone si la he molestado, solo me sentí atraído por su aroma, llevan toda la noche desde que la conocí esas notas florales revoloteando delante de mi nariz sin poder hacer nada.

—Solo son flores secas que recolecto yo misma del campo, y después las meto entre las sábanas de mi cama para perfumar mi cuerpo. —Me sonrojé al darme cuenta de la intimidad que le había contado.

—¿Ocurre algo? —dijo al ver que me cubría el rostro con las manos.

—Va a pensar usted que soy una cualquiera, y si tuviera otra oportunidad, le aseguro que no lo habría dicho.

—Venga, le revelaré algo igual de vergonzoso para igualar esa sensación que tienes —Vi cómo se esforzaba en pensar algo muy vergonzoso para que pudiera reírme de él, o al menos para que olvidara lo que acababa de confiarle—. Mi color favorito es el rosa —dijo finalmente.

—No le creo —le dije entre risas.

—Pues es cierto, pero no lo digo nunca porque el azul siempre parece ser el más apropiado para los hombres.

—Pues a mí no me parece tan apropiado, solo tiene que echar un vistazo ahí dentro. Todos los caballeros que se precien un poco no visten de azul.

Asomó su cabeza para poder ver cuánta razón llevaba ese comentario, y la verdad es que le hice pensar en ello. Porque acabó revelando algo.

—Por lo pronto hay cuatro o cinco hombres a los que reconozco, y tres de ellos son amigos de mi padre, buenos amigos, hombres distinguidos, con mujeres respetables, y familias dedicadas a sus cosas, no a saber más de los cotilleos de la sociedad, no como los otros dos caballeros que sí lucen azules sus ropas. Puede que deba darle la razón… —Intentó que le diera mi nombre, pero ni con esas lo consiguió.

—Le daré algo, pero no será mi nombre.

—Venga, dígame cosas, donde vive, el nombre de la calle.

—No he dicho que le daré información —se rio de nuevo—, le daré un baile.

Por su cara de sorpresa vi que no podía creerse que fuera a concederle un baile. Entonces me tomó por la mano y caminó esperando que yo le siguiera para ir al salón de bailes.

—No, pero no con toda esa gente, mejor aquí.

—Pero, falta música.

—Yo la escucho, y usted si afina el oído también lo hará.

Aceptó, pero si no lo hubiese hecho, seguramente habría aceptado hacerlo en el salón de baile frente a todos, por que hubiese bailado con él en cualquier lugar del mundo.

Colocó su mano en mi espalda y de forma rápida me enderecé al instante.

—Relájese, o acabaré pisándola.

—Ya le dije antes que no sabía bailar, así es que no olvide que seré yo quien termine pisando sus zapatos, y no al revés.

Él tomó mi mano y la colocó sobre su hombro, la otra la situó en lo alto de su pecho, y después de poner adecuadamente mis manos en su cuerpo, fue cuando me agarró de la cintura para acercarme hacia su cuerpo.

—No se asuste por la cercanía, es necesario estar juntos para poder llevarla correctamente —me dijo sonriéndome.

—¿Lo oye? —pregunté.

Intenté desviar la atención hacia otro lugar, porque sí, ahora mismo y con aquel silencio podía escuchar mis latidos golpear con fuerza dentro de mi pecho, y seguro que él también los notaba al tener la mano en mi espalda, pero tardó tanto en responder que me adelanté por los nervios y me contesté yo misma.

—Sabía que sería capaz de escuchar la música cuando se concentrase.

—Ahora daremos tres pasos para atrás, dos hacia delante, después uno para su derecha y de nuevo volveremos a empezar —me dijo mirándome a los ojos.

—No sé si seré capaz de recordarlo, es mi primera vez.

—Siempre hay una primera vez para todo, y yo soy el mejor de los maestros —me dijo mirando a mis ojos.

Movió mi cuerpo hacia un lado ejerciendo presión con la mano que me sujetaba por la cintura, y comenzamos a movernos por el sitio, con pasos lentos, pero seguros. Hasta que de pronto, la música se detuvo, o al menos yo dejé de oírla.

Antes de que pudiese darme cuenta, mis labios y sus labios estaban pegados, yo había cerrado los ojos para disfrutar ese momento. Mi primer baile, mi primer beso, todo era nuevo aquella noche para mí, y había decidido que iba a disfrutarlo.

Lo más maravilloso no fue el beso, que ya era mucho para mí, sino la forma en la que deslizó sus labios por mi cuello, eran exquisitamente suaves, eran los labios perfectos.

Tiró de mí haciendo que abriera los ojos, y nos escondimos justo detrás de uno de los carros, donde siguió besando mis labios, y haciendo que mi cuerpo se estremeciera desde la cabeza hasta las rodillas. Las que se debilitaban a cada segundo de su compañía.

—Tienes el rostro más suave que jamás he acariciado —me dijo.

—Imagino que debo de darle las gracias —dije tímidamente.

—Soy yo el que tengo que agradecerte que hayas venido esta noche, y que me hayas dejado besar tus labios.

—Yo antes, nunca había besado a un hombre —le respondí.

Entonces dio un paso atrás, y tras varios segundos parado mirándome a la cara, se alejó de mí.

Capítulo 18

Simon Chals Baxter

Londres
Grosvenor Square, residencia de los Baxter

Me marché, la dejé sola ahí afuera. Aquella acción me amartillaba la cabeza cada vez que lo pensaba. Pero, ¿qué iba a hacer después de que me revelase que jamás había besado a un hombre? ¿Seguir con aquel juego absurdo? Eso solo causaría dolor. Pero, ¿había sido ese beso fruto de la apuesta con el conde, o me había dejado llevar por lo que sentí en el momento?

Debí de haberla perseguido cuando la vi a lo lejos, pero ya había pasado mucho tiempo, y después de aquel mal gesto, dudo mucho que hubiera querido volver a disfrutar de mi compañía. Habría jurado que cuando ella volvió la mirada atrás me vio, pero parecía estar más preocupada en abrirse paso entre la muchedumbre antes de que el reloj marcase la hora y las máscaras tuviesen que ser eliminadas de nuestros rostros.

Y ahora por más rabia que sintiera, conocía que era imposible volver a verla, porque cuando una dama no desea ser encontrada, nadie la encuentra.

Volví a dar un golpe sobre la mesa con mi puño, maldecía a cada momento de recordado.

—Buenos días, querido —saludó mi madre entrando en el despacho.

—¿Por qué me alentaste a ir a ese estúpido baile?

No debía de pagar el resultado de mis acciones con ella, pero fue quien me hizo cambiar de opinión para que asistiera.

—¿Ocurrió algo? Chase me dijo que te vio disfrutar, y ella también regreso alegre, como, ilusionada…

—No importa, madre, debo de ocuparme de asuntos —dije y me levanté de mi silla para salir.

Me presenté en el hogar de Lucius, desperté al conde de Pembroke. Quien dormía profundamente aunque hubiesen pasado más de las once de la mañana.

—¿No tienes tareas de las que ocuparte? —le dije abriendo las cortinas de su alcoba.

—No deberías de estar aquí, podrías haberte sorprendido al encontrarme con una dama en la cama —respondió.

—Me temo que no habría sorpresa en eso, y que tampoco sería una dama si ocurriera —le respondí.

Lucius arrugó su nariz y se incorporó.

—¿Qué quieres? Porque dudo que a partir de ahora desees ser mi despertador personal.

—Hay que tachar la apuesta del libro, no puede llevarse a cabo.

—¿Tramas algo? —preguntó desconfiado.

—No es posible saber de nuevo de la dama, con lo cual resultará imposible ganar la apuesta.

—Eso déjame que lo valore, ¿no pretenderás venir hasta aquí para hacerme anular una apuesta después de que pasaras gran parte de la noche en compañía de la dama? —Se echó a reír.

—Sería absurdo si fuera como piensas, porque iría ganando, ¿no?

—Solo si no aparece en un año se cancelaría la apuesta.

—¿Un año?

—Así es, ni un día más, pero ni uno menos.

—En meses la temporada habrá terminado, la apuesta hacía referencia a la temporada.

—Ah, sí, no lo recordaba, pues entonces daremos por finalizada la apuesta al último día de temporada —dijo mientras se colocaba los pantalones.

—Y ahora me dirás qué importancia tiene para ti una cita con Chase.

—No deseas que tengamos esta conversación, buen amigo —dijo y me arremetió un par de palmadas sobre el hombro.

—En caso de que ganes la apuesta, la lógica me dice que comprometerte con una dama, y tener una cita con otra en presencia de su familia, no es lo normal.

—Te aseguro que no hay otra cosa que desee más que ganar la apuesta, aunque no comprendas mi motivo. Así es que, que comience el juego.

Me marché de su alcoba, también de la mansión, y paseé cabizbajo por Grosvenor Square con el fin de cruzarme con algo aquella mañana que me trasladase ilusión. Porque de repente la vida, carecía de ella. Me acababa de obsesionar con alguien a quien no conocía, no tenía datos como para lograr encontrarla...

Recorrí más pasos de los que era capaz de caminar, solo y con el único fin de cruzarme con ella, con esa mujer misteriosa de la que ni su nombre, ni su rostro, ni nada de ella conocía. ¿Cómo debía de encontrarla? Con un algo, con esa magia que me dijese que era ella.

Caminaba distraído ya hacia casa cuando tropecé con algo y di un traspié.

—Tenga cuidado, la próxima vez puede hacerse daño.

Escuche esa armoniosa voz y de manera inmediata se dibujó una sonrisa en mi rostro, mis labios se curvaron más incluso de lo que jamás lo habían hecho, y levanté el rostro para descubrirla. Sin máscara, por fin, iba a saber de quién se trataba.

—¿Lysa? —me sorprendí al verla.

—Lord Baxter, ¿está bien, necesita ayuda? Pensé que solo había sido un tropiezo, pero por su cara parece que necesita algo más de ayuda.

—No, disculpa, es solo que la confundí con alguien, pero solo ha sido eso, una confusión.

—Me alegro de que esté bien, y aprovechando que le veo, quiero darle las gracias por lo que ha hecho por mí, no se imagina lo bien que me trata su tía, es un honor trabajar para los duques de Summerfield —dijo agradecida.

Miré a los ojos de Lysa, y recordé las palabras de mi madre, aquellas en las que aseguraba que había asumido su futuro, y también que debía de alejarme de ella, porque era cierto y los hijos de un vizconde no se casan con muchachas como ella.

Incliné mi cabeza en modo de retirada después de aceptar su agradecimiento y me marché a mi casa.

Después de muchas noches de pensar en ello, sopesé mis opciones, y solo había dos. Una, quedarme al lado de Chase, la que ya había hecho su presentación en sociedad y estaba radiante de felicidad, comportarme como se esperaba de un hermano, o la segunda, que quizá para mí sería más cómoda de llevar. Alejarme de Londres en la temporada, dando por perdida la apuesta, conociendo que la mujer misteriosa no aparecería jamás.

Rotundamente elegí la primera de ellas, porque de no ser así, mis padres jamás perdonarían que dejase abandonada a mi hermana en su primera temporada. Así es que decidido, comencé a retomar mis obligaciones en Londres para mantenerme ocupado, y al pensar en las tierras arrendadas que la familia disponía cerca de la casa de los duques de Summerfield, y yo debería de estar ocupándome en sus documentos, fue que recordé en lo maleducado que había sido al despedirme de Lysa de aquella forma.

Bajé a la cocina para conocer de primera mano qué era lo que un jueves como era aquel día,

las cocineras de los duques tenían por costumbre ofrecerle a sus más que queridos duques.

—¡Como no! Pues como todos los jueves, muchacho, qué pregunta es esa… Que si sé que se sirve hoy, dice —gritaba entre carcajadas la señora Hydelrof.

—¿Está segura?

—No hay la menor duda, los jueves son días de langosta.

—¿Y qué postre acompaña a la langosta?

—Ay, no, postres no. Los señores duques hace un tiempo que dejaron los dulces solo para las visitas. Bueno, y también para el servicio —pronunció relamiéndose y cerrando los ojos.

—Perfecto, pues deme algún postre.

—No escuchas muchacho, dije que no comen postres.

—Lo sé, lo sé, pero igualmente los necesito —insistí.

—¿Echa de menos trabajar en esa casa?, quizá debería de hablar con mi tía —dije al ver como sonreía al recordar.

—No, mi señor, yo aquí soy feliz, pero no puedo decir nada malo de ellos, son excelentes.

—Era broma, señora Hydelrof, y ahora, deme unos cuantos pasteles de esos que guarda detrás suya, quiero hacerle una visita a mi tía.

—Ya sabía yo que algo quería de mí, tanta chachara para acabar llevándose el trabajo de toda la mañana.

Nada más darme los pasteles, salí de la cocina, y fui directo a hacer esa visita a casa de tía Jane, aunque el principal motivo no fuese visitarla a ella.

Capítulo 19

Lysa Benedict

Londres

Grosvenor Square
Residencia en la temporada de los duques de Summerfield

—Buenos días —le saludé como si fuera una visita más, pero la verdad era que su sola presencia me ponía nerviosa. Y yo solo intentaba durante todo el tiempo que debía de permanecer cerca de él no mirarle al rostro para que no se notase mi interés, y mi nerviosismo.

—Lysa, es cierto, conoces a mi sobrino Simon —dijo la duquesa al escuchar saludarnos.

—Así es duquesa, y ya le dije a él hace unos días cuando le vi por la calle que jamás podré mostrar toda la gratitud que merece.

—¡Exageraciones! —me regañó.

Vi por el rabillo del ojo como Simon se reía al escuchar a su tía.

—Aprovechemos que nos conocemos todos, ven aquí Lysa, sírvete una taza de té.

—Ay señora, qué pena, no me pida eso, no podré agradarla, tengo mucho trabajo que hacer —mentí exageradamente.

—Pero qué dices, siéntate.

Titubeé antes de responder de nuevo. Sabía a la perfección que terminaría sentándome con ellos, así es que suspiré resignadamente, tomé asiento y me serví yo misma una taza de té después de intentar servirles a ellos, pero no me dejaron alegando que cada uno se serviría la suya.

—Traje unos pasteles —dijo Simon.

—Qué despropósito sobrino, no es ni la hora del postre —dijo la duquesa.

—Alguien me dijo que después de la comida en esta casa no se toma postre. —Sonrió pícaramente.

—¿No vas a probar los pasteles de nuestra cocinera la señora Hydelrof? —dijo esta vez dirigiéndose a mí.

—Milord, yo —Me moví incómoda en el asiento—, la verdad es que jamás he tomado un dulce —afirmé.

La duquesa se puso rápidamente la mano sobre su boca, imaginé que para evitar hacer ruido con el asombro, y Simon cerró los ojos por un segundo, pero en cuanto los abrió, sonrió ofreciéndome desde más cerca el pastel.

—Pues eso hay que arreglarlo, siempre hay una primera vez para todo —dijo, y yo recordé a aquel momento en el que intentó enseñarme a bailar, e inmediatamente mi rostro se entristeció, porque después de eso se marchó.

Lo siento, de verdad, espero que me disculpen pero acabo de recordar que me dejé algo a medias antes —me excusé y salí de la habitación antes de que pudieran decir nada.

Capítulo 20

Simon Chals Baxter

Londres

Grosvenor Square, Residencia de los duques de Summerfield

—No sé qué es lo que le ha podido ocurrir a esta muchacha —se preguntaba mi tía mientras sorbía de su taza de té ya frío—, nunca reacciona de esa manera, ella es muy inteligente Simon, parece que haya sido criada por nobles. Y con esto ya sabes a lo que me refiero. Tienen tiempo y dinero para educar, no como los pobres que solo pueden dar cariño y principios a sus hijos, y que eso no es poco eh, que con amor y unos buenos valores hay veces que se enseña más que con dinero —ella hablaba sola todo el rato—, esta Lysa nos va a sorprender a todos, ya verás.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Nada bobadas mías, pero ayer en la mañana vino una señora preguntando por ella, no recuerdo su nombre…

—¿Podría ser la señora Freniton? —dije recordando a la anciana que servía con ella para la familia Herbert.

—Sí, ese era su nombre. El caso es que Lysa la recibió con mucha alegría, estuvieron un poco de tiempo hablando, pero antes de marcharse, Freniton dijo algo entre dientes, como dando a entender que debía de ocupar su lugar de una vez.

—Qué extraño todo, no —le seguí el hilo a mi tía. Porque tía Jane era una mujer maravillosa, pero ante la desgracia de su múltiple intento por traer hijos a este mundo, toda la gente conocía que hubo un tiempo en el que llegó a tener comportamientos no adecuados para una duquesa. Nada del otro mundo, siempre y cuando dormir sobre el manto frío de la hierba a la intemperie en los fríos y lluviosos inviernos de Londres, o pasar horas metida en la despensa de la cocina encerrada ella sola, sea considerado como algo normal.

—No creo que sea nada importante, es una señora mayor, y a saber que hay metido en su cabeza —le dije levantándome de mi asiento.

—Sí, puede que tengas razón, ¿te marchas? —me preguntó.

Después de un largo abrazo, y unos cuantos besos que me dejaron las mejillas sonrojadas debidas al carmín de sus labios, me marché del saloncito para recuperar el sombrero que había dejado en la entrada y así regresara mi hogar.

—¡Lysa! —dije al verla pasar de un lado a otro del pasillo.

—Lord Baxter, ¿desea algo? —respondió con voz dulce al verme.

—No, bueno, sí —medio tartamudeé—. Solo despedirme de ti.

—Muy bien, lord Baxter, que tenga un buen día —dijo dándose media vuelta para continuar con sus obligaciones.

Entonces sabía que estaba a punto de hacer algo, algo que quizá lamentaría en el segundo después de haberlo hecho, pero no pude detenerme.

La tomé de la mano que colgaba pegada a su cuerpo mientras caminaba, y la atraje hasta mí, coloqué mi mano sobre su mejilla y la acaricié suavemente.

Ella respiró dejando salir el aire entre sus labios de una forma lenta y emitiendo un suspiro.

—Creo que tengo que besarte —le dije.

—¿Besarme? —se asustó ella.

—Sí, te besaré porque no puedo dejar de pensar en hacerlo en cada ocasión en la que te encuentro.

—Pero es que yo no soy una entendida en besos.

—Mejor, me gusta escuchar eso.

—¿De verdad? —preguntó ella.

—Sí, y ojalá hubiese sido yo al primer hombre al que han besado esos labios.

La besé, no pude esperar a que ella me diera su aprobación. Mis labios se rozaron con los suyos, fue tan impresionante que no podía dejar de pasear mi lengua por su boca, y hasta un mordisco debido a la lujuria del momento le di.

—Perdóname, no debí de hacer eso, he sido un egoísta —le dije apartando mi boca de la suya.

Ella no hablaba, solo me miraba, sus ojos azules se clavaron en mí, y yo no supe descifrar aquella mirada.

—¿Lord Baxter, puedo marcharme? —preguntó mirando al suelo.

—No te ha gustado que te hiciera eso, te pido de nuevo disculpas —dije cerrando los ojos con fuerza y lamentándome de haberlo hecho.

—No soy la mujer que debe besar al hijo de un vizconde, pero si quiere una respuesta a su pregunta, sí, sí que me ha gustado.

—¿Quién eres? Otra en tu lugar aprovecharía para atraparme, para que la sacase de este mundo de servidumbre, ¿quién eres tú?

—Ya lo sabe señor, mi nombre es Lysa —dijo entre risas.

—Lysa necesito conocerte —le dije al fin.

—Pero si ya me conoce, no hay más, se lo aseguro, toda mi vida la he dedicado a servir, vengo de Francia, y ahora he regresado al que se supone es mi hogar, Londres. Como si tu hogar estuviese donde naciste —susurró al pronunciar las últimas palabras.

—Quiero conocer a la Lysa de ahora, no hace falta que me hables del pasado, quiero saber cuáles son tus gustos, tu comida favorita, lo que te hace reír, lo que te da miedo, conocerte bien.

—Shhh…

Me silenció apoyando uno de sus dedos sobre mis labios. Entonces aprendí a descifrar su mirada. Sus ojos azules me decían que tenía miedo, pero su boca lucía la mayor de sus sonrisas.

—Está bien, pero ahora estoy trabajando, así es que tendrá que ser mañana en mi día libre.

—Aquí estaré, no se eche atrás —le dije antes de marcharme.

Capítulo 21

Lysa Benedict

Londres

Grosvenor Square, Residencia de los duques de Summerfield

Todo era tan complicado, y ¿por qué lo era? Porque me acababa de enamorar de alguien que estaba prohibido. Sí, los hombres como lord Baxter solo podían acabar siendo dos cosas para muchachas como yo. O mi señor, o mi amante. Y ninguna de ambas era lo que deseaba que fuera.

—Lysa, Lysa, Lyyyysaaaaaaa —gritaba la duquesa por la mansión, hasta que dio conmigo.

—¿He hecho algo malo? —pregunté al verla.

—¿Lo has hecho? —respondió despistándome—. Alguien ha venido a recogerte, y espero que…

—Dios mío, lady Summerfield, lo lamento tanto, no se preocupe que mandaré que le digan que se marche de inmediato, ¿cómo no debí pensar en que era su sobrino? Qué estúpida, no me eche, se lo ruego —lloriqueaba para que no cayese sobre mí el peor de mis presagios. Un castigo.

—¿Pero qué estás diciendo? —me sorprendió.

—¿No está usted furiosa? —pregunté secándome las lágrimas.

—Todavía no, pero puedo estarlo si a tu regreso no me lo cuentas todo, eso era lo que venía a decirte, que Simon es un buen hombre, y que si te gusta y a él también, no le dejes escapar —dijo y me dio una palmadita en mis nalgas empujándome a fuera.

Qué mujer tan extraña, no dejaba de pensar todo el tiempo.

Creo que comencé a sentirme mal en aquel instante en el que averigüé que Simon no pretendía mostrarme en público, y sé que no tenía motivos suficientes como para enfadarme con él, pero al fin y al cabo, si nadie nos veía, era como si lo que estábamos haciendo no existiera, como si nos escondiéramos, exacto. Eso era, se escondía para quedar conmigo, y por supuesto eso me convertía en su amante.

—Creo que me empiezo a encontrar terriblemente mal —le dije para que me llevase de regreso a la mansión Summerfield.

—Pero, si acabamos de salir apenas hace unos minutos. ¿A ocurrido algo en este tiempo mientras nos alejábamos de la ciudad? —me preguntó.

—¿Por qué nos alejamos? —respondí entrecerrando los ojos.

—Es eso, prefieres quedarte cerca, pues mandaré al cochero que dé la vuelta de inmediato.

—Y sino, ¿hacia dónde nos dirigimos?

—A un lugar que conoces bien, a la casa en el campo propiedad de las Lawson. —Sonrió al decirlo.

—Está bien, acepto —dije apartando los ojos de él, y dirigiendo la mirada al exterior de aquel coche de caballos.

Me las arreglé para mantener la calma, y empecé a recordar aquella casa de campo donde me había alojado cuando me salvo la vida aquella noche.

Al detenernos, Simon bajó con destreza del carro, y al poner los pies en tierra dio media vuelta para ofrecerme su mano y ayudarme a que yo descendiera. Todo un caballero, recordé.

Aquel lugar era inmenso, solo había que respirar profundamente para darte cuenta de que la

polución de la ciudad, el ruido y la sensación de desastre de Londres no habitaba allí.

—Traje una cesta con algo de comida, he pensado que después de un rato tendríamos hambre, y me atreví a elegir por los dos, espero que te gusten las uvas, también traje algo de pan, unos pasteles y queso.

—La verdad es que no le hago ascos a nada, el hambre me enseñó a comer de todo —dije eso y vi como él abría mucho los ojos—. No me mire así lord Baxter, ahora está todo bien, su tía es una excelente señora que alimenta al servicio de manera adecuada.

—No puedo seguir escuchándote hablar así, lo siento. Servicio, servicio, servicio, pasar hambre, alimentar. ¡Maldita sea! Todos los trabajadores deben de tener derechos, no descansaré hasta que así sea.

—No creo que pueda hacer usted todo eso que dice, hay demasiados interesados en que solo unos pocos sean poderosos, si fuera de otra manera, ¿Quién retiraría los orinales a la mañana siguiente?

Capítulo 22

Simon Chals Baxter

Londres
Suffolk, Casa de campo de las Lawson

Seguramente ya había caido en la cuenta de que la apartaba del Londres que me conocía para estar a solas con ella, y esperaba, o más bien deseaba que no pensase que no la mostraba ante todos por vergüenza, sino más bien por egoísmo, que así era, la quería toda para mí.

Al entrar en la casa Lawson algo en ella me dijo que estaba enfadada, puesto que al abrirle la puerta para que ella caminase delante de mí, me miró pero no se movió ni un pelo, así es que insistí con la cabeza esperando que así lo hiciera.

Y cuando por fin lo hizo, me atreví a celebrarlo.

—Bien hecho, porque de no haber entrado la primera, seguramente todavía estaríamos en el umbral de la puerta plantados como dos macetas.

—¿Y cómo sabía que estaba pensándome lo de entrar antes que usted? —me preguntó asombrada.

—Porque creo que usted es muy lista, igual que también pienso que está enfadada por haberla alejado del barullo. Y no me mal interprete, señorita Benedict, solo es que no deseo compartirla con nadie todavía.

—¿No será más bien porque no quiere que lo vean acompañado de una sirvienta?

—Y dale, de nuevo la misma cantaleta. Pues no, no es eso, sino por qué demonios he ido personalmente hasta la mansión de los duques de Summerfield a recogerla?

—Es la casa de su tía, nada que no quiera que se sepa, ella dirá fuera de esas paredes —respondió de manera inteligente.

—Eres muy lista.

—¿Me creía tonta? —Ladeó la cabeza y levantó una de sus perfectas cejas.

Entonces se cruzó de brazos, y por muy indecorosa que me resultase esa postura para una dama, a mí me pareció la más bella para observar en aquel instante.

Me acerqué hasta quedarme a solo unos pasos de su cuerpo, y para mi sorpresa Lysa me asombró, pero esta vez arremetiéndome un bofetón.

—Está usted muy equivocado señor Baxter si cree que por traerme aquí, tan lejos del mundo, y sin que nadie sepa de mi paradero, va a aprovecharse de mí.

—No era lo que tenía en mente, es más, venía a proponerle algo —saqué unos documentos del bolsillo interior de mi chaqueta—, pero después de esto, debo decirle que quizá me he equivocado con usted, y tal vez debería de inscribirla en un campeonato de boxeo. Tiene un buen gancho de izquierda. —Frotaba mi mentón golpeado y dolorido con una de las manos.

—Cuanto lo lamento —dijo, pero no parecía sentirlo—, pero, le aviso de que la próxima vez que se acerque tanto a mí corre el peligro de encontrarse con él. —Me enseñó su puño cerrado.

Me alejé considerablemente de ella, y deposité los papeles sobre la mesa, retiré una de las sillas para que ocupara ese lugar. Ni loco sujetaría el mueble para que se sentase, no me arriesgaría a otro golpe. Después tomé asiento yo frente a la silla vacía, y con la mano insistí en que tomase asiento.

—¿No va a sujetar la silla? —me dijo sonriendo.

—Bien sabe Dios que no lo haré, todavía me duele su puñetazo, y me temo que es demasiado arriesgado acercarse a usted.

Ella hizo sonora una de sus risas, y después tomó asiento, apoyando sus brazos en la mesa, pero no sus codos.

—Exquisita educación —dije y al parecer le molestó.

—No solo los nobles saben cómo comportarse, de hecho en ocasiones ellos son los que no saben hacerlo.

—Estoy de acuerdo en eso, pero de nuevo le digo que salvo por lo de bailar, mis sospechas son que ha recibido usted una de las mejores educaciones.

—Pues no lo sé, desde los cuatro o cinco años de edad he vivido bajo el techo de una familia Francesa, buena, respetuosa, pero reconozco que separatista.

—¿Y antes?

—Antes de eso a penas recuerdo nada, tengo ligeros recuerdos que vienen a mi mente, pero no estoy segura de haberlos vivido. Es todo extraño, fíjese que hasta el castillo de Pembroke creí que aparecía en esos recuerdos. Un sinsentido todo.

—Bueno, lo lamento por su parte, y ahora teniendo una mesa de por medio que nos separa a una distancia prudente, le haré una proposición —le ofrecí los documentos que traía conmigo para que los mirase.

—¿Pretende que lea todo esto ahora?

Me sentí terriblemente mal al pensar que no sabía leer, y coloqué mi mano sobre ellos para atraerlos hacia mí, y ser yo quien los leyese.

—¿Me los quita de la mano porque ha pensado que no sé leer? —dijo leyendo mi mente.

—¿Cómo es posible? —pregunté asombrado.

—Calo a la legua a hombres como usted.

—¿Como yo? —pregunté.

—Sí, arrogantes con traje, caballeros que miran por encima del hombro a muchachitas indefensas como yo.

—Bueno diría que se equivoca, pero sobre todo en eso en que usted es una muchachita indefensa.

—Que me salvase de un destino horroroso, no le da derecho a tratarme de analfabeta.

Estiró con fuerza de los papeles que yo sujetaba, y comenzó a leer de la manera más que rápida que nadie a la que conocía, diría yo.

Esperé pacientemente a que terminase de hacerlo, que fue menos de lo esperado, y después colocó los papeles sobre la mesa de nuevo y me miró como ella solía hacer. Mirada inescrutable.

—¿De verdad cree que podría hacerlo?

—¿Y usted?

—Yo pregunté antes, debe responderme.

—Es un trabajo que requiere responsabilidad, pero nada de fuerza física.

—¿Y de verdad piensa que me obedecerán a mí?

—Pues ahí está su labor, lograr que lo hagan.

—¿Usted lo haría?

—Yo no trabajo allí.

—Esa no es mi pregunta.

Pues no puedo responderle a su pregunta, no sin estar en el lugar, el momento y la situación.

—Es usted muy inteligente, pero dígame, ¿por qué me propone a mí este trabajo? Estoy

segura de que conoce a cientos de personas que estarían interesadas en él.

—Así es, pero también sé que cualquiera de esas personas a las que podría interesar el trabajo, no están tan necesitadas como usted.

—Entonces es caridad lo que me ofrece.

—Demonios, Lysa, lo único que pretendo es alejarla del trabajo de criada.

—Lo rechazo.

—¿Por qué?

—Porque usted no me ha preguntado en ningún momento si yo quiero trabajar de criada.

—¿Quién quiere trabajar sirviendo? Es absurdo que ocupes tu tiempo en retirar orinales, o que tengas que limpiar la suciedad que otros dejan.

—Absurdo para alguien como usted, no para alguien como yo.

—Pero es que lo que yo quiero es estar contigo.

—Ese es el problema, lord Baxter, que usted no acepta que alguien como yo salga de la mano con alguien como usted.

—No, no, no, no, no me he explicado bien… lo que yo quería decir es que…

—Se ha explicado usted todo lo bien que podía, y yo lo he entendido a la perfección. Ahora entienda usted esto. Jamás usted —señaló mi cuerpo de arriba abajo con su mano—, y yo, cruzaremos nuestros destinos, porque por mucha atracción que exista entre ambos, usted es hijo de un vizconde, y yo ni tan siquiera sé quién es mi padre.

Capítulo 23

Lysa Benedict

Londres
Grosvenor Square, Residencia de los duques de Summerfield

Sirvienta, criada, pobre, plebeya, lo que quisieran llamarme, pero con principios morales. Y cuando ayer lord Baxter reconoció que para estar al lado de una persona como él no podía continuar limpiando suelos, toda aquella ilusión que había comenzado en la noche de juegos a ser princesa, se desvaneció por completo de un solo plumazo.

Mientras me preparo para bajar al salón a servir el desayuno, la puerta de mi alcoba es golpeada con cuidado. Respondo sin demasiada ilusión para que entre, sé perfectamente que la duquesa ha venido hasta aquí para conocer más de mi repentina llegada ayer después de que su sobrino viniera recogerme.

—Adelante —pronuncio.

—Soy yo, Jane. Espero que no te incomode que me haya atrevido a venir a tu alcoba.

—Faltaría más señora, está usted en su casa.

—No, no, este es tu lugar, y yo solo quería saber si te encuentras bien, ayer llegaste con el rostro pálido, y bueno, demasiado pronto también —dijo finalmente.

—Fue una equivocación, lamento si he dejado en mal lugar a su sobrino, pero la realidad es esta, y yo jamás debí acercarme a él.

—Por lo que tengo entendido fue él quien se acercó a ti —dijo aparentando no interesarle la conversación.

—No importa ya, esta es una conversación sin importancia, y puede estar tranquila que hoy ya luzco mi mejor cara —dije mintiendo y esbozando una sonrisa falsa.

—No es cierto, pero no insistiré más. Si me dices que estás bien, yo te creo —dijo mirándome de reojo y, ¿sonriendo?

Salió de mi alcoba y a los pocos segundos lo hice yo.

Cuando llegué al salón, el desayuno ya estaba servido, y solo había dado dos pasos en dirección a la cocina para ver si necesitaban mi ayuda, cuando apareció frente a mí la hermana de Simon Baxter.

—¡Lysa! qué alegría encontrarte aquí —dijo tan sonriente como siempre.

—Buenos días, lady Baxter, es un placer volver a verla —respondí de manera escueta intentando diferenciarme de ella.

No debía de tomarme tantas libertades en hacer un saludo como un noble, ellos podían saludarte con alegría en exceso, incluso abrazarte, como estaba haciendo Chase Baxter en ese instante.

—Vengo a invitarte a la fiesta que mi madre da en nuestra casa —dijo, y se quedó tan ancha.

—Qué pena, lady Baxter, tengo trabajo —respondí, pero lo que me hubiese gustado decirle de verdad era que, ¿en qué maldita cabeza entra que una sirvienta acuda a un baile con la alta sociedad británica en plena temporada?

—No es cierto —dijo en voz alta la duquesa.

—¿Mi señora? —respondí en modo de pregunta sin entender nada.

—Ya has escuchado, estás libre —exclamó Chase.

—Pero, si usted ni tan si quiera dijo el día del baile —me dirigí a lady Baxter.

—No importa, el día que sea estás libre —insistía la duquesa.

Esto era el colmo de los colmos, y no pude permanecer callada ni un minuto más.

—Lo lamento, puede despedirme si lo desea, pero no asistiré a un baile donde los invitados están más acostumbrados a pedirme que les sirva el té que a compartir mesa conmigo. Además llevo varias semanas en Londres, paseo por las calles de Bath a menudo, y voy al mercado a comprar a diario como lo que soy, una sirvienta. ¿Comprenden la vergüenza a la que me sometería si asistiera? Nadie me dirigiría la palabra al verme, más que una agradable velada, sería para mí el peor de los castigos.

Vi a Chase como miraba a su tía, y entonces las dos respondieron a la vez.

—Un baile, con máscaras.

—¿Otro? —pregunté.

¿Los ingleses se volvían locos o es que estaban tan cansados de verse los rostros que lo único que intentaban era que nadie fuese reconocido?

Suspiré ante mi absurda derrota, porque ya entendí que no me escaparía de asistir a ese maldito baile, y que lord Baxter como era de esperar asistiría al baile de máscaras que su madre ofrecía en su propia casa.

Después de un suspiro más que sonoro para que escuchasen ambas lo poco de acuerdo que estaba yo, pregunté a Chase cuando sería, y la respuesta me dejó temblando varios minutos.

—Ya la has oído, no tienes demasiado tiempo para arreglarte.

¿Cómo era posible que se celebrase un baile con tan poco tiempo como para su preparación, ¿acaso estos ingleses estaban listos en cualquier momento para el festejo?

La cara que debí poner debió ser comunicativa, porque sino lo que me dijo lady Summerfield no tendría lugar.

—Así es, aquí siempre estamos preparando bailes, almuerzos, cenas, e incluso bodas, así es que no te demores más o llegarás tarde.

—¿Usted no viene?

—Sí, pero yo llegaré más tarde, espero al señor Loockwood, debe de estar al caer.

Y con una reverencia me retiré a mi alcoba para elegir otro de los vestidos que aguardaban en mi armario y que para mí eran como disfraces destinados a usarse para un juego.

Capítulo 24

Simon Chals Baxter

Londres, Residencia de los Baxter

Descubrí que no quería revivir de nuevo el último día que estuve junto a Lysa nada más saber que Chase la había invitado. Estaba dispuesto a abandonar la mansión cuando al salir vi que se acababan de hacer algunos cambios significativos.

—¿Qué es eso? —pregunté al mayordomo situado en la puerta cargado con una cesta.

—Ya ve, señor Baxter, su hermana me ordenó que bajo ningún pretexto, ninguno, aseveró ella, nadie debe de entrar al interior de la casa sin llevar una puesta.

—¿Máscaras?

Entré de nuevo en busca de mi querida hermana, y la vi discutiendo acaloradamente con nuestra madre.

—Es que hace tan solo unos días os reíais de la estupidez de llevar máscaras cuando todos ya se conocen, y ahora veo que acabas de cambiar el código de vestimenta de los invitados.

—No madre, no he cambiado nada, solo he añadido una máscara insignificante. Solo es un pequeño detalle.

—No estoy de acuerdo, ahora mismo saldré a por esa cesta ridícula.

—Disculpe la intromisión madre, pero fue tan divertido el baile de máscaras de los Wright, un verdadero éxito entre los invitados, que ambos pensamos en añadir máscaras para este —dije, y después besé la frente de Chase.

—Bueno, no es lo que esperaba para esta noche, pero si ambos coincidís en algo, yo ya me doy por satisfecha —dijo mamá y se marchó escaleras arriba.

—Gracias, hermanito.

—¿Ahora me cuentas de qué va todo esto? —le pregunté.

—¿No te lo había dicho? —Disimuló ella—. Si no llegamos a decir que era un baile de máscaras, ella no habría aceptado.

—¿Llegamos, quién?

—Tía Jane y yo, claro.

—¿Entonces Lysa aceptó tu invitación de buena gana, crees que desea verme?

—Sí, claro que aceptó —dijo, y también se marchó escaleras arriba.

Deseaba marcharme para no tener que verla, no soportaría otro desplante suyo, y todo por un malentendido, porque yo no quise decir que me avergonzase de que ella sirviera, es más bien que una mujer como ella podría hacer otro trabajo mejor remunerado sin tener que hacer tanto esfuerzo físico. El caso es que pesaban más las razones para alejarme del baile que para quedarme, hasta que descubrí que se había convertido en uno de máscaras. Y entonces pensé, ¿por qué no? Podía ser divertido.

Horas después el baile estaba en pleno auge, y yo todavía no era capaz de encontrar a Lysa entre los invitados.

Me topé con mi hermana, la que reía exageradamente colgada del brazo de uno de los pretendientes que la acababa de invitar a bailar.

—No tan rápida, compórtate Chase —la reñí sujetándola por el brazo.

—Diviértete, tómate una limonada —me dijo al oído.

—¿Una limonada? —entrecerré los ojos.

—Bueno, pues si quieres toma un licor, tú mismo, pero yo de ti no bebería mucho, la peste a alcohol no nos gusta a las damas.

—¿Qué damas? Sabes que quien me importa no ha venido —le dije furioso.

—Sí lo hizo, y está ahora mismo conversando con otro caballero.

Abrí mucho los ojos, y traté de averiguar donde era que se escondía Lysa, porque no la había visto en toda la noche.

Me pasé más de diez minutos paseando entre todos los invitados, saludando a algunas damas creyendo descubrir quién era, pero no obtuve el resultado esperado, así es que volví a por Chase.

—¿Me permite? —Aparté al caballero que bailaba con ella.

—Simon, estaba hablando con ese caballero.

—No te interesa, su nombre es Cristopher Lynwood, su padre es el mayor embustero de toda Londres, y su madre bebe más que cualquier hombre que yo conozco.

—¿Y qué importa la familia? —preguntó horrorizada por mi respuesta.

—Está bien, ¿y cómo crees que soporta tener una así? Pasa más tiempo rodeado de fulanas que tú en tu tocador cepillando tus cabellos.

—¿Más? —Se asustó tanto que detuvo el baile con él y comenzó a hacerlo conmigo.

—Baila, no te detengas, o nos mirarán todos.

—Dime, ¿dónde está Lysa?

—De verdad no la has visto? —Me tomó por la barbilla con su mano, y girando mi cuello me colocó la mirada en dirección a la mesa de ponche.

—Después nos vemos hermanita —dije alejándome pero todavía sin haber visto a Lysa.

Capítulo 25

Lysa Benedict

Londres, residencia de los Baxter

Imaginé que el simple hecho de que el baile se celebrase en su propio hogar, le haría sentirse muy a gusto, así es que los motivos crecían para no tener que encontrármelo.

Y de igual manera que había ocurrido en el baile de máscaras anterior, Chase no tardó nada en reconocerme. Era increíble el don que tenía esta muchachita para examinar con éxito a las personas.

—Más preciosa todavía que en la anterior ocasión —susurró cerca de mi oído—, tendré que hablar seriamente con tía Jane. No creo recordarla jamás con ese precioso vestido.

—Lady Baxter, usted siempre tan complaciente. Pero no debió decirme eso, ahora trataré de no moverme demasiado para no ensuciarlo.

—No vuelvas a llamarme por mi nombre, ¿te has vuelto loca? —rompió a reír.

—Disculpe, no fue mi intención descubrirla.

—Era broma, no me importa lo más mínimo, además el caballero que quiero que se fije en mí no lo hará ni con máscara ni sin ella.

—Pues entonces es ciego, o no ha nacido todavía.

—Ninguna de las dos, es solo, amigo de mi hermano —dijo con tono triste.

Me llevé la mano a la boca imaginando al conde de Pembroke, pero después caí en la cuenta de que el señor Baxter tendría más amigos que el malhechor del conde.

—Paciencia, si debe de ser para usted, al final lo será —le dije, sin creer ni una de las palabras que pronunciaba.

—Mira, ahí está Simon —levantó la mano para saludarle, pero yo con reflejos ávidos se la agarré rápido antes de que él la viese.

—Recuerde, es un baile de máscaras —disimulé nerviosa.

De la nada apareció un tipo alto y delgado, demasiado diría yo como para poder mantenerse en pie, y con una nariz tan grande que aunque la cinta del antifaz se le deshiciera en el lazo, seguiría perfectamente colocado sobre su rostro.

—¿Me permite, señorita? Sería un placer poder bailar con usted en esta hermosa noche que nos acompaña —dijo ridículamente, y hasta se inclinó para coger la mano de Chase. La que ella no había movido ni un centímetro de al lado de su cuerpo tratando de evitar salir de su mano a la pista de baile.

No sabría decir si la expresión de su rostro era de solicitar ayuda, o de horror, pero poco pude hacer yo para impedir a ese tipo feo que se la llevase al medio de la pista de baile.

Lo que sí pude hacer fue ponerme a hablar animadamente con un caballero que tenía a mis espaldas cuando vi al fondo del salón a Simon Baxter. Y ante cualquier duda de si me reconocería o no, le di la espalda y comencé una conversación de lo más surrealista.

—Pues parece que todos se divierten —dije sin venir a cuento para llamar su atención.

—Y sin duda mi diversión acaba de comenzar —dijo él, y le reconocí al instante.

Sopesé el quedarme en silencio, salir corriendo, o hacer como que no le conocía, pero aunque sabía que era la última de las opciones la más sensata, me costaba mantener una

conversación normal con aquel necio que tenía frente a mí.

—Me alegra que su noche le resulte entretenida, teniendo en cuenta que este baile despista a cualquiera —dije.

—¿Despista? —preguntó él.

—Efectivamente. Imagínese usted que alguien se sintiera atraído por una de las personas que la han invitado a bailar, eso en el remoto caso de que alguien se vea con el atrevimiento de hacer tal invitación…

—Continúe —me cortó él demostrando una vez más que estaba falto de modales.

—… ¿Cree usted que esa persona seguirá tan interesada en la otra cuando se descubran sus rostros?

—¿Por qué no? No veo motivos para no estarlo.

—¿Y si resulta tener una verruga que antes no dejaba ver gracias al antifaz?

—Con unas miles de libras estoy seguro de que podría arreglarse.

—¿Usted lo suele arreglar todo con dinero?

—No hay nada que no arregle el dinero, ¿no piensa usted así?

—Sí, sí, seguro que lo suyo también lo arregla el dinero —dije colocando mi mano delante de mis labios intentando que no lo escuchase.

—¿Cómo dice? Parece que no le ha gustado lo que le he dicho, señorita…

—Recuerde, un baile de máscaras —le dije levantando los hombros a modo de disculpa por no poder decir mi nombre.

—Disculpe, aparte, … —alguien me movió a un lado para hablar con el cretino al que tenía frente a mí.

Estuve a una pizca de llamarle la atención por tan malos modales, pero agradecida también estaba de que me lo sacara de encima. Y cuando pude ver de quien se trataba, mi cuerpo se congeló como los picos de las montañas más altas en el frío invierno.

—Ahora no, Baxter —pude escuchar que le decía.

—Baja la voz, o comenzaré a llamarte por tu nombre. Aunque estoy bien seguro de que es lo que más te gustaría.

—Estaba teniendo una noche especial cuando apareciste y casi de un plumazo has dejado a mi acompañante a un lado.

—Lo lamento, no vi que hablases con nadie —se dio la vuelta y ahí estaba yo.

Me acababa de hacer tan pequeña como los diamantes del anillo de la mujer que había a mis espaldas y no dejaba de alardear de ellos con toda dama que se cruzaba.

Simon Baxter estaba frente a mí, me miraba profundamente a los ojos, intentando averiguar si me conocía realmente o solo era su imaginación. Y eso lo supe porque no dejaba de apretar con fuerza los ojos.

Me moría de los nervios, en cualquier momento esperaba escuchar mi nombre, y después tendría que ver a todos como se preguntarían quien demonios era Lysa Benedict, y lo peor de todo era que el conde de Pembroke estaba allí, a escasos centímetros de mí.

Sentí que las piernas comenzaban a debilitarse, y después un calor sofocante empezó a subir por mi cuello hasta agolparse en mis mejillas.

Estaba perdida, todos me odiarían por impostora, y lo más lamentable es que no tendría palabras para defenderme.

—Qué bien que te encuentro —dijo lady Baxter tomando mi mano, y gracias a Dios, sacándome de aquel lugar.

—Me acaba de salvar la vida, tengo que desaparecer de aquí —le dije cuando estábamos

lejos de ellos.

—De ninguna forma. Ahora es cuando va a disfrutar.

—¿Se ha vuelto loca? Su hermano me reconoció —le dije asustada.

—No lo hizo, él ha reconocido a la mujer misteriosa que lo dejó deslumbrado en el anterior baile de máscaras.

Entonces puse cara de confusión.

De igual manera, si lo que decía Chase Baxter era cierto, él había acabado huyendo aquella noche cuando terminamos de darnos aquel maravilloso beso.

—Atenta —anunció lady Baxter.

No sabía dónde meterme, pero no podía ir a ningún sitio, pues Chase Baxter estaba frente a mí, su hermano a mi derecha y el conde venía un poco más atrasado por la izquierda.

Intenté dar un par de pasos para atrás, pero no resultó, porque la pared fue lo que se encontró con mi espalda.

Lady Baxter no me abandonó, se quedó junto a mí, y no es que eso me relajase del todo, pero reconoceré que sí que fue de agradecer.

—Vengo a disculparme —dijo lord Baxter—, creo que la semana pasada no fui todo lo caballero que se esperaba de mí.

—¿Qué hiciste? —preguntó lady Baxter.

—No importa, ya lo he olvidado, y seguro que él lo hará pronto —le dije mirando a lady Baxter.

—Vaya, buen amigo, no conocía que habías molestado a la invitada misteriosa de la velada anterior. Eres todo un caballero, quizá debería de enseñarte algunas técnicas para tratar a damas —dijo bromeando el conde de Pembroke.

—Cierra la boca —respondió Baxter enfadado.

—¿Por qué no me acompañas a por una limonada fría? —le sugirió lady Baxter al conde de Pembroke.

Capítulo 26

Simon Chals Baxter

Londres

Residencia de los Baxter

Si no fuese porque deseaba con toda la fuerza del mundo quedarme a solas con la señorita misteriosa como Lucius la había llamado, jamás habría dejado que Chase se fuera de la mano con semejante patán.

Intenté tomar su mano pero no me dejó tocarla. Estaba en su derecho, me había comportado como un completo estúpido con ella, pero es que cuando ella dijo que era su primer beso, sentí un fuerte dolor en mi estómago. En este instante la palabra apuesta se me quedó bailando sobre su cabeza, y aunque mi motivo en un principio para ganar dicha apuesta fue que Lucius no tuviese ni una maldita cita con mi hermana, después de conversar un rato con ella, los motivos comenzaron a ser otros bien diferentes. Y aquel beso que nos dimos me hizo sentir un escalofrío por todo el cuerpo recordándome las palabras que mi madre hacía días que había compartido conmigo. Pero, yo en estos momentos ya había mostrado mi interés en Lysa Benedict, y entonces la mujer que ahora tenía frente a mí carecía de interés, porque esto solo comenzó como lo que era, una absurda apuesta.

Y es que las sabias palabras de mi madre hacían eco en mi cabeza: *El amor es lo más bonito que puede sentir una persona*, y aunque ella no me describió la sensación de empezar a sentirlo, sí que me dijo que *uno se siente especial cuando está cerca de su mitad, que la forma en que te mira es única entre otras miradas, y que el tiempo se detiene para poder disfrutar de eso que va creciendo.* Sí, ¿era posible que yo me hubiese enamorado de una mujer a la que ni tan siquiera le había visto el rostro? que lo único que sabía de ella, era que no era de por aquí, que me dijo que regresaría pronto a su hogar, que sus cabellos eran oscuros, y que su tez era la más suave que hasta ahora yo había acariciado.

¿Por un beso? Me pregunté. Todo eso lo sabía por un beso. Así era, o no, porque creí sentir lo mismo por Lysa, y ella sí que era real.

Estábamos parados, ninguno de los dos decía nada, no nos movíamos, imaginé que porque ninguno quería estar en otro lugar que no fuese donde estábamos. Entonces ella dijo algo, pero no la escuché.

—¿Qué ha dicho? —pregunté acercando mi cabeza un poco.

—Dije que me gusta mi vida.

—¿Y por qué no debería de gustarle?

No entendí la extraña frase pronunciada.

—Me gusta lo que hago, me gusta leer a escondidas los libros que sobre todo no son míos, y no me gusta correr riesgos.

—Sigo sin comprender a donde se dirige esta conversación —le respondí a su comentario.

—Pues solo digo que no quiero cambiar nada de mi vida de momento, y aunque hay algo que ya no está como antes, deseo que nadie lo sepa.

—¿Alguna pista?

—El beso que usted y yo nos dimos, me gustaría que no lo cuente a nadie —dijo

mirándome al rostro. Algo extraño, porque acostumbraba más tiempo de normal a mirar al suelo.

—Me encantaría complacerla, a cambio ¿podría pedirle algo? —dije aprovechándome de la situación.

—Es usted un mezquino, ir aireando que se ha besado con una mujer no es propio de un caballero.

—No crea todo lo que lee en esos libros. —Sonreí.

—Pídamelo, venga, diga lo que quiera decir de una vez por todas.

—Su nombre, pronuncie su nombre y el apellido. Con eso logrará que me olvide de usted de la misma forma que usted ya lo ha hecho de mí, como bien dijo antes.

En ese momento Chase apareció la mar de contenta y se puso al lado de ella, le cogió la mano y después le susurró algo cerca del oído.

—Chase, no creo que sea un buen momento, pásate dentro de un rato, la señorita y yo estamos en una conversación interesante —le dije a mi hermana, que llegaba en el peor de los momentos.

Capítulo 27

Lysa Benedict

Londres
Residencia de los Baxter

Estuve a punto de decirle mi nombre de golpe, pero es que me daba pánico estar rodeada de tanta gente y que su reacción no fuera comedida.

De repente lady Baxter se acercó hasta mí y me susurró al oído que me descubriera, que lo hiciera sin miedo, parecía estar bien segura de lo que decía, pero dudando sobre si hacerlo o no, pensé, ¿qué sabe una pobre muchachita a la que nunca le ha faltado nada en la vida?

—Lo siento, es imposible que le revele mi identidad —le dije al fin.

—¿Por qué? —preguntó.

—Si usted no es capaz de ver cuál es el problema, lo siento pero yo no voy a venir a explicárselo.

—¿Hay un problema?

—Así es, uno y bien grande.

—Yo no tengo ningún problema, así es que o me dice su nombre o se quita el antifaz de una vez por todas.

—Hazlo, di tu nombre. No te arrepentirás —me dijo lady Baxter.

Aquello estaba creciendo de una forma que no me gustaba, se le daba demasiada importancia ya, así es que decidí decir mi nombre para terminar con todo de una vez y poder volver a mi vida tranquila.

—Lysa Benedict.

—¿Te burlas de mí?

No esperaba aquello, tampoco sé lo que esperaba, pero que pensara que me reía de él no.

—No, lord Baxter, jamás haría algo así.

—¿Dices que eres Lysa Benedict?

—Así es, su tía me invitó…

—¿De verdad eres la misma Lysa Benedict que yo conozco?

—La misma —pronuncié mirando al suelo como acostumbraba a hacer cuando algo me avergonzaba.

—No puede ser.

—Lo soy.

—¿Acostumbras a reírte de las personas que te ayudan, que tratan de buscarte un futuro mejor? Ya veo como eres, no debí de haber perdido mi tiempo contigo.

—Siempre aprovechas para adelantarte mi buen amigo —dijo Lucius algo perjudicado por la gran ingesta de alcohol apareciendo en escena en el momento menos adecuado.

—Ahora no, Lucius.

—Solo venía a decirte que —costaba entenderle—, menos mal que no detuvimos la apuesta como tú querías, porque como hemos podido comprobar la hemos vuelto a ver. Amigo no aciertas nunca con las mujeres. —Se reía sin sentido.

—¿Cómo demonios lo haces? Has desaparecido qué, media hora, y ya estás borracho perdido —le dijo lord Baxter.

—¿Apuesta? —Grité furiosa al escucharle.

—Tranquila, cosas de hombres, nada que sea demasiado importante —me respondió el conde.

—Pues se acabó la apuesta —les dije enfrentándolos.

—¿Puedes tranquilizarte? Tú eres la mejor avenida, en el mejor de los casos terminarías casada con alguno de nosotros dos —escupió salpicando de saliva el conde.

—¿Qué? —Me horroricé al escuchar—. ¿Por eso tantas atenciones la otra vez, ahora entiendo, por ese motivo también fue que me besó usted? Y además de todo esto, ¿pretende hacerse el ofendido?

Ahogué una exclamación con un millón de improperios reservados en mi boca para situaciones como esta.

Pensé en el daño que le haría si le arrojaba aquel jarrón de limonada vacío a Baxter a la cabeza. Pero seguro que no lo suficiente como para compensar el dolor que me estaba causando a mí enterarme de todo aquello. Lo amaba, sí, yo sabía que le amaba, y hacía días que había dejado de engañarme sobre eso, sin embargo, era el hombre más capaz de hacerme arder de rabia.

—Hasta nunca, señor Baxter —le dije.

—No lo creo —me respondió él, negando con su cabeza mientras pronunciaba las palabras.

Lo que dijo me dio aún más rabia de la que podía sentir en mi cuerpo, y me detuve a mirarle con la boca bien apretada para que no se me escapase nada.

—¿No se iba? —me dijo con expresión burlona.

—Y vaya si me voy —respondí.

Y comencé a andar para salir de aquel maldito baile que antes de que empezase ya vaticinaba que acabaría de la peor de las maneras, pero cuando estaba a punto de salir por la puerta, le escuché volver a decirme algo.

—Eres la mujer más bonita que mis ojos han visto en su vida.

El aire más propio de un dragón que escupe fuego por su boca se instaló dentro de mí, y me frené para poder respirar calmadamente antes de hacer arder la casa Baxter. Después, inhalé pacientemente y recordé que la educación siempre debe de ser intachable, y de ninguna de las maneras perdería la mía por su provocación, así es que me di media vuelta, y con una sonrisa dibujada en mi rostro, le respondí pacientemente.

—Gracias —le dije, pero lejos de detenerme continué—, no creo que tenga dificultad en encontrar otro rostro bonito para que pueda lucir en sociedad —terminé entrecerrando mis ojos.

De nuevo comencé a caminar, pero antes de salir a la calle, donde ya comenzaba a refrescar, esperé pacientemente a que una de las personas destinadas al servicio en casa de los Baxter me acercasen mi abrigo fino, con el que había llegado al lugar.

—A mí no me engañas, tú debes de ser una de esas niñas ricas de papá que hace todo lo que le da la gana y acostumbra a salirse con la suya, pero ¿sabes qué? Que yo soy igual, o más bien lo era, porque ya no hay papá, o mejor dicho, nunca lo hubo —hablaba sin freno y se zarandeaba de un lado para otro el conde de Pembroke. Parecía ser el único que no se había dado cuenta de quien era yo.

—Creo que debería de sentarse, o me temo que puede lastimarse al caer —le dije intentando sostenerlo.

Pero él era un hombre grande, robusto, con mucho más peso que yo. Y como supuse que pasaría, perdió el equilibrio y se cayó.

—Ayúdenme a levantarlo —dije arrodillándome a su lado.

Era un tipo vil , y aquello no se despegaba de mis pensamientos en ningún momento, pero era vergonzoso ver a un hombre como él ahí tirado sobre el suelo y no ofrecerle mi ayuda.

Parecía que solo yo opinaba de esa manera, porque el resto de invitados que pasaban cerca de nosotros no hicieron ni un mínimo gesto para ayudarle.

Baxter y su hermana llegaron pronto, y sin esperar lo cogimos entre todos para erguirlo y que intentase caminar. Era lo más sensato, pues un conde como era él no debería de ser llevado por nadie a hombros.

Lady Baxter se acercó hasta la mesa de centro que adornaba la entrada, quitó las flores que estaban dentro de un jarrón con agua, y lo trajo para echárselo por la cabeza. De esa forma lo espabiló de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —dijo al abrir los ojos.

—Que te has pasado un poco con las copas, conde —dijo ella.

—Qué niña tan agradable, siempre es un placer escucharte hablar, estaría toda la vida cerca de ti solo por oír tu voz.

—Calla esa boca de una maldita vez o seré yo quien la silencie para siempre.

—Parad, llevémosle hasta su carro para que lo lleven hasta su hogar, y que a su llegada alguien le ayude a dejarlo en su cama —les ordené.

—Está bien, pero solo si antes me das un besito de buenas noches —me dijo babeando el conde, y apoyó su mano sobre mi hombro. Con tan mala suerte que sus movimientos torpes rompieron la tela de encaje que caía sobre el hombro.

Los tres emitieron un suspiro de asombro al verlo, y yo no entendí a qué era debida tanta sorpresa. Tan solo era un hombro, un pedacito minúsculo de piel desnuda, hasta que el conde de Pembroke pronunció sus palabras descubriendo a qué era debido todo ese barullo.

—¿Quién diablos te hizo esa marca? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu nombre? —Y recuperó toda la cordura de un plumazo.

Capítulo 28

Simon Chals Baxter

Londres
Residencia del conde de Pembroke

Fue fácil calmar a Lucius después de todo el alcohol que había tomado, aunque aquel descubrimiento de la marca sobre la piel que Lysa tenía en su hombro lo había alterado bastante. Pero aunque no crea que vuelva a repetir esto, daré gracias a que bebió tanto y de esa forma fue que nada más dejarle caer sobre su mullida cama se quedó dormido.

Cuando bajé de su alcoba, para regresar de nuevo a mi hogar me reencontré con Chase y Lysa, por lo visto su carro había seguido al mío hasta la casa del conde.

—No debisteis venir —dije mirando a Chase.

—Solo quería comprobar que estaba bien.

—¿Quién, Lucius? —pregunté mirándola a su rostro y deteniendo mi paso.

—¿Y quién si no? —respondió ella.

—No dejaré que te acerques a ese hombre, escucha bien mis palabras porque no las volveré a repetir. Lo tienes prohibido —dije severamente.

—No puedes prohibirme a quien ver —respondió para mi sorpresa.

—Chase, lo hablaremos en casa, estoy seguro de que nuestros padres tienen algo que decir sobre el tema —finalicé.

—Mejor —replicó.

—Y ahora dile a esa mujer que te acompaña que no quiero volver a verla jamás.

—Puede decírmelo usted mismo lord Baxter.

—Y también dile que haga el favor de dejarse de teatros y actuaciones falsas, ya hemos podido comprobar que no es quien dice ser.

—Nunca dije que fuese otra persona, que no revelase mi identidad no me tacha de mentirosa, solo que una sirvienta no es lo que un caballero suele encontrarse en un baile de máscaras —dijo furiosa.

—¿Una sirvienta? —terminé emitiendo una carcajada al escucharla.

—¿De qué se ríe? —preguntó haciéndose la ignorante.

—A quedado bien claro esta noche que usted no es una sirvienta, y no sé qué ha venido buscando en Londres. Disculpe, sí que lo imagino. Y le daré un consejo, venga a por lo que es suyo y márchese, porque nada que no sea dinero podrá encontrar por aquí. —Subí a mi carro y me fui.

Esa marca de nacimiento la había descubierto, pero o a ella le importaba poco que la hubiésemos desenmascarado, o continuaba con su papel de ingenua intentándonos hacer creer que no sabía a qué venía tal alboroto.

Capítulo 29

Lysa Benedict

Londres
Residencia de los duques de Summerfield

—Lysa, no sé si ocultas algo, por tu rostro creo que no, aun así te preguntaré solo una vez esto. —Lady Baxter me tomó por la mano mientras hablaba—. ¿Tienes o has tenido alguna relación con la familia Herbert? Ya sabes, los condes de Pembroke —aclaró.

No sabía a qué venía esa pregunta, pero de pronto recordé algo que hizo que mi piel se erizara, y una fuerte punzada en mi estómago hizo que apartase de inmediato mi mano de entre las de lady Baxter.

—No puede ser —susurré entre dientes.

—¿El qué no puede ser, Lysa? —preguntó.

—Su marca en el cuello, yo la vi al llegar a su hogar, pero solo fue un segundo, después pensé que era una locura pensar que se parecía a la mía. —Me llevé la mano a la boca.

—No Lysa, no es una locura, es exactamente la misma marca de nacimiento que Lucius tiene en su cuello.

—Pero no debe de tener tanta importancia, a saber cuántas marcas de nacimiento existen en el mundo y que parezcan que son iguales…

—No lo parecen, lo son, son idénticas. Es más son idénticas también a la marca que el conde de Pembroke, el padre de Lucius poseía en su cuello. La misma.

Me impresionó tanto lo que me dijo lady Baxter que no podía decir nada, mi boca no volvió a abrirse ya esa noche, y mi cabeza daba vueltas todo el tiempo intentando buscar explicación a todo aquello.

Me puse a caminar sin ni tan siquiera despedirme de ella, entré a la mansión de los duques de Summerfield, y a pesar de que la duquesa esperaba mi llegada y se interesó por cómo lo había pasado en el baile, no respondí a ninguna de sus preguntas, solo caminé hasta mi alcoba, retiré las sábanas de la cama, y me acosté tal cual iba vestida. Solo los zapatos fue que me quité.

A la mañana siguiente y aún con la cabeza metida en el mismo embrollo que la noche anterior, bajé como si fuese un día más a trabajar, pero con una única cosa en mente, conocer cuál fue la historia del conde de Pembroke, porque si los Baxter tenían razón, todo indicaba a que yo era familia de Lucius Herbert.

Mi sorpresa fue que nada más poner un pie en el salón del té para preparar los desayunos, encontré a la señora Freniton conversando tranquilamente con la duquesa.

—Buenos días duquesa, disculpe mi comportamiento de anoche, no fue buena idea asistir a ese baile de máscaras, pero preferiría no hacer ningún comentario al respecto —dije a pesar de que se encontrase allí Freniton, pues aquella señora había sido como una tía para mí, y no diré madre porque jamás me dio afecto.

—Estás disculpada, pero ven aquí y siéntate con nosotras, creo que ha ocurrido algo, y debes de estar preocupada.

—¿Preocupada? No mi señora, estoy bien despistada.

La señora Freniton no podía esconder más la cabeza entre sus hombros y su cuello.

—Siéntate —pidió la duquesa dando unos suaves golpecitos sobre el cojín del butacón.

—¿Usted va a hablar, Freniton? Porque no me dijo nunca cuál era el motivo de regresar a Londres —le pregunté algo enfadada.

—No era el momento todavía.

—¿Y cuándo pensaba hacerlo? —lloriqueé— ¿Es cierto que ese hombre para el que trabajas es familia mía? —Esperé que respondiese.

—Ya le he contado a la duquesa el motivo por el cual regresamos de nuevo, créeme que no esperaba que todo esto ocurriese.

—Si pretendes que te crea, empieza a hablar —le dije duramente.

—Os serviré un té, o mejor una infusión, puede que añadir más tensión al momento no sea lo mejor —dijo la duquesa levantándose a por el carrito del desayuno.

Freniton me miraba con lástima, parecía arrepentida, pero su boca todavía se mantenía cerrada.

—Por Dios, dígame quien soy —lloré.

—Eres Lysa Benedict, hija de Margaret Benedict, e hija ilegitima de William Herbert, conde de Pembroke.

La duquesa emitió un suspiro debido a la sorpresa, y después se tapó la boca con ambas manos.

Yo no pude hacer nada, ni movimientos, ni parpadear, ni respirar, y mucho menos hablar.

Cuando por fin comencé a reaccionar de nuevo, un sinfín de lágrimas salieron de mis ojos sin poder hacer nada por detener la llorera. Acababa de descubrir que no era huérfana, que mi madre se llamaba Margaret, y que aunque mi padre fuese un hombre desalmado que nunca se ocupó de mí, sabía quién era, tenía nombre, y hasta incluso podría ponerle rostro.

—¿Por qué no me lo contó usted nunca? Sabía que a todo el mundo le decía que era huérfana, huérfana de padre y madre repetía siempre que alguien me preguntaba. Y usted todo este tiempo con ese secreto…

—Solo hubiese ocasionado dolor.

—Y ahora, ¿por qué estamos en Londres? ¿Qué hay de ese dolor?

—El conde de Pembroke murió —dijo la duquesa acercándose.

—¿Cambia algo que él no esté vivo? —pregunté intentando entender esos motivos.

—Lysa, el conde de Pembroke mandó una carta durante todos estos años en los que estuvimos fuera.

—¿Una carta?

—Así es. En ella se arrepentía de no haber tenido el valor de reconocer que eras su hija. Aún la guardo por si deseas leerla, pero lo más importante de todo es que también dijo que antes de morir dejaría por escrito y sellado ante su abogado un documento reconociéndote como hija legítima.

—Pues ya ves que no ha ocurrido, de nuevo ese hombre al que tanto respetabas te ha vuelto a engañar.

—No lo creo, y para ser más sincera diré que la idea de que te alejara de su lado fue mía.

Aquello que acababa de escuchar me dejó helada. No podía creer que alguien pudiese aconsejar a un padre que se alejase de su hija, no estaba preparada para escuchar eso. Así que me levanté de la butaca, incliné mi cuerpo despidiéndome de la duquesa y salí de aquella casa.

Mientras me alejaba de la entrada escuché a la señora Freniton como decía aquello.

—No me lo pongas más difícil de lo que ya es —gritó.

Al oírla, algo se estremeció dentro de mí. Fue una sensación como si algo explotase en mi interior, y desencadenó la furia que llevaba dentro dormida.

—¿Para mí no es difícil? Eso crees, que para mí no lo es.

—Yo no creo que no lo sea, pero por favor, te pido que me perdones.

—No tengo nada que perdonarte, debo de reconocer que por mucho que alguien me pidiese que me alejara de alguien a quien considero que tengo que proteger, jamás lo haría. Puedes estar tranquila, no tienes la culpa, al menos no toda.

La señora Freniton se quedó en medio del camino de piedras y gravilla, y yo continué mi camino con paso acelerado. Barajando dos, o tres opciones.

La primera era pasarme todo el día llorando y caminando sin rumbo, lamentándome de la mala suerte que había tenido en la vida, maldiciendo a todos los que habían tenido algo que ver con aquel desastre que dio fruto a una niña que sin elegirlo, nació sin ese amor que todos los bebés deberían de estar obligados a recibir.

La segunda, marcharme bien lejos de Londres, empezar una vida de nuevo, sin recordar ni un segundo la que llevaba vivida hasta ahora, como si debido a un golpe en la cabeza ya no recordase nada.

Y la tercera, la más difícil de todas, demostrar a todo el que sabía que era la hija ilegítima del conde de Pembroke que yo, Lysa Benedict no era una interesada, ni había llegado aquí para aprovecharse de nada, y seguir con mi vida de sirvienta en el hogar de los duques de Summerfield.

Capítulo 30

Simon Chals Baxter

Londres
Residencia de los Baxter, año 1942

Un año había pasado desde que Lysa Benedict pasase a ser la hija ilegítima del conde de Pembroke, también de que hubiese salido a la luz que era la misma mujer misteriosa que acudía a bailes de sociedad, y que de la noche a la mañana había dejado de ver.

Un año de lo más agonizante, aburrido, triste, lluvioso, frío, poco comentado, y largo. Muy largo.

A medida de que los días iban sumándose en una semana, yo restaba el tiempo que quedaba para que una nueva temporada diera lugar.

Pero si mi vida en Londres había sido triste y monótona, lo que me esperaba este año en Grosvenor Square, era bien diferente. Mi madre había puesto fecha límite para mi compromiso, y si no obedecía tendría que marcharme de su residencia. Ya no deseaba tener que soportar por más tiempo mis idas y venidas, ni ser partícipe de mis borracheras, y cito textualmente.

Por otro lado, y gracias a Dios, bueno Dios tuvo poco que ver con eso, pero yo le daré las gracias igualmente. A mi hermanita dejó de interesarle Lucius Herbert después de enterarse de cómo había tratado a Lysa mientras trabajaba para él en su casa. Con lo cual sí podía relajarme un poco más e intentar agradar a mi madre en eso de buscar esposa.

Y mientras estas tres personas no se cruzasen entre ellas, todo irá como la seda para mí. Porque aunque Lysa y Chase no creo que tengan nada la una en contra de la otra, para mí es muy difícil concentrarme en otra mujer si ella está cerca. Porque aunque no la he vuelto a ver, sospecho que en cuanto lo haga, mis instintos básicos se verán alterados de la manera más animal que existe.

—¿Eso es un diario? Mi hermano escribiendo un diario, esto es de lo más gracioso del día de hoy —dijo Chase entrando a mi despacho sin llamar, como ella tenía por costumbre.

—También podría ser una novela, como esas que lees tú, ¿también te reirías del escritor que las escribe?

—Vaya, es cierto. —Se quedó bien seria.

—¿Qué buscabas por aquí? —pregunté.

—Mamá quiere saber si contamos con tu presencia en la comida de hoy.

—Sí, no tengo nada que hacer hoy fuera.

Chase se quedó parada, parecía que quería preguntarme algo.

—Venga dilo, no esperes más —la animé.

—¿De verdad que vas a conceder bailes a toda dama que lo desee? —Se sentó curiosa frente a mí.

—A todas —respondí riéndome.

—Pues te aseguro que va a ser agotador —dijo ella abriendo mucho los ojos.

Al poco de molestar, Chase se marchó, y después de un par de horas, cuando el servicio anunció que la comida se serviría en minutos, salí de mi despacho para dirigirme al salón.

Se me paró el corazón al escuchar la voz de Lysa, corrí hasta la pared más cercana y me apreté contra ella para que no me viese nadie. Permanecí allí en aquella postura unos minutos, y

en silencio, aunque no era muy difícil pues apenas el susto me dejó aire para respirar.

Entonces me vino el recuerdo de ella, entre mis brazos, acariciando su suave piel, y enredando mi lengua con la suya, besando su cuello, y olfateando su aroma. Solo había ocurrido dos veces, dos besos, pero habían bastado para dejarme una marca en el corazón imborrable.

Debí suspirar como lo hacen las quinceañeras al ver a su príncipe azul, porque de otro modo mi madre no habría aparecido delante de mí en aquel instante.

—Pero, ¿qué demonios haces ahí parado? —Me estiró de la camisa para que me moviese.

—No tengo hambre —le dije.

—Dijiste que comerías con nosotras.

—¿Con quién?

—Pero qué raro estás hijo, ¿ocurre algo? —mi madre me puso la mano sobre la frente para ver si sufría calentura—. Ah, ya veo, Lysa Benedict, has debido escucharla.

—Madre, no me haga salir ahí fuera —le pedí poniéndome bien serio de repente.

—Claro que saldrás, y saludarás a tu tía Jane, a Lysa, y al joven que las acompaña. —Mi madre miró hacia arriba tratando de recordar su nombre—. No recuerdo como dijo que era su nombre, en fin no importa. Saldrás —puntualizó.

¿Un hombre? Acompañante de Lysa, amigo de tía Jane… Viniendo con mi tía podría ser cualquier cosa.

Salí de mi escondite, y no vi a nadie, imaginé a todos sentados alrededor de la mesa, y caminé con calma hasta llegar al salón. Si estaban acomodados como imaginaba me ahorraría besar a cada una de las damas en cuestión, así es que respiré tranquilo y entré en el salón.

Mierda, en pie, todos estaban aún en pie.

Allí estaban todas charlando animadamente como si no esperasen a nadie. Y la verdad es que no lo hacían, porque si alguien esperase ver a alguien yo lo habría notado. Habría visto que se movía inquieta mirando de un lado a otro, o al menos de reojo disimuladamente, pero no, estaba tan tranquila conversando con un apuesto caballero que le sonreía todo el tiempo.

—Ejem, ejem —tuve que toser exageradamente para que me mirasen y dejasen de hablar enter ellos.

—Sobrino, cuanto tiempo. No vienes a visitarme nunca, ¿cuánto tiempo hace ya? ¿Un año? —Sonrió tía Jane.

Cuando quería podía ser muy suspicaz.

—Tía he estado muy ocupado.

—Bueno no pasa nada, estoy segura de que pronto vendrás a verme, ¿verdad? —respondió, y no perdió el hilo y aprovechó que estaba hablando ella para presentar al caballero—. Os presento a Lion Greyson, es un hombre maravilloso, ha llegado hace pocas semanas a Londres y se quedará hasta el final de la temporada.

—Encantado —le estreché la mano—, ¿y qué le trae por aquí, señor Greyson?

—Lysa —dijo, y la miró con una sonrisa en sus labios.

—Ay, qué estúpida soy, se me ha olvidado decirlo. El señor Lion vino de Francia para ver a Lysa, y recientemente le ha declarado su amor, ¿no es precioso? Además es un hombre poderoso allí en su país. Es el sobrino de los señores sonde Lysa servía allí —Tía Jane me miró especialmente a mí y después me susurró al oído—, y a él no le importa que sea una sirvienta.

Traté de acomodar los rasgos en una expresión poco expresiva, pero me estaba costando trabajo.

Lysa Benedict tenía un compromiso, Lysa Benedict se marcharía a Francia, Lysa Benedict no me esperaba.

Todavía la amaba, no tenía ni idea de cómo eso era posible, pero había algo ahí instalado dentro de mi corazón que me decía que la amaba. Y no solo lo sabía porque al verla mi día había cambiado de gris a claro, ni porque el simple hecho de escuchar su voz me había pellizcado el vientre desde dentro. Además de eso, verla reír con otro hombre me había molestado, y descubrir que ese hombre podía llegar a besarla, y a acariciarla como yo lo hice un día, me había dejado destrozado.

La comida fue un sinsentido de risas absurdas, correcciones al vocabulario del joven Francés, y golpecitos de Chase bajo la mesa para que no le replicase tan a menudo a Lion en todo lo que él decía, pero es que resultaba aburrido escucharle.

—De nuevo pido perdón por tener que marcharme tan pronto, pero debo de atender unos asuntos importantes —me excusé.

—¿Tan importantes como para dejarnos plantados en la comida? —dijo tía Jane mientras mi madre asentía.

—Así es, negocios. Aún intento encontrar a alguien para que trabaje en la fábrica de telas y lleve el mando en la producción. —Miré a Lysa, pues era el puesto que le había ofrecido a ella.

—Qué extraño lord Baxter, un puesto tan bueno no debería de resultar difícil de cubrir —dijo Lysa.

—Se necesita a la mejor de las personas para ese puesto, no a cualquiera, y no crea que es fácil encontrar a alguien así, y cuando por suerte la encuentras, rechaza el puesto porque prefiere otro trabajo peor remunerado y menos ventajoso. No hay quien entienda al mundo —respondí con sorna.

—Cretino —dijo Lion—, esa persona debe ser un cretino.

Sonreí al escucharle, pero en cambio Lysa ardía en rabia.

—Hasta la próxima —dije antes de salir de allí.

Mientras bajaba los cuatro escalones que conducían a la calle, pensaba en lo complicado que iba a ser encontrar a una mujer que pudiese despertar en mi eso que sentía con ella. Hacerme feliz solo con verla.

Capítulo 31

Lysa Benedict

Londres

Residencia de los Baxter

Nadie me instruyó en esto, en cómo sería ver de nuevo al hombre que tanto daño me había ocasionado. La duquesa me aseguró que su sobrino no asistiría a la comida, pues en los últimos meses su vida había cambiado tanto que ni tiempo tenía para ir a visitarla, pero se equivocó, allí estaba. Tan perfecto, tan guapo, tan elegante, con su ceño casi fruncido todo el tiempo, con esa sonrisa pícara dibujada en su rostro y que dejaba a la vista cada vez que le miraba.

¿En qué demonios pensaba cuando la duquesa me propuso presentar a Lion a su hermana? Por más ayuda que aquella familia me hubiese ofrecido, yo continuaba siendo una simple sirvienta, y estar sentada a la mesa junto a ellas, era un sinsentido difícil de aceptar.

Respiré aliviada cuando escuché que Simon debía de marcharse, y corrí casi detrás de él cuando sentí su ausencia en aquel comedor tan grande y tan vacío sin él.

Retiré mi servilleta de mi regazo, limpié mi boca con suavidad, y traté de reflejar calma en mis palabras cuando me disculpé para ir un momento al aseo.

Nada más salir del salón vi a lo lejos bajando los escalones de la salida a Simon, y después de pensarlo solo dos segundos, corrí a por él.

—Un momento —dije fatigada.

Se dio la vuelta y al verme no pudo evitar sonreír.

—Lysa, ¿qué haces aquí?

—Creí, pensé, tuve la estúpida idea de creer que si no te veía más lograría olvidarme de ti. Sé que piensas que soy una mentirosa, que te engañé, pero yo también llegué a pensar que aquel beso fue por la apuesta —dije dulcificando mi expresión de ojos.

—Jamás pensaba en la apuesta cuando te besaba, además reconozco que después de besar a aquella mujer misteriosa, yo me enamoré de otra mujer.

Cuando dijo aquello me partió el alma en dos. Se había enamorado de alguien ya, y yo estaba allí declarando mi amor.

—Debiste decirlo antes de dejarme hacer este ridículo espantoso al reconocer que me había enamorado de ti —le dije llena de amargura.

—Ha sido lo más bonito que he escuchado hoy, lo primero fue tu voz por sorpresa.

—¿Te ríes de mí?

—No sabes de quien me enamoré después de besar a esa mujer misteriosa, aún no te lo he dicho.

—No por favor, no es necesario —le dije cerrando los ojos.

—Oh, sí, ya lo creo que lo es —dijo y dio un paso para acercarse a mí.

—Si quieres hacerme daño te diré que no creo que sea capaz de soportar ni un poco más de dolor.

—Me enamoré de Lysa Benedict, de su carácter, de su belleza, de su forma de tratar a las personas, de cómo me hacía sentir estando con ella. Ella me robó el corazón.

—Te juro que jamás quise reírme de nadie, solo quería experimentar como sería poder

asistir a un baile, estar cerca de personas y que no me hicieran sentir invisible, o peor aún, solo hablarme para servirles.

—Te amo Lysa Benedict así es que entra ahí dentro y dile al tal Lion que ya puede marcharse a su país.

Yo ya había besado estos labios, sí lo había besado antes, pero en cualquiera de los dos besos anteriores yo sabía que iba a besarle, y este beso salió sin ser planeado.

Aunque esto no era un beso, era como pasear por las nubes.

Era él quien me estaba besando ahora, aunque reconozco que empecé yo a besarle. La intensidad con la que me daba aquel beso no podía ni comprenderla. Apretaba mis labios, los mordisqueaba, un fuego en mi interior crecía, un deseo de amarle se instalaba en mí, y solo quería que me amara. Después empezó a susurrar mi nombre, pero hasta su voz se había convertido en una voz tentadora de deseo. Necesitaba arder en pasión, quería que aquello que se acababa de desatar no se detuviese nunca. Entonces Simon empezó a llamarme por mi nombre, y ahí fue que yo hice lo mismo con él, y aun pensando que aquello no podía aumentar, lo hizo.

Sentí como algo en el interior de sus pantalones crecía sin control, y yo no me moví, todo lo contrario, pegué mi cuerpo aún más al suyo para frotar mi sexo con el suyo.

—Aquí no —dijo, y se detuvo.

Yo lo miré con escrutinio.

—¿Dónde?

—Ven conmigo, ven a mi alcoba —dijo él tirando de mí.

—Pero pueden vernos. Me he escapado un momento alegando que tenía una urgencia para ir al aseo —dije y anhelé estar separada de sus labios.

—Ven. —Tiró de mí como ya no recordaba que siempre hacía en el pasado.

Poco nos importó subir los escalones de la mansión y ser descubiertos, lo que sentíamos iba más allá de cualquiera que quisiera llamar nuestra atención.

Al entrar en la alcoba de Simon, él dejó de respirar al tenerme enfrente. Yo me había imaginado aquel momento un millón de veces en mi cabeza, todas las noches cuando yacía en mi cama, ese momento que estaba por ocurrir él estaba frente a mí de la misma forma en la que ahora lo estaba. Sin pensar en nada más que en ese momento en el que nos encontrábamos, me acerqué de nuevo a él y volví a besarle.

—Te deseo —dijo Simon y yo enloquecí de nuevo.

—Hazme tuya —dije dejando a un lado los formalismos con los que acostumbrábamos en el pasado a dirigirnos.

Un pasado que me hacía recordar quien era yo y quien era él.

Después de besarnos por mucho rato, y acariciar nuestra piel bajo la ropa alguien golpeó la puerta con fuerza, y nos asustamos tanto que corrí a esconderme detrás de un armario, haciéndome poco visible desde la puerta.

—Un momento —dijo Simon y abrió recolocándose la ropa hecha en girones y atusando su pelo con los dedos.

Desde mi posición podía verle a él, pero no podía saber de quién se trataba.

—Por curiosidad no estará aquí Lysa? —Era su madre.

—Quizá se aburría tanto con el francés que huyó —dijo entre risas.

—Simon Chals Baxter —pronunció su madre enfadada—, por si dejé en el pasado alguna duda en aquella conversación. Aléjate de Lysa, no puedes casarte con ella, jamás será aceptada en nuestra sociedad, no le hagas esto a esa mujer.

—Basta madre, no es la sociedad la que no la acepta, ¿verdad?

—Hijo mío, yo solo deseo lo mejor para ti —dijo su madre.

—Nos amamos, y puedo ofrecerle una vida mejor.

—¿La convertirás en tu querida?

—Siempre sería mejor eso que ser infelices por separado.

Mi cuerpo se heló, mi alma se heló. En mi cabeza solo se repetía una palabra, querida, su querida, no su esposa, solo aquella mujer que no es presentada en sociedad como tal, que no va de su brazo junto al amor de su vida, la que solo comparte lecho con él, en eso sería que me convertiría Simon Baxter, en su querida. Y nadie me lo iba a decir, yo lo acababa de escuchar.

Esperé que su madre se marchase de la alcoba, y al poco salí de mi escondite. Y cuando Simon se acercó para abrazarme y besarme, me separé con tristeza.

—No estoy preparada para ser tu querida —le dije sin más.

—Pero yo te amo, tú también lo has dicho, y la verdad es que me marcharía a donde tú quisieras de tu mano, pero sabes que no puedo casarme contigo.

—Lo sé, no soy estúpida.

—Si lo hiciera no te aceptarían, como bien has escuchado de los labios de mi madre. La sociedad es dura.

Me reí.

—Sí, la sociedad es cruel, tan cruel como veo.

—Haremos algo —dije sin pensar.

—¿Qué? —Simon esperó paciente mis palabras.

—Buscarás una esposa esta temporada, una de esas esposas perfectas para ti, una a la que la sociedad respete, te casarás con ella, y así me olvidarás para siempre.

Era increíble que la sociedad no aceptase que el amor triunfara, era mejor ir engendrado bebés ilegítimos, vivir en el mismo hogar con una mujer sin estar casados, y de esa manera su reputación no se vería alterada. Era una vergüenza, y yo no formaría parte de eso.

Bajé de nuevo al salón, pedí disculpas por mi terrible indisposición y mi prolongada ausencia, y gracias a la mentira logré que nos marchásemos rápido de la mansión Baxter.

—Lysa al llegar me gustaría hablar de algo en privado —dijo la duquesa en el carro de camino al hogar.

Asentí sabiendo que querría preguntarme por mi verdadera ausencia, o que una riña por haberlo descubierto me esperaba.

El camino se dio sin demasiada ilusión, apenas miré al exterior durante el viaje, y eso era algo extraño, porque yo me pasaba todo el tiempo observando la vida del resto de las personas en cada ocasión que tenía.

—Ven conmigo Lysa —me pidió la duquesa al llegar.

La perseguí hasta llegar a su alcoba, y allí me tomó por las manos después de cerrar la puerta y comenzó a hablar.

—Lamento mucho lo que ha ocurrido en tu vida, no creo que haya palabras de consuelo para que una muchacha como tú se anime a ser feliz de una vez por todas y deje atrás el caos que otros crearon para que tu vivieras, pero puedes hacerlo. Puedes vivir la vida que deseas de la mano de este buen hombre que ha llegado hasta Londres buscándote, estoy segura de que allí en Francia podéis ser felices.

—Lady Summerfield —ella colocó su dedo índice sobre mis labios callándome—. ¿Cuánto tiempo se puede tardar en olvidar el dolor? —rompí a llorar.

—No pequeña, el dolor no deja nunca de doler, pero se trasforma en algo más soportable. Él siempre dolerá al recordarle, aun cuando sepas de su matrimonio, aun cuando te digan que tuvo

hijos, siempre dolerá su recuerdo.

—Le amo tanto que si no puedo estar con él no deseo estar con nadie.

—Ven aquí, siéntate conmigo Lysa. Voy a revelarte algo que me hace daño hasta pronunciarlo. —La duquesa sacó de su falda un pañuelo y comenzó a desdoblarlo, parecía prepararlo para algo—. Cuando me di cuenta de que jamás podría ser madre, creí morir. Reconozco que no me habría importado morir. Y el día que mi cuerpo albergó en su interior un bebé me sentí la mujer más afortunada del mundo, pero duró poco, pues mi cuerpo no había sido creado para traer hijos al mundo —las lágrimas se le escapaban sin descanso—, ¿sabes el dolor que siento conociendo historias como la tuya? Una niñita que fue abandonada, y que nadie le dio su afecto, mientras que mujeres como yo ansiamos entregar el nuestro.

—Lady Summerfield, lamento mucho su dolor, estoy segura de que hubiese sido la mejor de las madres. —También dejé caer una lágrima.

—Quiero a Simon más que a mí misma, pero me he dado cuenta de que es tan estúpido como para no darse cuenta de que nada de lo que pueda pensar el mundo sobre su vida es importante para que él sea feliz.

Me abrazó con fuerza, y me animó a alejarme de esta Londres en la que solo era una sirvienta.

Capítulo 32

Simon Chals Baxter

Londres
Residencia del conde de Pembroke

La huida repentina de Lucius, me había descolocado tanto como descubrir que Lysa era la hija ilegítima de su padre.

Un año sin tener noticias de mi amigo era más que suficiente para entender que algo oscuro había detrás de aquel suceso, así es que después de pensarlo más del tiempo prudente me decidí a visitar el castillo de Pembroke y alejarme de Grosvenor Square.

Al llegar y plantarme frente a las puertas del castillo observé todo desde la entrada y pude reconocer que algo ocurría en el interior de este.

Más de diez gritos, un millón de aporreos en las puertas, y nada, nadie salió a abrirme, aun sabiendo que dentro había gente. Al menos había podido contar unas cinco o seis personas del servicio asomadas tras las ventanas y con caras de susto.

No iba a darme por vencido, así es que me senté sobre el frío suelo de mármol de la entrada y me limité a esperar.

—Demasiado tozudo para ser un Baxter —dijo Lucius abriendo la puerta.

—Demasiado blando para ser un Herbert —respondí levantando mis congeladas posaderas debido al frío y húmedo suelo.

—Deberías de haberte quedado en casa, Simon Baxter —dijo Lucius.

—Hace mucho que no te veo, ¿dónde has estado este tiempo?

—Por aquí, por allá, pero sobre todo aquí, en casa.

—Te fuiste sin decir nada de Grosvenor Square.

—No creo que necesite un motivo para marcharme, pero de ser así, te daré uno. Apareció de repente una hija ilegítima de mi padre. No debiste venir, amigo.

—Mucho tiempo he dejado pasar, ahora tienes que regresar, no importa lo que ocurriese esa noche, ahora todo es como antes. Además no cumpliste con tu palabra la temporada pasada, le debes un compromiso a la sociedad —intenté hacer un chiste.

—Imagino que no podía estar más equivocado. ¿Qué hubiese pasado si la mujer misteriosa llega a caer en mis brazos? La hija de mi padre, mi medio hermana. Aquella apuesta casi me hace cometer el error más grande de mi vida.

—No te tortures, eso no ocurrió.

—Lo peor de todo es que yo tenía una corazonada, había algo en ella que me decía que era diferente, que esa muchacha era algo más que una mujer a la que tratar de seducir. Había ligeros recuerdos. No de ella, a ella no la recordaba, pero sí que me vienen a la memoria conversaciones de mi padre con una señora. Él hablaba de una niña, de lo bonita que era, de lo mucho que se parecía a su madre, y también recuerdo cómo se lamentaba de haberle hecho caso a aquella vieja maldita sirvienta. Pero jamás supe a lo que se refería, ahora lo sé. Ahora todos los cabos parecen tener un punto de unión.

—Amigo, él era el adulto, pudo haber desecho lo que hizo en cualquier momento.

—¿Sabes porque me encuentro aquí?

—No —dudé en decirle lo que pensaba.

Quizá estaba tan avergonzado por su actitud en la última aparición. Por que al parecer él no lo recordaba pero toda la atención de la noche se la llevó él y su terrible borrachera.

—Tengo algo en mi poder que barajo si debería de hacerlo oficial.

—No te entiendo Lucius. Explícate.

—Mi padre dejó por escrito un documento donde reconoce que Lysa Benedict es su hija.

El silencio apareció.

Hacía escasas horas en las que Lysa y yo acabábamos de dejar sin posibilidades nuestra vida juntos, y yo me preguntaba si eso que me estaba diciendo mi amigo, me lo hubiese dicho antes, ¿algo habría cambiado?

Finalmente, el silencio más largo entre nosotros fue llenado por mí. Me aclaré la garganta y dije:

—Debes de hacerlo público.

—Debo de barajar qué es lo que ocurrirá conmigo —dijo fríamente.

—¿Te refieres a la herencia? Es evidente que a los dos os pertenecen las posesiones de tu padre, pero Lysa debe de saber esto.

—No tan rápido, no se te ocurra decir nada, o quemaré el único papel donde se encuentra su futuro, y parece que a ti te importa mucho.

—Tienes razón no es asunto mío, puedes hacer lo que plazcas, además Lysa y yo ya hemos puesto distancia entre ambos, y poco me importa ya lo que le ocurra —mentí.

Regresé a mi hogar, tenía un largo camino para poder lograr poner mis pensamientos en orden. Y después de más de nueve horas de camino, al fin lo logré, en cuanto llegase a casa anunciaría a todos que estaba loco de amor por Lysa Benedict, y que si la sociedad no lograba entender lo que yo sentía por ella, poco me importaba porque yo pensaba pedirle su mano al día siguiente.

Quizá mi regreso no se hizo en las horas que yo planeaba, así es que en la oscuridad de la noche lo único que pude hacer fue dormir, y pensar en la mañana siguiente, pero eso sería en sueños.

Nada más despertarme bajé con cierta prisa al desayuno y allí encontré a Chase jugando con la comida que al parecer se había convertido en un puzle sobre su plato.

—¿Ocurre algo? —dije, y debí asustarla, porque dio un tremendo salto levantando incluso la mesa ligeramente.

—Simon, me pareció escucharte anoche cuando regresabas. ¿Dónde fuiste a esas horas?

—Fui a visitar a Lucius, se encuentra en Pembroke.

—¿Y está bien, no le dijiste que volviese a Grosvenor? La temporada acaba de comenzar, no creo que quiera perdérsela.

—Hay asuntos más importantes que asistir otro año a la temporada.

—Pero, ¿vendrá? —ella continuaba insistiendo.

—Puede.

Después de más de cuarenta minutos escuchando a Chase hablar de lo importante que sería tener al conde de Pembroke este año, y dándome una lista interminable de nombres de las damitas que se encontraban interesadas en mí, y que yo dudaba de ello, nuestra madre apareció finalmente.

—Buenos días madre, es urgente que hablemos —dije en tono serio.

—Está bien, pero, ¿crees que podría tomar antes mi desayuno?

—Esperemos a papá —dijo Chase.

—Vuestro padre marchó ayer, vendrá pronto, fue a hacer tratos, una máquina industrial

quiere traer para ganar tiempo en las confecciones.

—Es una equivocación, suplantará a decenas de trabajadores. No debe hacer eso.

—No podemos quedarnos estancados, la industria crece y debemos de crecer con ella.

—Hablaré de eso a su regreso, y ahora tenemos que hablar de Lysa.

—Me temo hijo que esa conversación ya es pasado.

—No comprendo que tu consejo es que deje ir al amor de mi vida.

—No lo fue, solo te advertí de que la sociedad no la querría, no la aceptaría, todo sería complicado para ambos, yo te di la opción de que fuese tu querida, y tú decidiste tratarla como eso, ¿una querida? Fuiste tú quien decidió eso a alejarse de aquí vivir feliz, o continuar aquí sin importarte lo que pensase el resto de la gente.

—¡Madre! Hiciste que pensara así.

—No, yo te puse el peor de los escenarios, y tú decidiste elegir una salida rápida al problema. En cualquier caso, olvidate de Lysa, ella ya ha anunciado su compromiso, ayer mismo tu tía fue puesta en conocimiento de que antes de que termine la temporada se irá a Francia, pero antes se casará aquí.

—Maldito Francés.

—Para ti tengo unas damitas que están dispuestas a conocerte, Simon.

—Madre, ¿qué hay de complicado en que dos personas de clases sociales diferentes se amen?

—Oh, hijo, no hay nada de complicado, lo difícil es hacer caso omiso al exterior. No son prudentes, siempre intentan hacer sentir mal a alguien que es feliz, y digamos que a Lysa no se lo pondrían nada fácil, ella sería la que peor parada acabase.

Entendía ahora aquello que mi madre pronunció hacía más de un año, eso de que Lysa había aceptado su lugar…

Capítulo 33

Lysa Benedict

Londres
Residencia de los duques de Summerfield

—De verdad lady Summerfield que esto no es necesario, usted se ha portado tan bien conmigo desde que la conozco que todo lo que hace ahora, es más que inapropiado.

—Inapropiado, deja de decir bobadas niña, aquí lo único inapropiado en esto es que no seas la hija legítima del conde de Pembroke para que puedas quedarte en Londres y así poder seguir estando cerca de mí. ¿Te lo has pensado? Puedes quedarte aun siendo ilegítima —Lady Summerfield no dejaba de insistir en que me iba a echar muchísimo de menos, pero no había más opción que regresar a Francia, de donde jamás debí salir.

Me miraba frente al espejo, no podía creer lo que estaba viendo. Yo enfundada en un vestido de novia, yo, que siempre había tenido la creencia de que terminaría soltera para toda la vida, ahora me encontraba en casa de una duquesa, la misma que me regalaba ese precioso vestido de bodas para que me casara con Lion Greyson.

—Pues con esto ya estaría, señorita, puede dejarlo caer al suelo —dijo la modista.

Señorita, pensé. Si todo el mundo me conocía en aquel hogar como una simple sirvienta, ¿por qué se empeñaban en decir aquello?

La modista salió de la alcoba cuando guardó el vestido en su bolsa cuidadosamente, y después de que me colocase la ropa de nuevo, la duquesa me comunicó que estaba despedida.

—¿Pero dígame qué es lo que he hecho? —No daba crédito a lo que escuchaba.

—Oh, nada querida, es que sé que hasta que no te despida continuarás sirviendo en esta casa. Ahora ya no puedes, ya no trabajas aquí.

—Pero usted sabe que no tengo a donde ir, si me echa ¿a dónde iré?

—No te estoy echando, solo te he despedido, ya no eres mi sirvienta, y debí de haberlo hecho antes. Seguirás viviendo aquí, conmigo. ¿Puedo pedirte un favor? Estás en tu derecho de no querer hacérmelo, pero es que acabo de recordar que le di el día libre a casi toda la casa, y olvidamos ir al mercado a por verduras.

Rompí a reír porque aquello era lo propio de lady Summerfield, andaba todo el día agradando al servicio, dando días libres y olvidando que necesitaba aquellas personas.

—Estaré encantada de ir.

Si no supiese que la duquesa era un desastre para organizar coincidencias, habría pensado que aquello estaba hecho apropósito.

No hacía ni un día que nuestros labios se habían saboreado, y después, nos habíamos decidido alejar para no convertirnos en dos tiranos que se insultan. Él ya lo había hecho solo pidiéndome que fuera su querida, y yo podría hacerlo si continuase insistiendo.

Al llegar al mercado y pasear hasta encontrar aquel puesto donde la duquesa solía hacer la compra de sus verduras, pude ver que al otro lado paseaba Simon con una dama. ¿Qué demonios? Paseos por el mercado con una dama, qué tan ingenioso era aquel noble.

Disimulé al mirarle, y comprobé que él no me había visto, así es que me dispuse a hacer la compra y volver de regreso al carro que se había detenido justo a dos calles del lugar.

Pero el destino, ese destino que era siempre tan cruel conmigo, continuaba haciéndome la

vida a cada poco más complicada, y ahora estaba frente a mí en forma de lord Baxter.

—Veo que dejar de servir te ha convertido en una señorita maleducada —dijo maliciosamente.

—¿Y cómo sabes que no sirvo? —pregunté furiosa por el comentario.

—Maleducada y sin memoria —dijo sonriendo—, esto veo que no va mejorando —añadió.

—Claro, tu tía —dije más enfadada todavía. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería verte.

—Pues ya me has visto, y ahora debo regresar.

—También me muero por besarte —dijo tomando una postura deliciosa.

—Podrías haber besado a la damita con la que paseabas hace nada.

—Nunca calmará mi deseo besar otros labios que no seas los tuyos.

Me hizo estremecer.

Simon se acercó a mí con paso decidido, y me tomó por la cintura.

—No te cases, Lysa no lo hagas.

—Tú y yo no podemos estar juntos, nuestro amor es… imposible.

Simon tapó mi boca para que yo no pronunciase aquello, pero la palabra salió antes de mi boca.

—Todo es posible, cásate conmigo —me dijo, y me dejó sin aliento.

Estaba a punto de llorar de la emoción, el hombre de mi vida me había pedido matrimonio, pero ¿bajo qué consecuencias?

—No podemos, lo sabes. Nadie comprendería esta unión, no puedo pedirte que arruines tu vida. Tus negocios dejarían de ir tan bien como hasta ahora, y las amistades te darían de lado por rechazar a damas de tu estatus. Recuerda que yo soy solo una sirvienta.

—Maldición Lysa, te amo, quiero casarme contigo. No puedes casarte con otro hombre que no sea yo.

—Te amo, Simon Chals Baxter —hice un silencio y me quedé pensativa, después reanudé la frase—, pero jamás te haría esto.

Besé los labios de Simon por última vez, saboreé su boca, y después me separé con los ojos cerrados, pues no podía ver como me alejaba de él.

Caminé hasta mi carro y regresé con las verduras a la mansión Summerfield.

Sentí unas ganas casi irrefutables de servirme una buena copa de licor, pero no estaba bien visto ver a las jóvenes bebiendo alcohol, y menos aún a una sirvienta. Porque aunque yo no lo fuese ya, lo seguía sintiendo.

—¿Y bien? —me sorprendió la duquesa.

—¿Disculpe milady?

—¿Encontraste todo lo que te pedí?

—Y mucho más, lamentablemente.

—Dios mío Lysa, quien diría que viste un fantasma, tienes el rostro pálido, ¿estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar cuando le dices que no al amor de tu vida. —Avancé hasta ella con paso tímido—. Pero usted ya sabe que nuestras vidas están a millas de distancia la una de la otra.

—¿Y vuestros corazones?

—Mira, mi dolor no se suple con nada, ni si quiera el duque de Summerfield, puede hacerme no sentir, pero a su lado es más soportable.

—El mío seguro que dentro de un tiempo no duele como ahora, y él, pues él estoy convencida de que encontrará a alguien que le haga feliz.

—¿Y Lion?

Oh, vaya, Lion todavía estaba en Londres, y nada ni nadie le había dicho que yo no quisiera casarme con él, con lo cual él esperaba que todo marchase en dirección a nuestra boda.

—Lion es un hombre sensacional, se ha preocupado por mí más de lo que debiera, pero no es el hombre con el que quiero compartir mi vida.

—¿Se lo has dicho?

—No, creo que debería de hacerlo ahora.

Crucé el pasillo en dirección a la alcoba de Lion, se encontraba descansando, sentado en un viejo sillón de color granate, con las piernas cruzadas y disfrutando de lo que parecía una lectura más que agradable, pues lucía una gran sonrisa en su rostro.

—¿Señor Greyson? —pronuncié temblorosa.

—Mi bella Lysa, ¿ocurre algo que parece que se encuentra indispuesta?

Mi rostro debía ser un poema, porque todo con el que me cruzaba hacía referencia a eso.

—Debo de hablar con usted.

—Lo que sea. —Se puso en pie.

—Es sobre la boda —dije armándome de valor.

—Estará tan bella o más que nunca, no tengo ninguna duda de que seremos muy felices en Francia. ¿Es eso? ¿Quiere pedirme que nos quedemos aquí? Pues si bien es cierto que Francia es mi lugar, allí está la residencia familiar, y todos mis quehaceres se encuentran cerca de allí, debo de reconocer que por ti, Lysa, estaría dispuesto a cambiar de lugar. Así es que sí, mi respuesta es sí.

Lion Greyson era todo lo amable, comprensivo y dulce que cualquier mujer desearía tener. Todas le querían, todas menos yo, porque mi corazón estaba ocupado, mi ser era de Simon Chals Baxter, y no podía casarme con Lion.

—Lamento lo que le tengo que decir señor Greyson.

—Haz el favor de llamarme Lion, dentro de poco tiempo serás mi esposa, deja ya a un lado los formalismos.

—No me casaré con usted, lamento decírselo ahora, pero es que no le amo.

—Ya habrá ocasión para eso.

—No puedo casarme con usted, no le haré feliz.

—Claro que lo harás, me harás tan feliz como yo a ti, ya lo verás, y cuando aumentemos la familia, todos seremos felices, y ahora ve y traeme un vaso de whisky, anda.

—No me escucha, yo ya amo a un caballero, y por el momento no me casaré con nadie.

—Debes de haberte quedado sorda —dijo de malas maneras—, además de criada, serás mi esposa, y para cuando lo desee, también mi fulana.

Quise marcharme de su alcoba, pero me agarró por el brazo con tanta fuerza que era imposible despegarme de él sin que se separase el brazo de mi cuerpo.

—Me hace daño.

—Esto no es nada comparado a lo que soy capaz de hacerte si no obedeces. Y ahora despídete de la duquesita que tan bien se ha portado contigo, y dile que nos marchamos ya a Francia, la boda tendrá que ser allí.

—Pero, ella me ha regalado el vestido, no puedo hacerle eso.

—Claro que puedes hacérselo, ¿o prefieres que te haga yo otra cosa?

Qué engañados nos había tenido el señor Greyson mostrando su cara más amable delante de todos, contándonos que había llegado a Londres preocupado por mi repentina marcha, y reconociendo ante todos que estaba profundamente enamorado de mí, cuando verdaderamente,

confundía el amor con la obsesión.

—Está bien, iré a despedirme.

—No tardes, o tendré que portarme mal también con ella.

—Te lo ruego. Deja que sea aquí la boda, ella es lo más parecido a una madre que he tenido nunca, durante este año me ha cuidado, me ha aconsejado, y se preocupa por mí, deja que sea aquí, por favor.

—Está bien, lo haré solo para que puedas comprobar tú misma que no soy un hombre cruel, pero nada más se celebre la ceremonia, marcharemos a Francia.

Asentí con la cabeza, y fui a buscar a la duquesa. No podría contarle nada de lo que acababa de averiguar, pero sí que le diría que el señor Greyson no había aceptado un no por respuesta en esto de la boda, y que deseaba adelantarla. También le dije que después de esta nos marcharíamos a Francia. Omití el zarandeo, y los dedos marcados que todavía sentía en mi brazo. Y tampoco pronuncié palabra alguna de la amenaza que me hizo.

La duquesa al escuchar mis palabras puso cara de no estar demasiado de acuerdo con eso de casarme con él a la fuerza, porque aunque yo quisiera esconderlo o adornarlo, eso era lo que era.

Pero yo que cuando intento convencer a alguien no fallo en mi ensayo, logré hacerla entender que si no era el señor Greyson sería otro caballero, y que en ocasiones era mejor malo conocido que bueno por conocer.

—No sé si debería de hacerte caso, no me quedo muy tranquila dejando que te cases con un hombre que no acepta lo que una mujer desea.

—Señora duquesa, permítame que me ría, y no deseo hacerle creer que no le tengo respeto con esto que voy a decirle, es solo que, ¿cuándo a un hombre le ha importado la opinión de una mujer?

—Cuando un hombre ama a una mujer siente más respeto por ella que por uno mismo, no olvides esto. Y ahora, déjame que piense sobre lo que me has dicho, mientras tanto iré a tomar té a casa de mi hermana.

—Por Dios, no le diga a ella nada sobre esto —le supliqué.

Capítulo 34

Simon Chals Baxter

Londres
Residencia de los Baxter

—¿Qué tal ha ido? —preguntó mi madre sentada en su sillón estampado mientras me miraba de reojo y a la vez colocaba unas cuantas flores frescas en el jarrón de la mesa de entrada.

—Mal, no podía haber ido peor —respondí hastiado.

—No te preocupes, era normal no atinar con la primera, déjame ver mañana, seguro que con Rose tienes algo más de suerte.

—Madre, no insista, no creo que esta temporada sea la idónea para mí.

—¿No estarás insinuando que vas a seguir soltero otro año más? —Mi madre me miró con los ojos desorbitados.

—No, claro que no, es solo que no veo la manera de olvidarme de su rostro.

—Y no lo harás.

—¿Entonces sufriré desdicha de por vida?

—Entonces siempre puedes tratar de convencerla, pero no siendo pesado y tedioso, sino más bien inteligente y novedoso.

La voz de mi tía nos sorprendió a ambos.

—Tarde, lo lamento pero pronto se casará con Lion Greyson, y ese hombre permítame que te diga, no aceptará una negativa por su parte.

¿Qué era lo que quería decir con que no aceptaría una negativa? La obligaría, era eso a lo que mi tía hacía mención. Me estremecí debido a la rabia que sentía al pensar que alguien pudiera obligarla a hacer algo que ella no deseara.

—Aclara eso —solicité a tía Jane.

—Prometí no decir nada a nadie sobre un asunto tan horrible como ese —dijo tía Jane y se sentó al lado de mi madre. Chasqueó sus dedos y una de las sirvientas de la casa se acercó para servirle una taza de té.

Salí de allí a toda prisa, pero nada más montar mi caballo supe que no podía ir en su busca, porque de ser así habría descubierto a tía Jane, y aunque eso era lo menos importante del asunto, también me pareció una idea espantosa, porque si estaba con el señor Greyson mi presencia no haría otra cosa que incomodarlo todo. Así es que después de pensar durante un rato montado ya en mi caballo, me dirigí a casa de Lucius, porque al fin y al cabo era su hermanastro.

El día no acompañaba, la tarde se había vuelto helada, y el viento soplaba con fuerza. Las ramas de los árboles arañaban mis brazos, pero era tan importante no perder el tiempo que lo más rápido era atravesar el bosque en lugar de hacer el camino largo por la ciudad.

Media después estaba en la sala de estar del conde de Pembroke, en la casa de Mayfair, intentándole hacerle entender que su hermanastra estaba en peligro, y que si no me ayudaba, quizá un desalmado como lo era Lion Greyson la obligaría a hacer muchas cosas de las que estaba seguro ella no aceptaría.

—No vuelvas a decir que es mi hermanastra.

—Eres un necio.

—Y tú has caído en la trampa del amor, ¿es ella quien te manda?

—No escuchas nada de lo que te digo, te repito que un tal Lion Greyson la va a obligar a casarse con él, y he venido para que me ayudes.

—Solo haré una cosa por ella, y espero que sea suficiente para ti.

Sacó un papel doblado en cuatro partes del bolsillo de su pantalón y me lo entregó.

Lo desdoblé con cuidado, pues ese documento había sido doblado tantas veces que parecía se iba a romper de un momento a otro.

—¿Es lo que creo que es?

—Sí, son las últimas voluntades.

—Amigo, tu hermanastra estará muy agradecida de lo que has hecho por ella.

—No lo hago por ella, lo hago por mí. ¿Qué clase de persona sería si dejase que alguien a quien le pertenece tanto, se conformase con tan poco como ella posee?

Pestañeé, no creía lo que escuchaba. Lucius Herbert, conde de Pembroke estaba dejando ver lo que escondía su corazón, y aunque él se empeñase en hacer creer al resto del mundo que era oscuro, empezaba a verse la claridad asomando.

Salí a toda prisa con aquel documento entre mis manos. Si había batido récord en llegar en tan poco tiempo, ahora debía de batir mi marca en regresar.

Capítulo 35

Lysa Benedict

Londres
Residencia de los duques de Summerfield

Ante mi gran sorpresa al abrir la puerta solo pude que emitir un grito medio ahogado al verle ahí plantado en mitad de la noche.

—¿Quién es, Belinda? —preguntó lady Summerfield esperando respuesta de su doncella, quien ella creía que había sido la encargada en abrir la puerta.

—No anuncies mi llegada —me susurró Simon.

—Era uno de los lacayos, que salió a ver a los caballos. Se acaba de levantar un aire travieso, y sintió curiosidad de saber cómo estaban —dije en voz alta para que la duquesa me escuchase desde la puerta.

—Lo tendré en cuenta para el futuro —dijo sonriendo Simon.

—¿El qué? —pregunté.

—Lo bien que se te da mentir.

—¿Qué buscas?

—A ti, y no me marcharé de aquí sin lo que he venido a buscar.

Le enseñé mi anillo. Para ver si con eso cesaba en su empeño, porque de no ser así corríamos los dos el peligro de terminar castigados por Lion Greyson.

—¿Esto te da motivos suficientes para que te marches?

—Te quiero Lysa Benedict.

Si volvía a repetir mi nombre, no sabía si podría contenerme y no arrojarme a sus brazos.

—No hagas las cosas más complicadas de lo que ya lo son, no olvidemos quién eres.

—Te quiero, y siempre te querré Lysa Benedict. —Se acercó hasta mí y cerró la puerta a sus espaldas—. Qué hermosa eres.

Sus labios encontraron los míos, después mi mejilla, mi barbilla, mi cuello, y con cada beso que él me daba mi respiración se entrecortaba hasta hacerla casi desaparecer. Y cuando creí que me iba a desmallar debido al pulso tan acelerado, entonces Lion Greyson apareció a mis espaldas y pronunció aquello que me dejó temblando.

—Veo que eres una de esas mujeres que regala sus atenciones. Me alegra descubrirlo, así no te costará demasiado cuando reclame la mía.

—Ya puede marcharse a su querida Francia, aquí no hay nada que lo ate.

—Veo que no te han puesto en conocimiento —Se burló de él.

—No hay nada que añadir, váyase ahora mismo, le haré llegar sus pertenencias mañana mismo.

—Me iré cuando ella y yo nos hayamos casado, ¿verdad? —Me miró perverso.

Yo no tenía valor ni para mantenerle la mirada, había podido comprobar en mi propia piel lo cruel y malo que era, y sentí miedo aunque a mi lado se encontrase Simon, porque Lion parecía más fuerte, más rudo, más grande que él, y en caso de que una pelea empezase, no diría que Simon tuviese ninguna opción a salir ileso de ella.

—Simon, Lion tiene razón. Debo casarme con él, y después nos marcharemos a Francia —le di la razón para no enfadarle.

—Ya has escuchado, y ahora sal por donde has entrado —le dijo Lion a Simon.

En este instante la puerta fue golpeada desde fuera. Cuatro fuertes golpes hicieron temblar las maderas de más de tres metros de altura. Y antes de abrir a quien fuera que había tras ella, apareció Lady Summerfield a mi lado.

—Disculpe caballero, pero no puede echar de esa manera a mi sobrino de mi casa —nos sorprendió su templanza a la hora de hablar.

—No, tía, no te preocupes, yo ya me iba de igual manera. —Simon abrió la puerta y miró de reojo a su tía.

El que faltaba, pensé. El conde de Pembroke hizo aparición tras la puerta.

—Buenas noches, qué gran recibimiento, pero no esperaba menos después de lo descubierto en el último año.

—No es el momento —dijo lady Summerfield.

—Cualquier momento es bueno para traer regalos, ¿no cree usted?

—¿Y este quién es? —dijo Lion.

—Soy su hermanastro, el conde de Pembroke. ¿No le habían hablado de mí? Qué vergüenza. —Parecía que había bebido por el humor tan irónico que usaba, pero su aliento no daba pistas de nada de licor—. Quizá si no le han hablado de mí es que no es usted tan importante como para hacerlo.

—Cierra la boca, charlatán. Solo dices que estupideces. Lysa es una sirvienta, y es por eso no que no tiene ni voz ni voto, y como poco importa su decisión yo he venido a casarme con ella.

Me agarró con fuerza por lo alto del brazo y me pegó a él.

Simon dio un paso hacia delante para enfrentarse a él, pero con un gesto rápido el conde de Pembroke lo detuvo.

—Dame el documento —le pidió Lucius a Simon.

Simon sacó del interior de uno de los bolsillos de su chaqueta una hoja doblada varias veces.

—Cuando lea esto en voz alta, no tendrá más remedio que soltarla, y rezar mientras se aleja de aquí que el peso de la ley no recaiga sobre usted por intentar forzar a una dama.

Lion se reía y a cada poco me apretaba más.

—A los honorables miembros de la nobleza británica y a quien corresponda —dijo el conde de Pembroke dirigiendo la mirada a la carta—.

Yo, William Herbert, por la gracia de Dios derecho, Conde de Pembroke, me dirijo a ustedes con el corazón pesado, obligado a corregir una injusticia que cometí en el pasado.

Hace muchos años, en mi juventud y cegado por la necesidad de un heredero varón, pedí a una campesina de buen corazón que me diera un hijo. Sin embargo, cuando nació una hija, Lysa Benedict, en lugar de reconocerla como lo que es, tomé la decisión más vil de mi vida: abandonarlas a ambas, cegado por el desprecio hacia mi propia sangre por no haber nacido varón.

Años después, el destino llevó a Lysa hasta mi hogar. A pesar de saber quién era ella, le ofrecí refugio bajo mi techo durante cuatro años, aunque nunca le revelé la verdad de su origen. Durante ese tiempo, Lysa vivió bajo mi protección, y aunque mi conciencia me urgía a reconocerla públicamente, el miedo a las repercusiones me frenó.

Finalmente, en un acto de cobardía, decidí enviarla lejos de Inglaterra, con la esperanza de silenciar mi vergüenza. La mandé a Francia, creyendo que la distancia borraría el error de mi

pasado. Pero, lejos de ello, mi remordimiento ha crecido con cada año que pasa.

Es por esta razón que hoy, con plena conciencia de mis responsabilidades y arrepentido por el daño que le he causado, declaro que Lysa Benedict es, y siempre ha sido, mi hija natural. La injusticia de haberla apartado de su hogar y de su padre, sin darle el reconocimiento que merece, no puede permanecer por más tiempo.

Por lo tanto, reconozco a Lysa Benedict como mi hija legítima. A partir de ahora, llevará el apellido Herbert y deberá ser tratada con todos los derechos, títulos y privilegios que le corresponden como parte de mi linaje. Los trámites legales pido que se pongan en marcha para formalizar este reconocimiento ante la ley.

Dispongo que Lysa Herbert reciba su legítima herencia y sea restaurada en todo lo que le corresponde como miembro de la Casa de Pembroke. A quienes lean esta carta, les exhorto a recibirla con el respeto y la dignidad que le fueron negados injustamente durante tantos años.

Firmo esta carta bajo mi sello personal y en presencia de testigos, para que no quede duda alguna sobre la firmeza de mi decisión.

Que Dios me perdone por el dolor que causé, y que mi hija reciba el lugar que le fue negado.

William Herbert
Conde de Pembroke

—¿Es cierto, eso es cierto? —pregunté a Simon.

—¿Qué importa si es cierto o es inventado? —dijo Lion con furia—, ¿eres hija de un conde o no?

—Lo es —dijo Lucius abriendo la mano de Lion y recuperando mi brazo con calma.

—Y claro que importa si esta carta es verdadera o no. He creído durante toda mi vida que no le importaba a nadie, y ahora puedo leer en ella que a mi padre le ganó el miedo, pero que siempre me tuvo en su mente, y quizá también en su corazón. No me olvidó, y eso para mí es importante.

—En pocos días el abogado familiar dictará todo lo que te pertenece, mientras tanto, comprendo que todo lo que yo poseo también es tuyo.

No daba crédito a las palabras que escuchaba por parte del conde. ¿En qué momento había abandonado la máscara de cruel y villano para convertirse en un hombre con piedad?

Lion caminó con sonoros pasos hacia la puerta de salida, y la duquesa mandó llevarlo hasta su misma casa si era necesario, pero deseaba que se alejase de inmediato de su hogar.

Simon se aclaró la garganta quedándose inmóvil en el mismo lugar que estaba desde el principio. Le miré y no supe qué decirle, así es que caminé hasta él y le besé.

—Todo esto te lo debo a ti —susurré.

—Es cierto, y entonces, debes de complacerme en algo —dijo Simon delante de todos mirándonos.

—Lo que desees —le dije.

—Pues ahora tendrás que casarte conmigo —me dijo divertido.

—Enhorabuena —dijo la duquesa a su sobrino.

—Yo no he respondido todavía, lady Summerfield.

—Oh, vaya sí lo has hecho, o si lo prefieres mira tu reflejo ahí en frente.

Dirigí la mirada al espejo del que hablaba la duquesa, y vi una enorme sonrisa dibujada en mi cara.

La sonrisa de Simon en esta ocasión se tornó más pícara, y levantó sus cejas instándome a que respondiese.

—No me casaré con alguien que me pide matrimonio de una forma como esa —dije mirando al cielo.

—Mi hermanastra tiene razón, esas no son formas para pedirle matrimonio a una dama.

Entonces clavó una de sus rodillas en el suelo frente a mí, me tomó por una de mis manos, y mirándome a los ojos, con tono serio, me preguntó aquello de si deseaba casarme con él.

—No podría casarme con otro hombre que no fuese contigo, Simon Chals Baxter.

Él se levantó y colocando la mano que tenía libre sobre mi cintura me pegó contra su cuerpo y besó mis labios dulcemente.

—Bueno, y ahora que ya he perdido la apuesta, ¿cómo sería eso de que pudiese tener una cita con Chase? —dijo el conde de Pembroke.

Todavía no me había acostumbrado a no llamarle de esa forma, y aunque ahora era pariente mío, no sería con el tiempo que lograría romper las cordialidades.

—Lady Baxter, amigo. Nada de Chase para ti. Mi hermana está prohibida, ya lo sabes —le dijo Simon.

—No parece que a ti te pueda negar a mi hermana, así es que no entiendo porque yo sí que estoy vetado en tu familia.

—Dejemos el tema de una vez, es un día maravilloso como para que lo estropeéis discutiendo entre vosotros.

Lady Summerfield se acercó hasta mí y me estrechó entre sus brazos con fuerza mientras me decía lo feliz que le hacía que todo hubiese acabado de esta forma. Me besó unas doscientas veces en la frente sosteniendo mi cara entre sus manos.

Epílogo

Londres

Residencia de los Baxter

Seis meses después…

Simon Chals Baxter se daba ligeros golpecitos con la pluma sobre su labio, repasando las palabras que acababa de escribir dando por finalizado el libro donde acababa de plasmar los mejores años de su vida, cuando su hermana entró en el despacho como un huracán levantando decenas de documentos que se apilaban sobre el escritorio.

—No puedes hacerlo, no puedes decidir por quien debo ser cortejada.

—No dejaré que te veas con el conde de Pembroke si es eso lo que te molesta.

Chase empezó a tirar todo lo que se encontraba en el escritorio, a gritar y a golpear con fuerza la puerta antes de abrirla y marcharse.

—Pero, ¿qué demonios ocurre ahora? —preguntó Lysa al entrar en el despacho alertada por los gritos y golpes.

Al llegar se encontró a su esposo recogiendo todos los papeles tirados por el suelo.

—De nuevo lo mismo, no se ha dado cuenta de que nunca aceptaré eso —dijo Simon.

—Eso, es mi hermano. Y estoy segura de que hay caballeros peores que él.

—Ya está decidido, Lucius tiene prohibido estar a menos de diez metros de ella.

—Pues ya me explicarás entonces cómo harán esta noche para sentarse a la mesa. Recuerda que tu madre da una cena para después tratar los preparativos de nuestra boda.

—Lucius no está invitado.

—Claro que lo está, es mi hermano.

—Pues alguien debe de decirle que no puede venir.

Lysa Benedict se acercó lentamente hasta Simon, se inclinó ligeramente hasta tener su cara pegada a la de él, y se quedó quieta. Después abrió un poco su boca, y justo cuando Simon iba a darle un beso, ella se apartó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él.

—Eso ha sido un castigo, y ve pensando lo que harás con mi hermano y tu hermana de aquí en adelante, o te continuaré castigando.

Lysa salió de aquella habitación ocultando una risita, y al girar por el pasillo la joven Chase la esperaba escondida.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Chase.

—Va a costar solo un poco más, pero tranquila que lo conseguiremos.

—No puedo mantener por más tiempo en secreto que Lucius y yo nos estamos viendo, si Simon se enterase…

A la joven Chase nunca se le había dado bien obedecer las normas, y ahora no estaba dispuesta a empezar a hacerlo. Menos aun cuando el amor de su vida acababa de mostrarse interesado en ella.

Continuará…

Nota de la autora

Queridas, sé que podéis imaginar lo pícara y rebelde que va a salir Chase Baxter, lo que no se imagina ella es que el amor en ocasiones cambia, y lo que un día parece ser para ti el más puro y eterno de todos, otro puede aparecer la confusión al encontrar a un caballero de terrible reputación, descarado, y que no deja de irritarla.

Hagan sus apuestas, ¿se quedará con el caramelo prohibido por parte de su familia? Es decir Lucius Fitzalan Herbert. O, ¿decidirá comenzar una guerra llena de infortunios con un caballero más inadecuado que el propio conde de Pembroke?

En ocasiones es mejor dejarse llevar por el corazón.

Serie Lawson

Cuando el amor es suficiente para soportar los cimientos de toda una familia.
Las hermanas Lawson deberán de obedecer a su tía, la que acaba de pasar a ser la única responsable de tres jovencitas en edades casaderas.
El destino le ha preparado a esta familia momentos inolvidables, pero para llegar a ellos deberán de pasar penas y hacerse fuertes por el camino.
Emma, Jane y Eliza encontrarán el amor aun cuando los matrimonios arreglados sean impuestos.

Una esposa para el barón

"Bajé el primer tramo de escaleras muy rápido, apenas tocaba los escalones, volaba. Después frené la carrera cuando quedaban pocos peldaños que descender y me erguí, respiré profundamente, me coloqué la cinturilla del vestido en su sitio, recogí los mechones de pelo que lucían sueltos y tapaban mi rostro y que tanto odiaba tía Rose, y comencé a descender lentamente hasta llegar al hall, donde todos charlaban animadamente.
Al notar mi presencia tía Rose endureció su rostro y clavó en mí su mirada.
—Muy buenas tardes —pronuncié haciendo una ligera reverencia.
—Es preciosa, nadie nos dijo que gozase de tal belleza. —La voz de una mujer que suavemente levantaba mi rostro con su mano me sorprendió. De nuevo estaban tratándome como al ganado. Tan solo les faltó abrirme la boca para ver mi mordida.
—Ya dije que las hijas de mi difunta hermana eran todas y cada una de ellas dignas esposas de nobles —le respondió Rose.
Más de cinco cabezas, todas mujeres se acercaron hasta mí, miraban cada resquicio de mi cuerpo, si hubieran tenido valor para ello estoy segura de que me hubiesen pedido que me despojara de mis ropas.
De repente las cabezas fueron abriendo espacio entre ellas, al parecer ya me habían inspeccionado al detalle. Fue en ese preciso momento cuando un rostro apareció frente al mío. Y un escalofrío me recorrió en ese instante la espalda hasta llegar a la nuca."

Obligada a casarse con el duque

Respiré más fuerte de lo habitual, y tía Rose levantó su vista antes fijada en el pañuelo de seda que bordaba incansablemente durante algo más de una hora, la misma hora que yo me pasé mirando al techo de nuestro nada humilde salón de lectura. Ese en el que estaba prohibido que leyese ninguno de los libros que habitaban en cada una de las estanterías, porque según ella me podrían llenar la cabeza de pájaros y de falsas ilusiones. Como si ella no se encargase de hacerlo a cada poco.
—¿Ocurre algo de lo que me deba preocupar? —dijo tía Rose levantando su ceja al escuchar mi suspiro.
—Nada, tía, es solo que se me hace eterno este momento.
—Te dije que cosieras. —Giró su cabeza para señalar el lugar donde me había dejado aquellas agujas e hilos tiempo atrás—, en cambio, tú elegiste el aburrimiento.
Como si la costura no fuese algo tedioso, pensé.
El verdadero motivo de mi suspiro era otro, se acercaba la fecha de compromiso con el duque de

Summerfield y aún no sabía como era él. Después del matrimonio que la tía acababa de arreglar con el barón para mi hermana Eliza lo normal era que me preocupase.

El cortejo del vizconde

Emma Lawson está decidida a convertirse en lo que siempre ha soñado, y conocer a George Mugreen le ayudará a conseguirlo. A su regreso a Londres por una llamada inesperada de sus hermanas, presenta al que se ha convertido en su esposo, y aunque la sorpresa no es cómoda de llevar por la familia, el que peor parece llevarlo es Russell Baxter, quien debería de haber sido el hombre de su vida, de no ser porque su último encuentro no salió como ella esperaba.
Un secreto que duele mientras crece, un fututo confuso para la familia Lawson, y el amor en la forma más elegante que se conoce: El cortejo.
¿Conseguirá Emma revelar ese secreto de una forma poco dolorosa?
Y el vizconde, ¿logrará hacer cambiar de opinión a esa bella señorita que ha regresado de Edimburgo casada?
El cierre de Las Lawson ha llegado.

Books By This Author

Cenizas en las Highlands

Arya McWallace es tan solo una joven muchacha que deberá enfrentarse a un viaje, el que la llevará a las sucias manos del mismo demonio, Duncan McDougal, un highlander del clan enemigo.
Puede que esta historia creas conocerla, pero no como deberías, pues esta joven que luchará contra guerreros, sufrirá a manos de un ser despiadado, y encontrará a su príncipe, deberá ayudar también a un hombre que viaja en el tiempo para sanar un corazón despedazado.
Amor y pasión, lucha y engaños, viajes en el tiempo, son algo de lo que vas a encontrar en este maravilloso inicio de saga.

Deseando a la bruja de las Highlands

Peyton Smith es una fanática de Outlander, esa mujer que viaja en el tiempo a través del circulo rocoso de Craigh Da Nun en Escocia.
Hace un año que su hermano Harden desapareció en aquel mismo lugar imitando a la perfección una escena de la famosa serie televisiva, y como nadie la cree cuando lo cuenta, decide ser ella misma la que vaya a buscarlo.

‹‹—¡Eres una Campbell! —gritó Niall—. Has venido a tenderme una trampa, te envía ella, deseas seducirme para culparme después de algo de lo que ella misma no es capaz de darme.
Peyton se volvió al escuchar aquella insinuación y caminó hasta él con la intención clara de abofetear su rostro.
Levantó su mano y con gesto de rabia fue a propinarle el golpe, pero Niall fue más rápido y más fuerte, y le detuvo la mano justo cuando esta iba a impactar en su mejilla.
—Ni se te ocurra volver a insinuar que soy una fulana. Yo no intento seducir a nadie, quizá tú tengas las hormonas alteradas como un adolescente en plena pubertad.
Niall la miraba confuso, pues la mayoría de las palabras no las entendía, pero tenerla tan cerca lo estaba desarmando de nuevo››.

¿Conseguirá ese McKenzie dejar que Peyton cumpla su cometido?
¿Encontrará ella a su hermano y regresarán juntos a Los Ángeles?
Descubre todo lo que esta mujer tan moderna puede enseñarle a un highlander gruñón

Llegó con el fuego a las Highlands

Amanda Smith viajará al pasado con una única misión, traer de regreso a sus hermanos, aunque todo allí se va a complicar. Conocer a Thomas y Craig McKenzie le pondrá ese mundo tan perfecto al que desea regresar patas arriba.
En su siglo se dedica a trabajar y cuidar de su familia, y en el que ahora se encuentra deben cuidarla a ella porque no deja de meterse en problemas. ¿El mayor de ellos? El laird del clan

McDougal, se ha encaprichado de ella, o al menos eso es lo que parece en un principio.
Thomas McKenzie luchará por ella con uñas y dientes.
Pero, ¿Thomas quiere protegerla, o desea algo más de Amanda?
Descúbrelo en la tercera historia de las Smith.